EL GENERAL PAZ



DEL MISMO AUTOR

LA FLAUTA DE CAÑA (Poemas) .... agotado

LIBRO DEL GAY VIVIR („) .... „

LOS HIJOS DEL LLASTAY (Biografías Zoológicas) .... en venta

COPLAS DE PUEBLO .... „ „

LOS TRABAJOS Y LOS DIAS (Poemas) „ „

AMERICA INICIAL (Ensayos) .... „ „

NOCTURNOS (Poemas) .... „ „

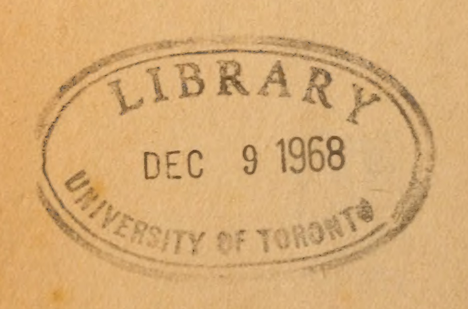
LUIS FRANCO

EL GENERAL PAZ
Y LOS DOS CAUDILLAJES



COLECCION CLARIDAD
"BIOGRAFÍAS"
BUENOS AIRES

A Guillermo Franco



I

Buenos Aires - Lima

Es el primero en la guerra.
MARTÍN FIERRO.

Un hombre corpulento; lleva levita azul de alamares negros; su tez y su mirada, como de niño; de tan rubio, parecen azules sus ojos color moscatel. Se pasea con paso elástico, muy vivo, tanto que apenas pueden seguirlo esos que lo acompañan; pero su fisonomía tiene un reposo de agua honda. Sus gestos y maneras son los del caballero que está platicando con damas. Su caballo blanco parece de primera; pero, ¡vaya una monturita para un general! Porque es el general Belgrano.

Los jefes del ejército —Díaz Vélez, Balcarce— murmuran de él y se creen, desde luego, con más derecho al mando que este abogado que habla inglés, entiende mucho o poco de economía política, pero que apenas si se hizo ver cuando los ingleses, y no hace mucho se dejó aporrear por los paraguayos. . ., ¡los paraguayos! Y todavía viene enfermo, al punto que casi pereció en el camino.

No es hombre de guerra, sin duda; pero el olfato de alguno que otro oficial puede distinguir desde el principio al hombre de mando. Y todos, sin darse cuenta exacta, sienten que hay en él algo más profundo que el mero buen capitán que no es: su temple contagioso y su sagrada voluntad de sacrificio.

Un ejército zurcido con los harapos de un desastre y de esa reculada de cientos de leguas (viene desde el

Titicaca, el lago colgado de las nubes, con sus ibis negros y sus islas incubadoras de semidioses; desde Tiahuanaco, donde un pueblo que se escondió hace cien siglos dejó por rastro esas ruinas orográficas) ; un desmandamiento a lo gitano; los celos de jefes y oficiales; la porfía en la deserción; el acomodo suicida a la derrota, y, sobre todo, la frialdad de la gente: "Créame V. E.: el ejército no está en país amigo; no hay una sola demostración que me lo indique". A todo eso, y al gobierno que lo abandona o poco menos, y aún le ordena bajar hasta Córdoba, Manuel Belgrano sólo opone su corazón y su puño.

Desde luego, es preciso volver cara. El oficial que no se sienta o crea capaz de aguantar los trabajos a venir, queda autorizado a pedir licencia. ¿La actitud de los pueblos, que "parecen de nieve respecto a esta empresa"? La cambia, haciéndoles justicia, ahorrándoles las exacciones. Escribe cientos de cartas de su puño y letra, para sustituir la imprenta que no tiene, y de la cosa grande habla como un gaucho de su caballo: esa palabra ya descartada por la retórica de los tontos y bribones de siempre —patria— él la dice con una viril ternura que enamora. ¿No manda fusiles el gobierno? Se hacen lanzas, aunque sea emplumando facones. Crea un cuerpo de cazadores, la mejor tropa para países "todo de emboscada". Castiga y estimula. A una reprensión suya, los soldados prefieren ya el puesto de más peligro. Alterna la dureza y la blandura. El que hace rezar el rosario a sus soldados dará dos horas de plazo al obispo de Salta para salvar el bulto. Y, sobre todo, trabaja como un negro, "el brujo rubilingo" que está al tanto de todo; a caballo día y noche, "el rondinerito de todas horas" que sólo duerme tres o cuatro, y atestiguando desde la hechura del cartucho hasta la cama del enfermo, y aún suele andarse de fogón en fogón. Esa ardiente pureza es el general Belgrano. Tucumán primero, después Salta, serán posibles por él.

* * *

Cuando uno de esos incansables chasques aymarás le lleva el notición del desastre de Salta a Goyeneche, el americano que odia a los rebeldes como ningún hijo de la Península y cuyo envés y cuyo revés son la astucia y la crueldad (aún gotea sangre el yugo de Cochabamba), suelta las provincias y los prisioneros que retenía en su mano y pica espuelas a Oruro.

Libre está el camino por cientos de leguas y los vencedores lo inician contrapisando las huellas de los prófugos de Huaqui. Queda muy atrás Tucumán, la glorieta, y Salta, el gran parque. Ya están llegando a una ciudad donde detienen su marcha las carretas del Sur, y que tiene cinco veces más población que Salta, y es la primera en comercio después de Buenos Aires: Jujuy, enriquecida con el tráfico de mulas (hasta ochenta mil por año entraron en los dos Perús), ya venido a menos.

Ahora entran en Humahuaca, esa quebrada de tantas mentas. Hoyada tras hoyada y eslabón tras eslabón. El torrente, con empuje de racha, que hay que vadear vuelta a vuelta, nombrando a Jesús. La tropa, toda en mulas, porque no hay caballos y porque no hay aguante como el de ellas para las leguas y el hambre y, sobre todo, ¡con qué va a cambiarse esa pata avizora en los despeñaderos! En las cuestas, árboles acuclillados y cardones defendidos por espolones de pelea. Cada hoyada parece más profunda que la anterior: un emparedamiento que separa para siempre del mundo, pues no hay más salida que esa claraboya que marea de verla tan alta: el cielo. ¿Quién sino el tiempo pudo inventar semejante conejera? Uno tras de otro, en fila india, achicados hasta el escarnio por el grandor de la piedra, son hormigas.

Después esto se explaya como un circo, con gradas de cerros. Llanos pelados como la cabeza del cóndor. Falta el pasto y escasean las vituallas y hasta el agua. Las poblaciones se esconden en los pliegues de la piedra. Estos collas de ojos ladeados y barbas tacañas, y sus mujeres de siete enaguas, están más por los godos; estos yungas rumiadores de coca y con su alforja a cuestas

como una joroba de virtud, niegan el agua y la sal a los rebeldes: huyen. O mienten sin pestañear. Pero ahí está la orden del general: respetar "hasta las preocupaciones de los pueblos"; no quitarles "ni un huevo" — o "pena de la vida".

El país se hace más duro y árido. El camino, piedra a piedra, sube de cuatro pies. Otros días, arenales que chupan las patas de cristianos y bestias como un pantano. Las distancias inagotables. Los soasa el sol de día, y de noche, a veces, el cigarro sirve para bajar la escarcha de la nariz. Allá en un filo muy alto una avanzada enemiga que practica un reconocimiento, sin duda, tratando de ocultarse entre las nubes . . . No, son guanacos: baja, zigzagueando, un relincho de plata. Aúlla en las chimeneas del cerro, restalla los ponchos, dobla los cogotes de las mulas, el viento. ¿Cómo se mantienen tan derechitas aquellas columnas de humo del fondo? ¡Ah, eran remolinos de arena! La distancia castiga otra vez en un páramo. Cerros y cerros sucediéndose como hojas de almanaque; alguno (viejas memorias del mar) tiene cal de conchas en sus costillas . . . Y nada más que cardones de cuarenta pies, sin un ademán, como monolitos. La monotonía es peor que una garúa. Sólo las sorpresas de ojos y de ánimo alivian el cansancio. Pero aquí lo grandioso es vulgar como un buen día. Ya están cumbres y nubes barajadas; la oscuridad cae como un ponchazo, y el trueno se pone a hablar del Juicio final. ¿Qué son los hombres? Itas; menos aún.

Pero todo eso sería poco sin este demonio de las alturas. La puna, señor, la puna que mata chinches y gusanos, eso sí, pero que saca de madre los pulmones y pone el corazón a todo galope, hasta que usted revienta en sangre por boca y oídos, qué menos. Hay, pues, que arrastrarse al lado de las cabalgaduras y pararse a cada rato. Las mulas sufren el mal tanto como los hombres, pese al manojo de chachacoma que se les pone en la boca.

Ciento cincuenta leguas así, por "los peores caminos del mundo". Ahora, a casi una legua de altura sobre el mar y a varios grados bajo el cero del termómetro, un gran cuerno de colores señoreando una pampa de piedra a donde el español llegara a lomo de indio: Potosí. He aquí, pues, la villa imperial, mayor que Lima en la fama, mayor que todas en enjambres de gentes y fortunas. Cinco mil bocaminas hacen un avispero de su cerro menos alto que el orgullo de sus ricos y sus mujeres que llevan bordadas en sus zapatos perlas por valor de cien mil libras. Cuarenta ingenios y la mar de molinos de agua, moliendo y pulverizando plata como azúcar o harina.

Paraíso de la plata, infierno de los hombres. La fiebre que más seca las entrañas: intrigas y crímenes que copian el negro retorcimiento de las minas: almas vendidas al contado a nuestro señor el diablo. (En las mesas de juego el puñal clava la mano sobre la carta tramposa). Pero, sobre todo, el fabuloso horror de la mita: ocho millones, dicen, de forzados mineros indios amortajados por el arsénico de las cuevas y la piedad de esos amos que regalan templos. (A los negros, el frío los mató como a moscas).

Potosí es la colonia; toda el alma de la colonia. ¿Cómo ha de ser bienquista la revolución? Persiguieron como a víboras a los derrotados de Huaqui y aún hay sangre abajeña en sus calles.

Vendrá de miedo, nomás, tamaño homenaje. Arcos y vítores; músicas casi tan chillonas como esas alfombras de calles y balcones ahogados por el gentío; los caporales vienen en caballos más pompudos que los de un naipe; esa escolta en que "cada soldado parece un general" es para el jefe de la vanguardia. Los haraposos libertadores entran en "mulas muy flacas, muy malas y sin siquiera herrarse", pero con el orgullo soliviado por el contraste mismo.

Unos días más y Belgrano establece aquí su cuartel, Belgrano con su temple y sus afanes de siempre: criar

y endurecer sus tropas y sembrar la revolución en la tierra y el aire. Su orden, su limpieza de manos, su fervor, van ganando el corazón del colla y del cholo. Los ahijados de ese Goyeneche que decía "cristianos y porteños" ven con asombro los escapularios en el pecho de sus soldados. Las hijas de Potosí le ofrecen un trofeo digno de un inca, que él regala a Buenos Aires. (Este es el rival de Goyeneche, que se retiró a España "a gozar de su inmensa fortuna", y de Olañeta, dueño de un cerro de plata). Los indios, dueños de vituallas y senderos, se ponen los más de su lado. Del riñón de los Chacos, el Cumbay, el hirsuto cacique que nunca entró a las ciudades, pero tiene ya agujereado el cuero por una bala española, llega con sus arqueros desnudos y sus flechas enherboladas, para decirle por su lenguaraz: "No me han engañado; eres muy lindo y según tu cara debe ser tu corazón". Belgrano le tapa con una esmeralda el agujero que tiene debajo de la jeta y lo trata como a un camarada.

En castellano, en quichúa y hasta en los dialectos de la selva, suena ya como una contraseña sagrada, el nombre del que en Tucumán entró de golpe, con su fe y sus reclutas, en la fama; del que en Salta, sujetándose con una mano los vómitos, triunfó, diciendo "mi corazón se despedaza de ver derramar tanta sangre americana", y perdonó después como un león de fábula. Por él solamente los soldados sienten eso de "patria", como un pago. Cierto que yerra, y con frecuencia, en el aprecio de hombres y cosas; que a fuerza de ser rígido en el deber, a veces, es arbitrario o ingenuo, y aún dicen, aunque no es verdad siempre, que el incienso lo turba; pero todos saben, hasta los más miopes, que no hay bayoneta más limpia que la intención de ese hombre.

Avanzada cuarenta leguas, la vanguardia se gasta en marchas y contramarchas bajo la confianza chambona de los jefes. Las despatarradas mulas de pelea, algunas chúcaras, pasan vuelta a vuelta enfrenadas veinte horas. Las vituallas no están al día . . . Y estos bichos consan-

guíneos de las piedras y los menos pulcros de la zoología, con su olor a resuello de puma; estos indios que mastican como si rezaran sus místicas hojas de coca, detrás de sus adoncelladas llamas, — no cargan sólo la sospecha del pecado que sólo se dice en latín y aymará, sino que son también los padres de la mentira y lo enredan todo.

El invierno en la puna. Hay heladas que hacen caer las uñas. En algunas noches, aunque el relevo venga cada media hora, el frío no da tiempo a los centinelas. Pero no importa: ni el desorden, ni el robo, ni el miedo caben, porque el alma del jefe se apersona a todos. Corre un secreto a voces: ¡hay que llegar a Lima! Es casi como una víspera de fiesta y así se sobrelleva bien hasta lo peor. Todos: el riojano cachaciento como una rumia; el porteño pifión y farolero, que cuenta sus guapezas con el inglés; el cordobés, con su acento más quebrado que sus sierras; el santiagueño, ladino en el quichúa de los brujos y que ensalma achaques de bestias y cristianos. A nadie lo apocan las penurias de la marcha, ni a los que el chucho les socava las ojeras haciéndolos tiritar como pichones llovidos. Se cuentan en los dedos de la mano los que no saben dormir sobre la mula. Mientras, algún cielito o alguna vidala de soledad y arena, para animarse. Con hambre de perra parida, o resoilando humo en las madrugadas, se echa de menos, cómo no, el aguardiente de los Valles o los guisos de ajíes de Tarija...

La nevada que de noche les acurruca las carnes sobre los huesos, de día los acega. Contra el frío no hay más que las fogatas de... bosta de llama o de osamentas. Allí, sentados a la turca sobre sus ponchitos o sus talones, mientras en el asador de tola se chamusca alguna achura flaca, o hierve la pava del mate, lo olvidan todo como niños. Allí se cuentan las peripecias del día o viejas cosas del recuerdo y de la fábula, en tanto alguno prepara el té de quina para el chucho o el de boldo para el hígado: de la cadena de oro de doscien-

tos metros, de Huáscar; de la Inquisición que colgaba portugueses o indios brujos de las patas; de Tupac Amarú, el rebelde, repartido con equidad por cuatro caballos entre los cuatro vientos. Un veterano de veinte y tantos años enumera en los dedos sus combates; otro, negro de uñas y de barbas, cuenta un sucedido de ánimas, mientras se escarba los dientes con el puñal con que compuso las ojotas, y una mano que acaba de santiguar con unto la matadura de la mula despierta a la guitarra, que llora por los pagos que han quedado a doscientas, a trescientas, a seiscientas leguas. De pronto una sombra que llega sobre ellos, los incorpora de golpe: es el general, que apenas duerme en la noche y suele llegarse así hasta los fogones de la tropa.

Pese a la apretura de las punas, cómo no ha de haber aliento para lo más grande en esos pechos. El enemigo escarmentado; Cárdenas, dueño de indios y montañas, amagándole la espalda; Zelaya que viene desde Cochabamba con un millar de jinetes; ellos que marchan ya de frente. ¿Por qué no se ha de estar en las vísperas de un día mayor que los de Tucumán y Salta? ¡Abiertas, entonces, de par en par las puertas de Lima!

* * *

La revolución de Mayo fué obra de cabildantes, es decir, de los hombres de pro, de los dueños de las vacas y las luces. No podría ser de otro modo. Prestaron su brillo, es claro, las ideas francesas, pero en el fondo eran los intereses de los hacendados —ésos que representó Moreno— lo que estaba en juego. Se quería vender directamente los cueros al inglés, y fuera de esta simple cuestión de administración comercial, lo demás interesaba poco.

El pueblo de que hablan las crónicas fueron en la ocasión unos cuantos correvediles traídos por French y Beruti para dar color local a la cosa.

Por otra parte, la revolución fué un movimiento de Buenos Aires, ciudad que tiene una vaga referencia de

la vida mediterránea, ciudad que es mucho más España que América. Para ella independencia era y es la soberanía de su puerto. No siente la necesidad de romper del todo con Fernando, por lo menos hasta que vea que el capital inglés es Su Católica Majestad. Entonces se hará una república municipal.

Todo lo cual no quita que una generación de mozos ardientes, ganada por las albricias de un mundo nuevo, improvise asambleas y ejércitos, o cuelgue espada al talle de sus mismos legisladores para enviarlos hasta las vecindades de Lima.

Mientras tanto, enteramente a trasmano de la gran ciudad y de algunas otras que aspiran a ser satélites, viven las masas de la campaña, es decir, un pueblo nonato. Es el gaucho: el mestizo, que lleva la vida de los potros mientras en las ciudades se estudia latín y teología. Es el hombre sin pasado, porque no son suyas la tradición del español ni la del indio, a quienes odia tanto más cuanto que los siente dentro de sí, estorbando su espíritu. Porque más que su cuerpo, es su espíritu el que no tiene patria. Su anarquía es su malestar en querencia ajena y su anhelo de una propia.

Los señores de la ciudad han planeado y dirigen la guerra contra el amo español, pero el mestizo ha tenido que poner su cuero. Oscuramente, sin embargo, siente que él va poco o nada en la partida y que otro amo queda adentro. Sirve bien, pese a todo, cuando ganan su voluntad un buen gaucho como Güemes o un hombre de la laya de "el caudillo Belgrano", como dicen los godos de la meseta.

* * *

Belgrano acaba de perderlo todo en Vilcapugio. Su cabeza que no estuvo muy clara y la suerte que ayudó poco . . . Pero el hombre, que no es un diestro capitán —ya se vió—, es profundamente un jefe, y para un jefe las derrotas no cuentan o son espuelas del desquite. Apoyado en el asta, de pie, manda que los tambores toquen reunión y se retira a favor de los desfiladeros y la noche, .

amiga del derrotado. A pie los jinetes, y a la retaguardia; los heridos, a caballo, en la punta. (Ultimo de todos, con fornitura de soldado y fusil al hombro, seguido de un tamborcito, va el general). El frío y la puna cortan el resuello. Algunos llevan de capa un cuero de llama goteando sangre. Prohibido fumar, a los soldados; a los caballos, relinchar. "Conozco por sus nombres a todos los valientes". "Si me abandonan, moriré solo".

Días después, eso cambia. La economía y el orden hacen lo suyo, y el trabajo de todo instante. Cartas de aliento a los caudillos. "Aún hay sol en las bardas". "El ejército vive". ¿Pueblos que volvían caras contra ellos? Qué, hasta los tacaños indios de Chayanta porfían en obsequiarlos. Se han juntado ciento ochenta cojudos, medio incordios, eso sí, pero todos pingos de mi flor. Lamadrid, maestro del golpe de mano, está al frente de las guerrillas que quitan el sueño al enemigo. Y en todos, sólo las ganas entrañudas del desquite.

¿Pero por qué el general lo buscó antes de tiempo sin esperar los cañones que venían del sur? Ayohuma... ¿Por qué no atacó al enemigo que se descolgaba en sus narices por la cuesta, de tres en fondo, y con sus cañones a mula? ¡Y para qué promiscuaría sus tropas con esos indios que al primer disparo clavan la cabeza, con el trasero al aire, contagiando su miedo!... Ya todo está perdido, y los esfuerzos aislados, aun los más heroicos, son escupidas contra el viento. Un pelotón de dragones, salvando un barranco, carga trescientos infantes, a la desesperada. Estos, que un instante toman por insignias de rendidos las banderolas blancas de las lanzas, contraatacan furiosos, sacrificando al que cae en sus manos. ¡Qué largada! Un capitán, de los últimos en retirarse, siente su caballo herido. Lo espolea para salvar lo más agudo del trance, aunque sabe que así el pobre animal se cortará de golpe. De veras, ahí queda agonizando, mientras el jinete dispara sobre sus pies, ahora, con la espada en una mano y el freno en la otra. Una

cuadra, varias cuadras. La cintura envarada; las piernas como borrachas, marchando por puro instinto; los bofes en la boca. Cada vez que se da vuelta, ve que las bayonetas levantan a los rezagados... ¿Es que no hallará un solo compañero capaz del sacrificio de sujetar su caballo y ofrecerle la grupa? ¿Ese capitán? Dice que lleva el suyo herido. ¿Este teniente amigo? No puede ahora, pero va a buscar refuerzos y volverá por él... ¿Es que no les cabe en las ancas más que el miedo, el egoísmo del miedo? Sólo sabe que su aliento se acaba y su corazón va a reventar. Una voz lo nombra y un caballo ensillado se detiene un momento junto a él; tan bajo como es éste, apenas si el peatón puede montarlo. El capitán es José María Paz; su caballeresco salvador —¿qué dirán los oficiales de marras?—, Sanguino, un soldado de Salta.

Un rato más, y ya se ve que la acción de Sanguino, como todo lo noble, no se pierde. El aleonado comandante Zelaya y el capitán Paz son los dos corajes que afiebrando un puñado de apeados jinetes, puestos detrás de una barranca y una pirca, sujetan en el cruce de un arroyo, por cuarenta y cinco minutos mortíferos, al ejército perseguidor, para que Belgrano ponga los restos del suyo a distancia salvadora.

* * *

A desandar el formidable itinerario. Los páramos, las cumbres, las quebradas, los médanos, los pueblos. Parque, armamento, municiones, plata de la Casa de Moneda de Potosí, el general no quiere dejar nada, y la marcha se atora con el recargue. Pero a cada rato las mulas se acuestan para morirse y los arrieros del país desertan, mientras el frío se echa encima y hay que hacer fogatas con las cureñas y las cajas de los fusiles. Potosí, Lajatambo, Quirve, Mojos, Humahuaca, Jujuy, Salta, como las peñas de un cuestabajo. Salta, tan agauchada ya por la causa, que se va casi todita detrás de Belgrano, llevándose hasta los badajos de las campanas.

De nuevo en Tucumán. esas Mil y una noches de la naturaleza; Tucumán, donde hay un hombre nuevo desconocido casi de todos.

Su cuerpo, enjuto como un músculo, se diría que tiene la estatura de un grito de mando; sus cejas, repiten el arco enérgico de su sable sin guarnición.

Y todo el hombre está en la mirada. Quizá en la morenez de su cara, en su voz ronca, en sus ademanes exactos en el despliegue y el tiempo, puede adivinarse sus veinte años de intemperie guerrera, contra portugueses e ingleses, contra Napoleón o los moros, a pie o a caballo, por tierra o por mar, rozado dos veces ya por la muerte. Pero ya se dijo, el hombre está en la centella de los ojos: allí el pulso del que mide sin errar lo chico o lo más grande; y la voluntad capaz de llevar a su mayor dilatación hombres y cosas; y la verdad de un alma ardiente metida en un puño. Usa de la campechanía y aún del chiste, mostrando sus dientes perfectos, para no alejar a los demás, aunque algo en él que está por encima de la humildad y el orgullo, despierta, al modo del imán, la simpatía de lo que hay de más fuerte de cada hombre. Todo el guerrero metido en un hombre amigo de los hombres. Ese es José de San Martín.

Jinete de pelo americano y acento el más criollo, aficionado al filo de la ironía y al de los quites, observador como un baquiano, sufrido por fuera y por dentro, impenetrable en su reserva, es gaucho, en todo eso, sin saberlo, y los gauchos lo sienten.

Algunos ven que su ortografía es coja, pero no que lee un hombre de una ojeada. Así en Belgrano, el laureado de antes, el perseguido de hoy. Y cómo él, tan lector de Epicteto, no iba a conmoverse ante ese general en jefe que viene limpiamente a ponerse a sus órdenes como un oficial cualquiera; cómo no va a sentir respeto casi devoto por esa alma que tiene algo de las montañas en su elevación y su candor.

Se va Belgrano, enfermo de terciana, llorado por sus soldados y los pueblos, sentido por San Martín, que en-

carece al gobierno "sus talentos y su conducta irreprensible": Belgrano, cuya alma es más fuerte que su cuerpo y su cabeza.

El nuevo jefe halla, en cambio, una "oficialidad ignorante y presuntuosa y que se niega a todo lo que es aprender", pues se trata de eso: enseñar su oficio, de jefes abajo, a esos hombres que son aprendices de héroes, pero no soldados. "No deber un centavo, ni agachar la cabeza a las balas, ni levantar la mano a la mujer". ¿O se han creído que un oficial se hace con una presilla y un sable?

Ya ha visto el bastión de bosque y piedra que es Salta y lo que son sus gauchos y su jefe. Güemes, pues, se encargará de la frontera.

Pero Alvear es el gobierno ahora: a los veintiséis años, el joven Alvear es todo el gobierno, y la revolución está en sus manos. San Martín sabe lo que eso significa. Y se enferma del pecho para retirarse a Córdoba.

Rondeau. su reemplazante, viene ya en camino.

* * *

El enemigo, que en Salta, si bien aporreado por el gauchaje, está listo para echarse sobre Tucumán y abrirse los caminos de la pampa, hasta Montevideo, recibe, de la más opuesta procedencia, dos noticias: la plaza fuerte del otro lado del Plata está en poder de los porteños, y Arenales, ese viejo español que es un puro caudillo de América, el general que hierra y ensilla su mula con sus propias manos, pagó con catorce heridas la Florida, pero de la división realista no escapó ni un jefe. Y ya desandando a largos pasos su camino, el invasor sabe que la semilla de ese pobre Belgrano fructifica en el Cuzco, doscientas leguas a su espalda, y que cholos e indios se alzan como leche hervida. En el mismo cuartel de Pezuela se prepara un golpe de mano.

Así el enemigo se halla entre dos fuegos, sin salida. Lo que no pudieron Castelli ni Belgrano, se puede ahora: hacer la primera visita a Lima.

Rondeau está ya en Jujuy, y cuando el mismo que lo desplazó hace poco, frente a Montevideo, quiere repetir el juego, le gana de mano desobedeciendo al gobierno, apoyado en los jefes del ejército, que comienzan a mandar más que él.

Jefes que retrucan con un insulto una orden del general; otros que llevan sus mancebas (alguna quitada al marido) a su lado, al frente de las columnas; otros que buscan comprar el favor de sus subordinados con blanduras serviles; soldados que sofrenan a sus oficiales con una amenaza, y sobre eso, la deserción, que es la derrota al menudeo. Así, una sorpresa feliz se convierte en una cobarde matanza de rendidos y un zafarrancho de indiada. ¿Robos al vecindario? ¿Mala cuenta de los fondos requisados? ¿Oficiales con sables envainados en plata y soldados con chalecos de terciopelo, enredados en el chismerío? Sí, pero mejor que ello, ese general Rondeau —"un perfecto caballero"— con su inepcia inimitable y su insumergible paciencia, y a quien sobrenombran "mamita". Que hay oficiales a quienes todo esto crispa los puños, recordando los días de Belgrano, ¡cómo no!

Y a más de uno el mal presentimiento le nubla la frente. Ahí están Balcarce, Lugones, Tejerina y ese mozo Paz que carga libros en el bolsillo del pellón.

El día que dejan Chuquisaca, los soldados van en su mitad borrachos, y el mismo capitán Paz tiene que contener el desacato de uno de ellos con una estocada. Qué raro, pues, que así las cosas, y con jefes "lerdos de genio e incapaces de inventar nada", les salga el tiro por la culata en la proyectada sorpresa de Venta y Media, donde los asaltantes, sin poder hacer pie, se retiran bajo un aguacero de balas, arrebañados primero, en desbandada de cimarrones, después! Sólo uno que otro oficial se retira a rienda corta, menos por algún resto de esperanza, que por respeto a sí mismo. Entre los últimos, un joven de veinticinco años, ascendido a mayor la víspera, que va solo porque el portaestandarte se retiró con

un balazo, da órdenes, sofrenando aquí y allá su caballo, en cuya grupa lleva a un oficial de infantería que alzó para salvarlo: "La cincha de aquel soldado herido"..., "esa lanza abandonada". En un alarde excesivo, para su caballo y lo enfrenta al enemigo, queriendo él mismo salvar uno de estos fusiles que son de oro para "la libertad" menesterosa. Como un choque de langosta en el brazo derecho, entonces. Una bala, acaso. Una bala..., pero una contusión, apenas, pues no hay sangre. Eso sí, empuña la espada con la zurda, porque la otra no obedece. Y gracias si hay tiempo de ello, que ya el enemigo los tapa. El brazo, ahora sí, empieza a doler con ganas. La manga de la casaca, el pantalón, la bota, la falda de la silla, el mandil, la barriga del caballo, empapados en sangre, y la cabeza ida de sueño. Hay que detenerse un poco, porque urge vendar la herida. Pero cómo, si las balas zumban de nuevo a los costados o polvean entre las patas de los caballos!

—Mi mayor —dice un cabo guardando el pañuelo de que quiso hacer venda—, tenga paciencia y trate de adelantar un poco más antes que otra bala lo inutilice del todo.

Y así es, y en dos leguas de galope, la sangre sigue corriendo a su gusto.

Y son de penuria, pero sobre todo de vergüenza, los días que siguen.

El brazo monstruosamente hinchado, los sacudones de la marcha del caballo por las quiebras, primero; después su impotencia conducida en andas por los indios como un santo de palo... Todo eso puede aguantarse, pero no la irresponsabilidad y los celos de mujerzuelas de jefes y oficiales, y sus compadradas con el bragazas del general; las marchas convertidas en migración de gitanos; los enfermos abandonados a su suerte; los heridos caminando a pie, desplazados por esta coronela o aquella comandanta a caballo, barraganas con regalías de marquesas.

Varón que "en buena hora ciñó espada", el coronel Arenales se retira para no enredarse.

¡Y qué puede resultar de ese encuentro en que se juega, por última vez, acaso, la suerte de tantos millones de almas y de leguas de tierra y de mar, sino un simulacro de combate —pese a muchos corajes aislados— y ochenta leguas de fuga! Huyendo por su cuenta, como todos, en algún alto del camino el generalísimo ha tenido que "ir personalmente a dar agua a su caballo". Recordando a Belgrano, y su autoridad, su vigilancia y su energía de padre, en los contrastes, a más de uno se le humedecen los ojos.

Domada Colombia, enyugado Chile, reforzada Lima, perdido el Alto Perú, ahora, y las provincias del sur acorraladas: el Tedeum suena en todas las catedrales del reino. Con todo esto de vanguardia, Pezuela comienza a apearse del altiplano.

¿No es, pues, una aventura de perdidos estas guerrillas que le oponen los paisanos de Güemes?

* * *

Su gobierno es de patrón en su estancia; su hermana, la bien plantada Macacha, tiene más autoridad que el Cabildo: los vecinos de rango o de luces, tenidos entre ojos o puestos en jaque.

Al gobernador de Jujuy: "tengo facilidad para dejar a Vd. sin casa, sin Hacienda y aún sin Caveza". Al que exige el pago de sus deudas a los gauchos: "los ecsimo de él". Desertó del ejército manoteándole quinientos fusiles y carabinas y manda asaltar ahora al coronel Rodríguez, diciéndolo entendido con Pezuela. Lamadrid y los suyos, de vuelta de una expedición legendaria, tienen que abrirse camino con sus sables, a través de las selvas, las fiebres y las lluvias, a pie, porque una orden del gobernador, que desconfía del mismo Belgrano, esconde los caballos. Los sufridos oficiales del ejército, tan pobres como los soldados, disparan el sarcasmo contra ese orador sin campanilla que cuando arenga al paisanaje

manda retirarse, de vergüenza, a los oficiales; contra ese comandante miliciano que mezquina el bulto al peligro y viste su caballo con más bambolla que un arzobispo de Charcas:

Loco, vano, fullero, mentiroso,
Todo esto junto, y ainda más, gangoso.

Pero, en verdad, nadie puede tirarle, con derecho, la primera piedra. Ni el gobierno, hechura de Alvear, niño mimado; ni Rondeau, "ese posma de Rondeau".

Y en cualquier caso, todo lo que digan, no borra el envés de la medalla.

Cuando todo está perdido, o casi, el vado de Salta se vuelve infranqueable. ¿Cómo? Martín Güemes ha oído los consejos de San Martín, es cierto, pero, sobre todo, ha leído en la enrevesada tierra, y en sus criaturas: ha hecho que eso de patria se confunda con él —"el padre de los pobres"— y que los gauchos lo idolatren casi como a sus propios caballos: no cada hombre: cada mujer, o senda, o árbol, y hasta el opa cotudo, son de la milicia: Salta entera es un alerta infatigable. ¿Cómo reemplazar a tal hombre? San Martín lo vió de una ojeada, prohijándolo, y Belgrano también.

Por clarín, el alarido palmeado; por tambor, los guardamontes tundidos con la azotera de anta; por vanguardia, alguna vez, una yeguada cimarrona; los fusiles recortados, menos largos que sus cuchillos; las quebradas y selvas espulgadas hasta no dejar una uña de vaca al invasor: lo enredan con los atajos mejor que con las boleadoras; le secuestran las centinelas en la punta de un lazo; le descuelgan una avalancha de piedras en los derrumbaderos. "Yo solo . Mis gauchos han peleado hasta echar la tela". Y mientras ese cabeza caliente de Artigas, que más tarde se dejará cazar por los portugueses, celebra Sipe-sipe, él da pasto a los cóndores salteños con los mejores soldados de "el amado Fernando", vencedores de Napoleón.

II

Los Dos Caudillajes

Cuando hay en que no hay con que,
cuando hay con que no hay en que.

El Chacho.

Promovida por coloniales, la revolución suramericana no puede significar un desamarre total de España, ni de la de allá lejos, ni de la otra que está en la sangre y los hábitos. Son virreinales que ni siquiera se animan a pensar en América como una finca propia, menos en que el americano pueda ser un hombre nuevo.

En el Río de la Plata, los más arriesgados, con la fiebre del neófito, proponen una democracia romántica, como tenía que ser. En efecto, son gente de universidad, de tienda o de cuartel, gente cerradamente urbana, cuando no porteña, es decir, saturada de los privilegios virreinales de Buenos Aires. No conocen —desprecian— el campo y la gente de campo, y por desgracia las nueve décimas partes de la realidad americana es eso: campaña. Desde el primer día el conflicto se acusa irreductible entre la ciudad de los blancos opulentos y su negrada, ese Buenos Aires donde el europeo "cree hallarse en París", y las desaforadas campañas donde un hombre casi sin vestido ni necesidades espolea su instinto de libertad hacia lo salvaje.

A poco andar, y cuando lo entrañable empieza a verse, los iniciadores vacilan. Belgrano, Rivadavia, Monteagudo —como lo hubiera hecho Moreno, de vivir aún—, vuelven la mirada a Europa, donde los escritores de Napoleón y la Santa Alianza han desacreditado a la repú-

blica. ¿Y podrá soñarse en ella con estas turbas desmelenadas? Se necesita hombres de mucha fe para eso, de una fe nacida de la tierra, y es la verdad, que estos revolucionarios, cual menos, cual más, llevan el español adentro: sin duda hasta el mismo San Martín, que aunque diga con sorna "Fernandito", cree en los reyes, y sólo elige sus oficiales "entre los hijos de familia", y el mismo Bolívar, soñador de senados hereditarios y goloso de pompas áulicas.

Ahí están los ases del urbanismo colonial. Pueyrredón, ricohome con hermosura de raza y valor probado, que habla francés —"soy de la patria de Enrique IV"— y pinta miniaturas sobre marfil, exigiendo "limpieza de sangre" para el ingreso al colegio militar que funda, y convencido de que sólo un Orleáns "puede competer a la América". Rivadavia, el mismo que indignado un día por un brindis monarquista de San Martín casi le arroja un botellón a la cara, y el mismo que probará otro día la capacidad de su pueblo para el gobierno propio, peregrinando ahora de corte en corte con Belgrano, en procura de contratar un príncipe a cualquier precio, ya que el Río de la Plata no ha de ser menos que el Brasil. El doctor García, alhaja de gabinetes y de estrados, flor de porteñismo, tan irreprochable en el corte de su levita como en el giro de sus frases, tan brillante de ideas como de zapatos, pero para quien la República acaba en el Arroyo del Medio. Y el más porteño de todos, ese "Carlitos" —como dice su tío Gervasio, el Director—, Carlos María de Alvear, oficial brillante como una espada de gala y digno del cortejo de una reina, tan forrado de dineros como de prosapia, menos escaso de bríos y de ingenio que de alfabeto —el afortunado mancebo que a los veinticuatro años es dueño de la Logia, que es dueña, a su vez, de la Soberana Asamblea y del país—, ahora en Río de Janeiro renegando de "esta maldita Revolución" ante el ministro de Fernando, el rey a cuya "soberana piedad" se encomienda.

Eso es Buenos Aires, y ese su caudillaje cortesano. Buenos Aires, con la mirada vuelta hacia las luces de París o los faros de los puertos ingleses, como antes a España; puesta sobre la aduana su mano mientras cierra los oídos al latido profundo de todo lo que tiene a la espalda; la voltaria Buenos Aires que será monarquizante con Pueyrredón, unitaria a la francesa con Rivadavia, federal localista y soñando en Norte América con Dorrego, unitaria de sable con Lavalle, federal de facón y chicote con Rosas... ¿La aduana? ¡Su aduana! Esta es la piedra del escándalo. Apostada en el único paso vadeable entre el país y el extranjero, ciudad sin industrias —es decir, sin vida propia—, vive y engorda a costa de los cueros que salen y de las manufacturas que entran. Sus hijos son, ante todo, eso: los dueños del puerto: porteños. Ahora con la guerra, cerrados los caminos del Perú para las mulas de Córdoba y del Norte, los de la Cordillera para los vinos y reses del Norte y de Cuyo, el país, enflaquecido, asiste al crecimiento de la ex ciudad virreinal, que gasta con él los mismos modos de España con sus colonias... Entre este cogotudo orgullo de mayorazgo y esos celos de hermanos pobres, está nuestra historia más superficial ocultando la de fondo.

En el primer momento, estas desavenencias son cosa que sólo se ventila entre "decentes". Los representantes de las provincias contra los de la capital. Pero todos son salidos de los cabildos, corporaciones de pudientes. Así nacen juntas, triunviratos y directorios. Los mismos miembros de la Soberana Asamblea del 13, son elegidos popularmente entre... los afiliados a la Logia Lautaro, capilla de aristócratas. Recién cuando la insurrección campesina toma cuerpo, la lucha quiere entrar en su verdadero cauce.

* * *

El desierto y el caballo explican al gaucho. Ya se dijo que en América, pero sobre todo en las llanuras del Sur, es campo casi todo, con el caballo que parece resu-

mirlo: su lomo, los repechos; sus crines, el pasto; su andar, el río o el viento. El que lo dome, domará la tierra. Hijo del desierto, el caballo gaucho está hecho menos al pasto que a la fatiga y al peligro. Sus orejas imantan la sorpresa; ventea al indio a una jornada de malón; huele los huracos en lo oscuro. Galopa un día y descansa esa noche mascando fierro. Mas su tosquedad de lonja guarda la sensibilidad de la guitarra bien templada: un silbido, un ademán, le bastan. Subido en él, el hombre tuvo el horizonte al alcance de la mano, y los ganados, las aguadas y los rumbos, y pudo pelearle al hambre y a la suerte. Así tomó posesión de esa tierra desconocida de los ricos de las ciudades a quienes pertenece, sin embargo.

Criado a caballo, el gaucho tiene las piernas arqueadas como los pájaros de mucho vuelo; a pie, es un aliquebrado. Sólo a caballo es hombre entero. Sus modales y sus hazañas, su industria y su poesía, vienen de él. Más aún: hombre y bestia suman un solo ser y una sola voluntad indómita, que es el demonio de la tierra. ¿Qué rey, qué amo, va a imponerle vasallaje?

Como se apea tan poco, su casa le cuesta menos que la suya al pájaro. Más: su cama anda con él; el hogar no lo domestica, sino que él lo acimarrona, y así la mujer, a quien no puede ofrecer más que sus hazañas, suele seguirlo a la guerra. No come más que carne, y el cuero es su lana, su fierro y su madera; el cuchillo, su petizo de los mandados. Cree en Dios como en un patrón que nunca visita la estancia. Su cuerpo es indio, pero su imaginación es la del árabe y sus ademanes los de España. Es duro y tierno a la vez como una semilla. Tiene el mismo desprecio por las vacas ajenas que por la vida propia, pero véalo usted en la danza, la hospitalidad o la palabra empeñada, lucir su elegancia de hombre libre. ¿Cómo ha de esclavizar a la mujer? Le basta con que no le estorbe. La rueda de la payada es el estrado de su nobleza, y él, que desprecia doctores, generales y gringos, se acercará con respeto a un cajetilla,

en la estancia de "Los Talas", sólo porque es un poeta.

Está tan lejos del español como del indio aunque lleve sus sangres: como su facón, su alma tiene un solo filo. Y es el mismo con barbas rubias u ojos oblicuos, con tirador de plata o la pata al suelo. El mismo, también, en los encumbrados bosques de Salta, en los parados pagos de Santiago o la Rioja, o en la pampa y los ríos, movida región que sólo acorralan las leguas.

Aunque no siembre casi nunca —la harina viene de Chile— y comercie apenas, el gaucho no es hermano de los pastores nómades, sino simplemente el hombre de la distancia. Vive aislado. No tiene comunidad de intereses, no siente la cosa pública. Y donde no hay influencia social, manda la individual. Y el hombre que es la independencia misma en su persona, es, al fin y al cabo, en conjunto, un disperso rebaño salvaje que alguien juntará bajo su mano. Un rebaño . . . Por eso este arisco devendrá fautor de déspotas. La ambición del caudillo será toda la política.

* * *

Ahí está Artigas, el primero.

Traficante de cueros y sebos, al principio; tallando con cuatreros y contrabandistas después; taita de todos, al cabo. Piloteando su caballo a través de selvas y ríos, desvirgando sendas, "comercia" con el Brasil.

No estamos en un jardín de infantes. Gauchos orientales, indios charrúas y guenoas, y esos buenos riograndenses que llaman a sus malones "fazer as californias". Toda gente menos calluda de manos que de alma. ¿Las volteadas? Un enjambre de jinetes enlazando y boleando la torada acorralada en el desamparo, desjarretando, degollando, cuereando después (el vacuno es pájaro que sólo vale por la pluma) para banquetear con miles de cadáveres por días y días, a buitres y perros cimarrones. La vida, flanqueada así por la soledad y el peligro, ha regresado a los días antiguos del hombre. Artigas campea allí por sus cabales.

Su tino es grande, y su valor en los encuentros, cuando se echa el sombrero a la nuca, bien sentado. Conoce huellas y hombres, y enlaza tan bien voluntades como reses. "Derrota siempre a las tropas del rey". Su fama llega a inquietar al virrey, que cansado de la puja, y ungido de esa erudición en "vagos, ladrones, charrúas y portugueses", le propone un pacto: y el montaraz entra con su caballo y su poncho blanco en Montevideo de capitán de los Blandengues del rey . . .

No parece un gaucho con todas las de la ley, sin embargo. No juega ni bebe; no exagera sus espuelas ni los arneses de su picazo; no carga cuchillo al cinto. Sus manos, delicadas como las de un escribiente, aunque sus letras vayan poco más allá de su firma. Eso sí, habla el guaraní sin tartamudear.

Afable con el pobrerío, tiene la moral y el estilo del héroe de folletín: al amigo, carta blanca; al enemigo, toda "su" justicia. Cadenas al cogote, a lo perro, o enchalecamientos, a lo fardo.

Pero se porta mucho menos cruel que orgulloso y ambicioso. Ahijado de franciscanos, es muy católico; aunque su táctica de vacunar con el odio al español o al porteño para catequizar indios, le viene de los jesuitas. También aprende de ellos a despertar el nomadismo mal dormido de esas almas, para arrear puebladas por cientos de leguas. Pues, albacea de las abolidas misiones, es ante todo curaca de cobrizos; aunque su poder de imantación obre lo mismo sobre el gaucho y el negro. Ahí está su estado mayor: su secretario, un fraile apóstata que habla inglés; Encarnación, que degüella dos godos o porteños por semana "para mantener la moral"; Andresito, el minuano puro, que "sabe leer muy bien y cree en los ángeles"; Campbell, un sargento de Beresford ascendido a cacique; Otorgués, el lacertoso lancero de trenza color avena y voz de chimango, que jinetea porteños desnudos con espuelas de cuarenta y cinco onzas.

Ese es el hombre que abandera el rechazo de los pue-

blos a los agravios de esa capital que dispone sola de la renta común, contrae deudas a nombre de todos y se tiene por "el heredero universal de Fernando". Se alza primero la banda oriental: después casi toda la de este lado; Córdoba al fin. Parece a ratos la barbarie frente a la civilización este movimiento instintivo de las campañas contra los mandamientos urbanos: pero es más bien, en el fondo, una América que quiere ser contra una España que no quiere irse. Una guerra de clases, sin duda, aunque parezca una guerra de razas.

Es claro que ella no tarda en descarriarse, para dar lugar, sin mayor esfuerzo, al pleito entre el caudillaje doctoral y militar de las ciudades y el caudillaje ecuestre. Virreinalismo y feudalismo.

Un toldo de cuero: afuera, el humo de los caballos de los chasques que llegan: adentro, el de los asados. "Sentado en una cabeza de novillo, junto a un fogón encendido en el suelo, comiendo carne de un asador y bebiendo ginebra en guampa" está un gaucho entre amigos. Es el "general" que con esas hordas haraposas que duermen a caballo, cuando duermen, y hacen noches de veinticinco leguas, ha dado jaque mate a las fuerzas y al orgullo de Buenos Aires que acaba de ofrecer mil doscientas libras esterlinas (el precio de millares de cabezas vacunas) por su mala cabeza; es "el gaucho Artigas", como dice Alvear; "Lord Protector", como escribe un inglés: "el Jefe supremo y Protector de los pueblos libres", como se llama él mismo. La "federación" de que habla, repitiendo lo que le dicta el padre Monterroso, como repetirán todos los caudillos después, consiste en poner a sus capitanejos de amos de pueblos. ¿Corrientes se subleva? Le decreta un saqueo de tres días. En su democracia, no hay garantías individuales; su gobierno es su palabra, oída y temida en diez mil leguas cuadradas. Habla a veces de cartillas o vacunas, pero en sus dominios la vida ha reculado hasta el aduar o más lejos, y hay mujeres que no tienen ni la hoja de parra.

Y, sin embargo, obra no sé qué, más allá de lo meramente político, en este hombre rodeado de gauchos desheredados, de indios desnudos, de negros huídos de la esclavitud, y es como la protesta de la tierra por el dolor de sus criaturas, la queja de la barbarie contra el egoísmo de los civilizados: algo que rebasando su conciencia angosta y su conducta selvática —la levadura de una redención amasada con la miseria y el escarnio— confiere a ratos casi un perfil de apóstol, a ese "caporal de salteadores", como escribe el caballero Francia, ese concesionario de toda la yerba mate y todas las vidas del Paraguay.

* * *

La historia se despereza, precipitando los sucesos, arrastrando a conducidos y conductores.

El congreso de Tucumán, que dudó de la república y hasta pensó en coronar a un colla de la puna con tal de tener rey, y aún dudó de la independencia, si bien proclamándola al cabo, gracias a la espuela de San Martín, y gracias también a que el gauchaje del norte le guardaba al espalda, está ahora en Buenos Aires tratando, en yunta con el Directorio, que es su hechura, de capear el temporal . . . ¿La sombra de Fernando? Sí, pero sobre todo, la desobediencia de las provincias, el alzamiento de las campañas. ¿Qué hacerle si eso no tiene más remedio que los príncipes alquilados o la vuelta a la colonia?

No se engañe nadie. Más que apego monarquista manda en los jefes revolucionarios un alejamiento íntimo del pueblo criollo. (Menos de su pensamiento, del que no puede hablarse, que de su instinto). No tienen sus raíces en él, es decir, no lo sienten. Apenas creen que exista. Por eso se ponen a disponer de su destino como de cosa privada; por eso, los congresos y las logias parecen a ratos reuniones de familia. Y no es que falten mentes y corazones capaces. Es sólo que esas entrañas patricias no sienten la carne de la chusma y de la tierra, y sus cabezas sólo usan ideas de Europa. No pudiendo

fundir en molde forastero la realidad indígena, prefieren volverle la espalda. Así resulta que la revolución es más grande que sus conductores, y en gran parte se conduce sola y aun contra ellos. No importa los motivos. Van ahora contra el ostensible destino del país; a la falla mental de creer en la posibilidad de la monarquía, agregan la falla moral de descreer de lo propio. Llaman disgregación a la resistencia a esa unidad ficticia y ventajera que quieren ajustarles, a esa sublevación de los pueblos para corregirles la plana. Buenos Aires habla de pueblos rebeldes a su pensamiento y a su acción conductora, y ella empieza por ser rebelde al espíritu nuevo y a la realidad que se mete por los ojos. ¿La anarquía de los bárbaros? Pero ahí están las intrigas de sus logias y sus próceres, los enredos y celos de mancebía de los jefes de Rondeau en el Norte, y ya vendrá, dentro de poco, el día de los tres gobernadores . . . No estorba; importarán la iniquidad y el abalorio; traicionarán la índole nativa, cerrando los ojos a la originalidad de esta revolución del sur mucho más americana que la del norte, sin animarse a sospechar que esa fermentación sangrienta de los pueblos los purgará de lacras vivas aún, no digo en Europa, sino en la tierra de Wáshington: ni vasallos ni esclavos. Por ello todo lo que no sea liberación total significará la burla del americano, cuya ambición, en su turbia profundidad, es poder llamarse un hombre.

Mas no se olvide que la colonia sobrevive en las campañas no menos que en Buenos Aires. Aquí el espíritu cortesano de privilegio, la ignorancia enciclopédica del país, el calco europeo; allá la carencia de ideas y hábitos de gobierno, de sentido económico, de horizonte. Pero uno es mucho más España que América y el otro casi todo América, si bien ambos llevan en sí los elementos del nuevo orden de cosas que es indispensable crear. ¡Paradoja de los destinos políticos! Sería preciso un Rivadavia con intuiciones y experiencias de caudillo, o un Artigas con ideas y ademanes civiles. No puede ser,

y los dos caudillajes, el de levita y el de poncho, resultan cómplices en el crimen de lesa conciencia que es la anarquía. El pueblo corre con los gastos.

Frente al indigenismo cerrado de los generales o gobernadores de boleadoras, que adulan las debilidades del gaucho hasta enredar su atropellado instinto de libertad, la capital sólo piensa en sí misma. El doctor García fué a Río de Janeiro a procurar la invasión portuguesa contra Artigas, "que así dejará de molestar a Buenos Aires", y los imperiales bajan, y ocho mil cadáveres uruguayos no atajan la conquista, porque el patriarca del Ayú, menos gaucho que Güemes, no sabe machihembrarse a la tierra y operar desde lo invisible. Rivadavia y Gómez siguen probando suerte en las cortes de Europa. Y las cosas se complican solas. Ante el desasosiego montante de los pueblos —la misma capital se contagia—, las cavilaciones del gobierno, inspiradas por los congresales del dieciseis, dan con el eureka: matrimoniar al príncipe de Luca con una princesa del Brasil y sentarlos de reyes de las Provincias Unidas y Chile. Todo esto después de esa hazaña de los Andes, que honra un mundo, y aun después de Maipú, España, con las manos libres, podrá ponerlas sobre el Perú, Venezuela y Méjico. Así quiere romperse esa solidaridad sudamericana contra las tiranías de afuera y de adentro que fué y será ley, y se echa esa zancadilla a la misma independencia.

* * *

Fué en una de esas primaveras tucumanas, en que una palpitación de vida, más nupcial que los azahares, empurpura la juventud de la tierra; cuando, él, mozo de veinticuatro años a quien la gloria había aojado ya, sintiera, al dar una voz de mando, el primer golpe de tos y el gusto a sepulcro de la propia sangre en la boca . . . ¿El mayor Paz tísico? ¡Ah, las fatigas y los desvelos, las caladuras del frío y el agua, la porfiada hemorragia de Venta y Media, y las penas también, como esas de ver morir a sus dos mejores amigos! Porque él, difícil

en el arrimo y la estima, es profundo en la ternura, y la muerte de don Diego Balcarce, tan compañero en la conducta como en las armas, lo enlutó de veras. Mas el general Belgrano, ese hombre que no es un guerrero, sin duda, pero a quien debe una lección de solitaria dignidad más grande que dos victorias, estaba casi solo en su afán de hacer un ejército con los sobrantes de un desastre, y él no podía abandonarlo. Había, pues, que ser más fuerte que la suerte. Impedido de gritar, un ayudante repetiría en voz alta las de mando que él diera en voz baja; pero los médicos hablaron claro: cuando el ejército saliera a campaña, él no podría seguirlo. Sin embargo, el día de la marcha ocupó su puesto: quedarse en el camino, estaba bien, pero no allí, a solas con su magín y sus nervios, en inercia de inválido. ¡Y quién sabría decir los alcances de una voluntad puesta a desafiar al destino! Pues la verdad es que su salud se recobró, se volvió dura como el hierro golpeado, en las marchas y contramarchas a la zaga de estas montoneras de Santa Fe. Porque aquí están ahora.

Sucede que el unitarismo artigueño también está quebrado. El que había celebrado la derrota de Sipe-Sipe es también, ahora, un prófugo del invasor extranjero. Y sucede que sus tenientes se han criado y ya están queriendo llevarlo en la armada. Pancho Ramírez, hombre más lindo de ver que caballo que padrea, en los encuentros; Ramírez (que él "de peón ha hecho gente"), con igual ambición y más cabeza, que va a llamarse "el Supremo" y a su provincia "el Continente", confunde ya con sus ríos fronterizos el filo de su espada. Y otro de menos alas, pero más cazurro, más entendido en caballos, más gaucho que ellos, en fin, Estanislao López, inaugura en Santa Fe "su gobierno". Prisionero en Tacuarí, metido en una fragata, escapado nadando media legua en la noche, hace su educación político-militar en guerra con esos indios del Chaco que llegan hasta las goteras de la ciudad alzando en sus lanzas todos los cristianos que pueden, para arrear vacas y mujeres de

vuelta, borrando sus rastros con el incendio; después contra los porteños. Un día, con un bote de lanza, convierte en asistente a un negrazo que viene "vendiendo coraje"; otro, asalta y toma a caballo, los barcos de Buenos Aires... Así, en un lustro, asciende de cabo a general e inicia su gobierno interino que dura veinte años.

Sabemos que el gauchaje en armas ha convertido esa región de los pomposos ríos en patria del tropel y el atropello. Pero "el paternal gobierno" de Buenos Aires, tan culto —y bien inspirado, ¿por qué no?— como es, está igual o peor que todo eso. Cerrando los ojos a todo, no quiere siquiera ver que el sentimiento de patria chica de esas gentes —bravío hasta en sus niños y sus perros— es más fuerte que las bayonetas, y que su táctica indígena es más profunda que la cabeza de los generales porteños. Así, errando en los medios y en los fines, inicia esa guerra con "un maestro de carretas por general en jefe", se hace aporrear tres ejércitos, y caldeando hasta el rojo los odios —Díaz Vélez saquea a Santa Fe, Balcarce incendia los ranchos del Rosario y se retira arreando millares de reses—, sólo sirve, a fin de cuentas, a la causa de Artigas. Mas su testarudez no es menos firme que las lanzas montoneras. Hará la vista gorda ante el portugués, que ya ha sacado todas las uñas en la otra banda, desertará de la causa americana en Chile y en el Alto Perú —como Artigas del sitio de Montevideo—, traerá el príncipe, juntará diez mil soldados, pero dominará la anarquía. Instrucciones a Balcarce: **los santafesinos sometidos transportados a la línea de frontera...; a los rebeldes, la última pena correspondiente.**

A las órdenes de Bustos, el comandante Paz viene con las fuerzas adelantadas por Belgrano, que baja ya con todo el ejército, por mandato del gobierno. Las noticias son malas. Balcarce, que oficiaba, de López: "poco falta para acabar de exterminarlo", ha exterminado sus tropas en andanzas por campos en que no hay una vaca, un relincho ni un alma (López internó ganados y fa-

milias en el Chaco) y en que hasta los mismos pájaros nativos parecen espías... Bustos, en Fraile Muerto, apenas pudo defenderse contra ese enemigo que llega, sacude y desaparece como el viento.

¿Qué son, pues, los montoneros? Los mismos gauchos del Norte, sin duda, actuando en una tierra en que la distancia embosca más que el bosque, y con sus lanzas vueltas contra hermanos, con más violencia por lo mismo... Del jinete celoso de su coraje como doncella de su lindura, que conoce el desierto como su camisa y cuya vida es sólo gimnasia, los caudillos han hecho un combatiente sin más que completarlo con una tacuara o un trabuco. ¡Y qué ha de costar un ejército sin material bélico y sin paga! ¿Vestuario? Un chiripá y un poncho, la bota de potro que no estorba el pie para agarrar el estribo y una vincha para defender de las crines la mirada. Dando rienda suelta a su instinto y su caballo, la guerra es alegre para ellos como baraja nueva. Se mata un novillo hasta para atar el caballo o sacar una taba. Caballos y mujeres de clase cuestan, las más veces, sólo un galope hasta el poblado enemigo o el arria de carretas en el desierto. Su estrategia: limpiarle el campo de ganado al enemigo, perdérsele como una aguja, coparle los chasques, espantarle las caballadas, endilgarlo al pastizal ponzoñoso. Su táctica: venirse sobre él desde cincuenta leguas, a veces, envolviéndolo y confundiéndolo, según el modo de los baguales con los caballos cristianos.

¿Y qué es ese general López escoltado por dragones que llevan de casco media cabeza de burro con las orejas paradas por crestón?

He aquí la Herradura; al fin, el primer encuentro con la montonera. Los infantes semiacantonados detrás de unos postes; los escuadrones sable en mano en sus caballos, rodeados por el gauchaje que los triplica en número. Alaridos y polvaredas; chiripás color sangre; sombreros de panza de burra con plumas de avestruz; boleadoras a la cintura como cordón de fraile. Aque-

llos vestidos con cueros de tigre o desnudos como sus pingos, con astas por clarines, son los que envía Artigas: los tapes de Campbell, el irlandés católico más gaucho que los gauchos y más enconoso que los charrúas, autor de la táctica que ha dado cuenta de los porteños: la de los soldados anfibios que combaten a pie y a caballo, en yuntas dispersas.

Tiroteos y amagos; tanteadas. De pronto todos los caballos viniéndose encima, en una pestañeada, como si cargaran solos. Mientras la infantería apura sus fuegos, Lamadrid y Paz, cada uno por su lado, meten sus minúsculos escuadrones en aquella masa —uno contra diez— y la arrollan, pero con esta diferencia: uno tiene apenas en cuenta el peligro de "la dispersión que fatalmente origina una carga" y a duras penas se salva del entrevero; el otro, no: "Paz acuchillaba en orden y bizarramente", recordará Lamadrid veinte años después. Eso es todo. Y no es que, de hombre a hombre, el montonero no sea más, de fijo, en la lanza, en el caballo y en el resorte de su fe: rezagados, no aceptan cuartel; heridos, sus compañeros los ultiman, arrastrándolos a lazo para librarlos del enemigo. Pero el comandante de dragones no pierde la cabeza, atento, sobre todo, a esa cohesión que hace de diez soldados un gigante ante el que recula un centenar de meros valientes. Esto es en él credo intenso. Menos su experiencia de oficial de caballería, que su intuición, de veras, entrevé el juego maestro del caballo en esta guerra chúcara. Los montoneros son fuertes menos por su coraje y su número que por su movilidad infatigable y su complicidad con el suelo. Ellos son lo que deben ser. En cambio, los ejércitos de línea, batidos al principio por su pesadez con el recargue del parque y la artillería y su desconocimiento del terreno, pierden su fe en sí mismos, y caen en lo peor: imitar al enemigo; se vuelven pura caballería como él, relajan la disciplina a su estilo; son una pseudo-montonera, muy inferior a la otra.

Sólo Paz logrará apear a esos jinetes profundos.

III

La Historia Patria

> ROSAS. — *¿Y usted es pobre?*
> UN GAUCHO. — *¡Eh, señor, los pobres somos pobres siempre!* . . .

"Mucho se ha olvidado de nosotros nuestro querido Belgrano". Así decían, hasta del otro lado de Humahuaca, los que esperaban la nueva visita de los soldados de Buenos Aires, esta vez con la autoridad de las cosas de San Martín en Chile y de Güemes en Salta. Pero Belgrano, que en 1812 desobedeció, con la victoria de Tucumán, la orden de retirarse a Córdoba, quiso en la ocasión dar "ejemplo de obediencia al gobierno", volvió la espalda al español, y allá se fué sobre los campos de Santa Fe, a rastras con sus soldados rotosos y su corazón enfermo, para ver, él, que no usaba gran vista, que semejante guerra no tenía fin . . .

"Quizá la enfermedad que apresuró sus días provino del disgusto que le causaba el dirigir sus armas contra sus mismos compatriotas".

Realmente, mientras se encrespaba aquel gran movimiento de insurrección campesina —revolución de pueblo, no de cabildantes—, tan justo en sus impulsos como torpe en sus caminos (sumábanse en uno, confundiéndose, el de las provincias contra Buenos Aires y de las campañas contra las ciudades al de los desheredados y analfabetos contra los pudientes), el Directorio y los suyos resultaban, bien a su pesar, sus mejores cómplices . . . Ante todo, con esa constitución del 19, elogiada

por "los sabios de Europa", como escribía Rivadavia, pero justamente mal mirada por los pueblos. Después, con esa turbia conducta que admitía hasta la sospecha de traición. Aquella junta de las fuerzas libertadoras de los Andes y el Norte sobre la línea de Buenos Aires, ¿era para aplastar algunos cientos de montoneros o para apoyar la coronación del príncipe de Luca? ¿No quería verse que "la población en masa" le hacía la cruz a los reyes? ¡Y se dejaba así abiertos los caminos para el regreso del godo!

San Martín no coincidió con Belgrano, y creyéndose más en deuda con Maipú que con su gobierno, se fué sobre Lima. Y vino Arequito, final de baile, o comienzo, según se mire, en que cada uno arrimó su parte: el Directorio, forzando al ejército a una guerra sin camino ni crédito; la cachaza socarrona de Bustos trampeando a los más con la promesa de contramarchar al Norte; el comandante Paz, quizá confundido honradamente y no defraudado en una ambición subalterna, como bien podría creerse...

Y mientras la República arde por las cuatro puntas y los jefes montoneros han ido a sujetar su último golpe en la plaza de Mayo, Bustos se cobra las rentas de Arequito en el gobierno de Córdoba.

Con Bustos, Heredia e Ibarra, se incorpora una especie nueva a la fauna política. Dueños de pueblos, no tienen la violencia ni el arrastre de los jefes montoneros; salidos del ejército de línea, tienen de capitanes lo que una vaina puede tener de espada. En sus hábitos y estilo se reconocen las ciudades coloniales del día, pisoteadas a ratos por los jinetes de chuza; alguno, como Bustos, despliega la bambolla de los virreyes; pero en los otros, la ley es la suficiencia del desierto; sus soldados, viven, lo más, echados de panza, pegándole al monte, con cartas más negras que sus manos. La intriga o la extorsión, el destierro o el puntapié, son todo el gobierno. Y la inercia del toro empacado.

¿Qué hace el comandante Paz? Aunque el rechazo

de los despachos de coronel extendidos por Bustos, le diera ocasión de sincerarse claramente ante los demás, se siente, desde el comienzo, como en insolvencia ante sí mismo.

Lo que sigue son cuatro años en que acorralado por circunstancias sin horizonte, nivelado por sucesos enanos, un hombre que nació con espíritu y puños para muy otra cosa, se gasta tristemente. Retirado en su quinta, engañándose a sabiendas con Bustos, o desterrado y prófugo y a salto de mata entre paisanos, todo es un puro irse a menos. "Había hecho estudio de no mezclarme en cosas políticas y lo cumplí".

Apenas si con la observación cavilosa de los acaecimientos, aumenta el saldo de su experiencia. Ha visto cómo la chatura de los negocios públicos, va rebajando a todos y alcanza a los mejores, y el encono casero llega, como en Salta, a buscar alianza con el amo español. Ha visto a los menos capacitados, triunfar por pura maña o por esa sinrazón de las cosas que en ocasiones se llama suerte. Ha visto a Ramírez, confiando desaforadamente en sí mismo, o José Miguel Carreras entrando en una alianza suicida con los indios. Y ha visto en Ibarra la muestra inolvidable de cómo lo negativo puede llevar el signo contrario a fuerza de identificarse con el medio: ex oficial de línea, es un inerme cabal; ex colegial de Córdoba, tiene la ignorancia maciza de los caciques, y vive, como ellos, flanqueado por la indolencia y la venganza.

Medio herrumbrado en el reposo, un día, al fin, el aburrido comandante de caballería recibe una carta que acelera su pulso. Lo invitan a tomar parte en una expedición al Norte para ayudar al hombre que, dueño ya de Lima, quiere jugar la última partida al viejo enemigo. El proyecto muere, al cabo, entre la indiferencia o la oposición de los gobiernos. Pero Paz ha podido, al menos, salir de su cuarentena interminable. Allá está, ahora, en la frontera del Norte, tan ligada en el recuerdo a sus horas más duras y más puras.

* * *

La vida argentina de 1821 es la misma de 1810, vale decir, la de la colonia, y de veras no fueron, ni podían ser, mucha escuela los diez años de patriada.

España complicada con una geografía salvaje, eso es "el gran pueblo argentino". La costumbre de opresión y el personalismo tumefacto son su herencia más obvia. Contra una soberana tradición de desgobierno apenas si puede contarse con algo más que con la aptitud y la buena intención del individuo aislado.

Faltan las seguridades mínimas para el laboreo de las riquezas del buen Dios. La producción y el intercambio, que dan la pauta del orden social verdadero, son el caos. No hay caminos; las carretas empiezan a naufragar en los mismos lodazales de la ciudad. Apenas hay comercio interior, lo poco que sobrevive a las tasas, al montonero o el indio, a los derechos de aduana.

La abolición del monopolio, y con ello la creciente demanda del comercio extranjero, acaban por dar a los campos mugientes una personería económica que no tienen las ciudades. (Hecho que no querrá ver el mismo Sarmiento). Mas para el aprovechamiento de esa abundancia que ha crecido sin intervención del hombre, como los filones de Potosí, rigen el criterio del explotador de minas y los arrestos de la aventura.

En la gran capital del Sur, las negras, más que con jabón, lavan la ropa a puño o garrote, y "un par de huevos cuesta casi lo que un buey". En las estancias se desconoce el pan y . . . la leche, y el dueño de siete mil cabezas vacunas tiene casa de barro. Juan Manuel de Rosas, estanciero de leyes, dicta ésta: "de gallinas, ni rastros".

Las ciudades argentinas son aldeas con ranchos y doctores, con campanarios y sin industrias. En ellas, de acuerdo a la tradición del monopolio que "exigía" la compra de funcionarios, la justicia es la legalización del robo y el atropello y la canonización de la chicana. Las ciudades son el edén de la vida parásita. Qué menos, si eso

era la colonia; qué menos, si el fisco, la hidropesía del fisco, es todo el gobierno. Como en el siglo que vendrá, la burocracia —generales, sacristanes, magistrados, obispos, pinches, periodistas y matones a sueldo— es la gran industria autóctona. (Inútil que Moreno se malhumore y que Rivadavia pontifique contra "las moscas de oficina"). Junto al cuatrerismo administrativo, el de los campos no cuenta. Se vende hasta las penas impuestas al adversarios, pues los dos millones de la aduana no dan para todo. Los grandes argumentos son las obras públicas, los empréstitos y la compra de armas para la patria . . . Y ello no inhabilita a nadie; al contrario, como en días futuros, da alas para tender a todo, aun a la primera magistratura y aún, ¿por qué no?, a la estatua.

Una fisiología afiebrada y simple explica los fetichismos de la época, como en las venideras.

Ese aislamiento feroz en que vive el gaucho, es de todos. Sin sentido de la vida de relación, de colaboración social, sólo la agresión contra alguien puede agavillarlos, que no unirlos: así en la guerra de afuera o de adentro.

Se padece de eretismo heroico, y hay una visión de epopeya para los más tranquilos deberes. El vecino reacio a cegar el pantano que desplaza su vereda, porque ese es asunto del municipio, está dispuesto, en todo instante, "a salvar la patria".

Gentes sin previsión ni disciplina, psicológicamente invertebradas, son incapaces de todo esfuerzo que exija coordinación y consecuencia. Su gesto es el envión. Sus gritos de Ipiranga, sus ademanes continentales, su crueldad misma, son eso: falta de verdadero carácter. No hay militares, ni civiles, ni eclesiásticos, propiamente hablando: todos tienen un temperamento de comisarios de campaña.

Como sucederá más tarde y siempre, el énfasis es el nervio del argentino político. En el lenguaje (como en las "ideologías inmortales" o el "cien veces ilustre general" de mil novecientos treinta y tantos), fray Gerundio conspira a ojos vistas, se trate de las declaracio-

nes nefelíbatas del gobierno, de la prosa, escrita en los retretes, del padre Castañeda o de la retórica orejana de los caudillos. "¡Paladines! ¡Mártires!" "La tiranía y la ignominia", "La Libertad", "¡El escarmiento tremendo, memorable!" "El reinado de la felicidad pública". "El gran Americano". "Castigos y redenciones". "El carro de Marte". "¡Religión o muerte!" "¡Federación o muerte!" "¡Constitución o muerte!" ("¡Nacionalismo o muerte!").

Sin la más remota sospecha de que en la vida social, como en la naturaleza, la evolución, sea ley, esas psicologías primarias, asistidas por la hipérbole y la antítesis, sólo saben de juicio final y nueva era. El gobierno sólo se siente tal cuando puede aplastar al adversario. Políticamente, un partido deja de existir si no está en el poder. Poco a poco perderá aún el derecho de existir vecinalmente. Las leyes de olvido sólo son la concesión magnánima de ese derecho.

Ante los males públicos sólo se piensa en operaciones cesáreas. Hasta la constitución es una de ellas. Rivadavia y los suyos son liberales o "ateos", pero la herencia española trabaja en ellos y creen en la constitución como en la Santísima Trinidad. ¿Qué extraño, pues que esa superstición prenda en la cabeza de Lavalle, que habla de "meter a todos los gauchos de la República en un zapato y taparlos con otro", y aun en la selvosa de Facundo?

La colonia sólo ha cambiado de pelo. Se equivoca quien piense que únicamente los prestigios de la fuerza seducen a la muchedumbre analfabeta: también los del ergo y la monserga. Como en mil novecientos y pico, tallan doctores y generales, o no hay próceres. ¡General! Por algo se disfraza de tal cuanto gaucho malo o vivo encabeza una patrulla. ¡Doctor! Por algo los perseguirá tanto Rosas, que no obstante usa de oráculos al doctor Anchorena y al doctor Maza — y los caudillos los tienen de egerias o amanuenses, o son picapleitos ellos mismos, como Francia o Urquiza.

El silogismo y las artimañas dialécticas de las universidades ayudan al genio nativo en su vocación de la bambolla y el fraude; el expedienteo y el casuismo son sus prendas.

Y la desventura en que mientras los letrados aposentan en sus cabezas una ciencia postiza, y más invasora cuanto más alejada de la realidad, los caudillos resumen la mentalidad y los hábitos de la chusma sin estar por encima de ella. Tienen, en efecto, la astucia, ese talento del bruto; toda la astucia. Y contagiada con su ejemplo, la chusma se pervierte más cada día.

Un poco de superstición y otro de ritual reemplazan el espíritu religioso. Frailes y curas llevan vida más o menos musulmana y son la mayor autoridad en riñas de gallos. Hasta el más digno y sabio de todos, don Julián Segundo de Agüero, cultiva el chiste verde.

Como pensaba un inglés, la revolución de Mayo fué hecha por los hacendados de Buenos Aires que querían pasar, de mayordomos del rey, a patrones. (Ya se sabe que las tierras son de los señores de la ciudad). La abolición del monopolio ha beneficiado sólo a ellos, pues la supresión del contrabando y sus duros afanes, trae la desocupación del gauchaje —ya que un capataz y cuatro peones cuidan cinco mil vacunos—. Otrosí: el saladero, o aprovechamiento de toda la res, no de su cuero solo como en la colonia, y el incremento exportador, han puesto la carne —como cien años después— fuera del alcance del desheredado. El cuatrerismo es el contrabando del pobre. El rigor de los hacendados —digo el gobierno— contra el gaucho, llega hasta el "brutal decreto" del año 15: todo paisano sin propiedad declarado sirviente y obligado a llevar papeleta de conchabo de su patrón, so pena de llamársele vago y corregirlo con cinco años de servicio en el ejército . . . El gaucho es el caballo patrio. Las campañas del desierto contra el indio —en 1833 o en 1879— serán ante todo un negocio de estancieros y después una campaña electoral. Como todos los caudillos son estancieros, lo que pueden significar libertad y democracia en sus bocas, ya se sabe.

El buen Belgrano dijo claro que los pobres eran enemigos del gobierno porque las exacciones sólo recaían sobre ellos. ¿Qué mucho que el tiento se corte por lo más delgado? Hasta el inadjetivable de Angelis confesará más tarde que el dueño de treinta mil cabezas —sin contar la suya— sólo entrega al fisco el valor de cuatro novillos.

Y mientras el gauchaje se encoge, los latifundios se desbordan más. Y así, como en el siglo que vendrá, hay sobra de brazos en el desierto verde... ¡Y cómo podrá soñarse con justicia, con policía, con instrucción, en regiones donde para juntar cuatro docenas de escolares hay que "buscarlos sobre veinte leguas cuadradas"! Pero ya se ha descubierto que la naturaleza ha hecho al gaucho ocioso, ignorante, pendenciero, y, sobre todo, ladrón de vacas.

¡Déle azotes, déle palo,
Porque es lo que él necesita!

De veras, como más tarde para votar, ahora el pobre sólo sirve para pelear. (Cien años después el arrendatario de la pampa estará en las mismas condiciones que estos parias a caballo).

Mas entretanto ha ocurrido ese genesíaco año veinte mentado con tan púdico horror por los historiadores oficiales, en que la muchedumbre se acercó a los gobiernos, ya que éstos no fueron a ella.

Cada provincia forma rancho aparte. Buenos Aires ha visto el mejor varón que podía esperar: una cabeza muy alta alhajada con las mejores luces europeas, coronando una enorme hombría de bien. Don Bernardino Rivadavia parece dispuesto a que la revolución de Mayo no sea una palabra de dientes a fuera. Escuelas, justicia, beneficencia, inmigración... Quiere extirpar la colonia. Por ese vehemente contraste que obra en todo argentino, éste, que es el mayor soñador, se presenta a ratos como el hombre con más profundas sospechas sobre nuestra realidad, y así pone la mano sobre todos

los males que seguirán siendo nuestros rasgos más firmes cien años después —desde el apocamiento de la mujer hasta la elefantiasis burocrática—. Como demoledor del pasado, tiene que habérselas con su hijo predilecto, el catolicismo, y libra desigual batalla para destemporalizarlo un poco. Al ejército, que ocupa la mitad del presupuesto, le jubila 16 generales y 275 jefes y oficiales. Y aún más: se anima contra el mismo dragón sagrado, y la ley de enfiteusis es el conato de algo menos retórico que los Veinticinco de Mayo y los Nueve de Julio: la entrega de la tierra al hombre que trabaja la tierra: eso que hubiera hecho por nuestra "civilización" lo que no lograrían los ferrocarriles londinenses, los comicios libres, los cientos de estatuas y las cinco universidades casi tan decorativas como ellas.

Pero Rivadavia es de Buenos Aires, y el porteño puro que lleva en sí no le deja ver bien lo argentino. Lleno de superstición culturalista y despotismo legislante, desconociendo, y quién sabe si no mirando por sobre el hombro las cosas y los hombres de su tierra, en lo político es un colonial también. Priva a las provincias de sus rentas —las aduanas mediterráneas—, y hace del comercio de ultramar un monopolio porteño. No quiere ver que el Paraguay pidió su hijuela porque quiso cobrar para sí la sisa a la yerba que cobraba Buenos Aires, y que el uruguayo hizo lo propio por su ningún interés en "entregar a la aduana de Buenos Aires los derechos impuestos al intercambio".

Siempre, pues, como antes y más tarde, la dictadura combinada del extranjero y Buenos Aires, con el instrumento de ese puerto que carece "de muelles y hasta de aguas hondas". Cuando poco después el gobernador Ferré quiera oponerse a la importación de los frutos que el país produce, no viendo la razón de que "nuestros paisanos se pongan ponchos ingleses", el doctor García le dará la clave mayor de la historia patria: es peligrosa cualquier medida contra la nación acreedora!

Pero ya jaqueados por el tiempo y la utopía, Rivadavia y los suyos le decretan un gobierno nacional al país

y nombran Presidente antes de tener constitución. Coyuntura de mi flor para una cruzada por la religión y la libertad, los caudillos no la desperdician.

* * *

La vida de los vencedores de Ituzaingó se arrastra entre penurias de toda laya. Con cuatro mil hombres semidesnudos y poco menos que a pie, el ejército que soñó —y pudo ser— entrar con quince mil soldados en San Pedro, correrse sobre San Pablo, amenazar la misma capital del imperio!

Retirados a cuarteles de invierno, ya en tierra uruguaya, y mientras se espera en vano los auxilios patrios, no quedan más que los grandes recuerdos. Alvear, montado en ese caballo que le regalara Sucre, diciendo: "¡Vamos a vencer, carajo!". Los sables e improperios en alto. La batalla creciendo en furia y hermosura como un incendio. El pastizal ardido obrando por su cuenta, mientras más de un jefe hace lo mismo. Jefes de Salta, de Maipú, de Ayacucho, gauchos de Las Piedras y Sarandí, milicos de todas partes, metidos en el peligro hasta el encuentro, sirviéndose del enemigo como de una chaira para sacarse ventaja. Hasta que los soldados del emperador de Austria y de su yerno se acuerdan de que tienen gambas . . .

Nada más que los recuerdos. En efecto, los vencedores comienzan a derrotarse solos. El pique entre montoneros y jefes de línea, o entre los de una y otra banda; la falta de yerba, de tabaco, de sal, de caballos mismos, y la sobra de plagas; las lluvias que enmohecen hasta las orejas, y la diarrea que resulta más fuerte que la gloria.

Ahí están, enchiquerados en Cerro Largo. Alvear se ha ido dejando a Lavalleja esa jefatura que le queda demasiado grande. Los mismos que se sientan a su mesa, se ríen de él en cartas o corrillos . . .

Con la más alta inspiración y la peor mano, la Presidencia no puede con el país. Después de una pintoresca guerra iniciada por el más inspirado de los gauchos,

llevada contra la herejía y el despotismo, las provincias quedan envueltas en el poncho de los caudillos. Y si en ellas hay minorías de luces que responden al índice del señor Rivadavia, en Buenos Aires una oposición bravucona, a quien saca punta Dorrego, diputado por Santiago, mantiene contacto con los caudillos. Bloqueado por los barcos brasileños, sitiados por las provincias, con una aduana paralítica y un papel moneda cojo, el presidente, que no puede continuar la guerra, pide la paz.

La verdad es que se están pagando viejas culpas. Después de todo, la guerra se ha hecho contra el mismo avariento vecino a quien diez años atrás el gobierno de Buenos Aires invitó a ocupar el fundo uruguayo . . Invitado ahora a la paz, el derrotado emperador dicta condiciones de victoria y Rivadavia se va. Llega el gobernador Dorrego.

Hijo de su ciudad, como los otros, Dorrego es de los primeros responsables de aquel grito del Norte: "¡Mueran los porteños!". Su dicción pobre, pero certera en la pulla, contrasta en el Congreso con la elocuencia togada. Capaz de una bajeza como la de burlarse cobardemente de Belgrano, él, que es un valiente y que escribe una carta en el banquillo sin que le tiemble el pulso, es capaz también de defender las innovaciones de sus enemigos. Llamado una noche por el director Pueyrredón, se presenta en ropas menores y con botas, pero más tarde salva a Tagle, su peor enemigo, pudiendo perderlo. Y el mismo hombre que renuncia a un ascenso a general, deja y aún celebra que los soldados de su escolta en campaña vayan cargados "de pavos, encajes y barriles robados".

—Amigo Lamadrid, ya ve que Dorrego es un loco — dice Rodríguez.

—De veras, tiene sus rasgos de locura.

Rosas confirma el diagnóstico.

Sus destierros, es decir, su casual codeo con Norte América y las provincias, lo vuelven federal. Tan "porteño" como Rivadavia, como Lavalle, como Rosas, después de todo su propósito más o menos inconsciente,

es que la República se llame Buenos Aires. Eso sí, el camino que él busca es, pese a todo, y dentro de lo que cabe en las cabezas de la época, el menos estrecho: tolerar a los caudillos, primero; persuadirlos, después, al uso de las costumbres políticas. El malicia, sin duda, que el apego de los unos a las fórmulas doctrinarias es tan intransitivo como el apego de los otros a la rutina colonial; comprende, al parecer, que no puede prescindirse sino a riesgo de ponerlo en contra, de ese elemento primo que es la plebe rural o urbana y que urge "incorporarlo a la vida política".

La fatalidad es que todo eso sirve a los caudillos para inveterarse en su caciquismo y a los coloniales en su odio a lo nuevo, y sobre todo, Rosas, se cría a su sombra. "Don Juan Manuel, que usted me quiera dar lecciones de política es... como si yo me propusiera enseñar a usted cómo se gobierna una estancia". Y su peor falla será ver demasiado tarde dónde estaba su enemigo de fondo: "Gaucho pícaro, que siga embromando y cualquier día lo mando fusilar".

Los unitarios sólo quieren ver en él al aparcero de los bárbaros, como dicen con pudor clasicista: los caudillos: el gobierno y la economía a caballo; la liturgia católica y el facón; el desprecio al alfabeto y al gringo. ¿Y no ha derrocado a "el mejor gobierno que hayamos tenido"? Para reparar la avería viene don Juan Lavalle.

No se ha visto nunca espada más varona que esa suya que es su espejo. Es como un incendio nocturno, en los combates, el hombre de la barba roja. Pero es un puño sin ser una mano. Sus creencias son impulsos: creencias de hijo de la colonia, impulsos de granadero. Influenciable y contradictorio, puede frisar en lo chocarrero y aun en lo matón, aunque su naturaleza sea ante todo, generosidad e ingenuidad. Su fama, y su presencia tan vertical como ella, imantan al soldado. Su fachenda y su magín tiran en yunta: "Quisiera que los caciques Rosas, Quiroga, Bustos, Aldao, Ibarra... se reunieran con sus hordas para dar cuenta de ellos con quinientos

coraceros". Y se internará en las campañas desconocidas y hostiles al frente de su escolta, sin descubiertas, tentando el lazo de los gauchos, y alumbrará en lo oscuro su brujulita con el cigarro, diciendo al baquiano: "No, señor, tome usted por aquí".

La composición de lugar de los jefes de charreteras o plastrones es clarísima. Mientras el gobierno lleva la guerra al Brasil, los jefes de la montonera se la traen a él; y mientras a ese ejército victorioso, donde están los hombres que han trajinado medio continente para echar al amo de todos, se lo comen los piojos en Cerro Largo, los caudillos, guasos endomingados de generales, vienen haciendo de rufianes vitalicios de las provincias degradadas entre sus manos. Y el cómplice de eso, y el más responsable de todos, es este gobernador Dorrego, que esterilizó con su emperrada oposición la victoria y acaba de firmar la paz con el Brasil.

No quieren ver, ni pueden, que Dorrego y lo que él representa son algo tan de la ciudad como ellos mismos, y cuando el sucesor de Rivadavia, que ve de dónde viene el nublado, les pide alianza, se encogen de hombros y sonríen.

En efecto, el estanciero prohijado por los gobiernos, y cuya voz oye ya todo el paisanaje del Sur, trabaja por su cuenta, y presidente unitario o gobernador federal, son estorbos en su camino . . . Y lo que menos puede maliciarse aún es que ese hombre de voz dulce, ese rubio tan buen mozo como podría soñarlo la más ardiente de las morenas, tenga tanto de serpiente: frío, rampante, sinuoso, venenoso, con su boca sin labios, sus ojos que no pestañean, sus anillos que se escurren siempre de las manos . . .

Rosas se ha hecho un gaucho con todas las de la ley, aunque no toque la guitarra o los naipes, ni se enamore o pelee a cuchillo: no es solo el primero de los jinetes; conoce también la ciencia del rumbo y los pastos: su doctorería en animales, es la más consultada; sabe aviarse aún en la soledad más monda, y sobre todo, galopa

por vizcacheras y cangrejales sin caer nunca o cayendo parado . . . Y mientras otros estudian latín, él estudia tehuelche, y sabe deletrear el alma del gaucho y la más agarabatada aún del indio. Un gaucho entre gauchos. Y cómo ellos no han de aficionarse más a este patrón que un día recibe a calzón quitado los cincuenta azotes de la pena al que olvida el lazo, y que siendo tan desgobernado en sus chanzas —apear y arrastrar a lazo a un jinete, entre grandes carcajadas, por ejemplo—, se las juega lo mismo a los decentes y aunque lleven espada. Qué importa, después de esto, que él no distinga bien entre hombres y reses y que su voluntad esté en todo como Dios . . .

Pero la otra mitad de la cuenta dice que Juan Manuel de Rosas es un burgués de la colonia y lleva el virreinato adentro —¡Ah, "los años de quietud que precedieron al 25 de Mayo"!—, un burgués más listo que los otros, eso sí. Su utopía es un realismo a ras de tierra. Así llega a ser el primer técnico en estancias, porque la estancia es la "institución" argentina más sólida.

También es un despechado: contra los ricos que, para serlo, no se agacharon a trabajar como él; contra los guerreros de la independencia que lo apocan con su gloria; contra los hombres de luces que lo obscurecen con ellas, a él, Salomón en sus feudos; pero envidioso de todo eso, se hará general, pese a su ninguna vocación; estudiará el diccionario todas las noches y no dirá nunca v por b ni c por z, como tantos, y sobre todo, llegará a ser el productor de trigo y el saladerista número uno. No hay que olvidarlo, como los pobres gauchos o los pobres profesores de historia: Rosas estanciero mayor en una tierra de amos estancieros.

* * *

En esa guerra del Brasil el coronel Paz manda un regimiento de caballería que, formado jinete a jinete, en Salta, ha dejado cuatrocientas leguas de por medio para incorporarse al ejército de operaciones. Dos cualidades,

al parecer, discordes, distinguen ese cuerpo: el entusiasmo y la disciplina. Y hay un detalle que acaso pasó desapercibido: el severo cuidado del caballo, que unido siempre a la estudiosa preocupación del terreno en que obra —su voto de confianza a la tierra—, presentan a José María Paz como el más argentino, es decir, el más profundo, y talvez y sin talvez, el único capitán de su época.

No es, en efecto, un artillero, como se dirá —aunque estudió artillería y aún anduvo alguna vez entre cañones—, ni un militar al uso de Europa. Eso podrían serlo o no, San Martín, Bolívar, Alvear, y aun Oribe, Chilavert, Iriarte, Moldes, que allá estudiaron. Ni siquiera se formó bajo un jefe cuadrado; Belgrano es un abogado con casaca; Holmberg, un barón con más prusianismo y consejos que cabeza. Su disciplina y su constancia, sí, pueden venirle en parte del ejemplo del noble vencido de Ayohuma; lo demás —su pulso en topografías, psicologías y armas— sólo de su intuición asistida de experiencia. Otro detalle: es el más prudente y el más audaz de todos, o mejor, es lo uno en función de lo otro. Sin audacia, la prudencia es apocamiento; sin prudencia, la audacia se llama barrabasada o azar. La prudencia y la audacia son el pulgar y el indice de su diestra.

Lavalle y él se ofrecen como las dos espadas de mejor conducta en Ituzaingó, y tanto, que "habría hecho que el infrascripto los condecorase con ese grado en el campo de batalla si hubiera estado facultado para ello", escribe Alvear, pidiendo su ascenso a generales. Todo esto, después de suspenderlos en el mando por exceso de autonomía, es decir, de brío. "El coronel Paz dió la última carga de caballería al enemigo". Pero eso no es todo; el nuevo triunfo no le basta al futuro profesor de victorias exhaustivas. "La menguada gloria de arrojar al enemigo del campo de batalla" — dice . . .

Con Lavalle van a ver al jefe y encarecerle la urgencia de perseguir al prófugo. Alvear no accede, aunque sabe que esa opinión es la que corre. Reúne a los

jefes "en una cañadita, tratando de justificarse". Sin embargo, ordena que el comandante Paz se mueva con su división sobre el enemigo; al cuarto día, contraordena. "Le observé que podíamos marchar a pie, tirando los caballos por la brida, para economizarlos, como se ha hecho otras veces, y que por malos que estuviesen eran capaces de desempeñarnos, en una hora de combate, que nada más se necesitaba para concluir con el enemigo. El general en jefe no juzgó de consideración cuanto le dije y el enemigo se salvó".

Cinco meses después, relevado Alvear en el mando, Paz lo reemplaza interinamente. El ejército está en la miseria. Desde la tropa "impaga y desnuda", hasta "el abuso de licencia", nada falta. Con una ingenuidad y un ordenado entusiasmo de que él sólo es capaz, en una tarea que cuesta tanto y brilla tan poco, el nuevo jefe quiere salvar esas menguas, en lo posible. Cuando Lavalleja se hace cargo del ejército, halla "la moral enteramente restablecida" y "un deseo ardiente de proseguir las operaciones de la guerra". Y Lavalle manda una carta a Pacheco: "Cuando usted venga sabrá el estado en que el general Alvear dejó el ejército y lo que éste ha adelantado en moral e instrucción; entonces hará usted justicia a la actividad y al celo del general Paz". Lo que no pueden ver él ni los otros es que, entre todos, Paz es el único que tiene la cabeza y la mano de un jefe verdadero.

Lo que viene después podrá adivinarse: la indigencia del nuevo gobierno, el abandono del ejército a su suerte, o poco menos, y todo lo demás.

Dorrego no descarta el peligro que se avecina; desecha, sin embargo, el consejo de licenciar las tropas en el camino. Antes les prepara un banquete y ordena al colector de aduana, don Manuel Lavalle, reunir los fondos necesarios para pagar a esos soldados "tan meritorios como los de la guerra de la independencia". Pero, profundamente trabajados por los ases unitarios, los vinientes sólo ven en Dorrego al autor de todas sus penurias y del malogro de sus victorias. Además, la idea de Riva-

davia se ha hecho voluntad en sus jefes: la República no podrá constituirse sin antes "limpiarla" de caudillos... El gobernador recibe un anónimo. (Es de Juan Manuel de Rosas). Las sospechas acrecen. Los jefes y oficiales de la división que acaba de desembarcar, celebran un banquete esa noche. Un edecán llega hasta ellos para decir que el jefe más caracterizado pase en el acto a hablar con el gobernador. Juan Lavalle se pone de pie: "Iré dentro de dos horas a echarlo a patadas del puesto que ocupa".

Y la casuística universitaria, por boca de Varela y del Carril —"cortar una cabeza de la hidra para no cortar las restantes"— moverá después la mano del hombre de la espada. Y la cabeza del gobernador legal de Buenos Aires rodará produciendo una perturbación profunda en las cabezas gauchas y dando el argumento maestro a Juan Manuel.

IV

El Manco Ambidextro

Las cabezas de tigres y leones deben colgarse en los palos del corral con la lengua de fuera.

JUAN MANUEL DE ROSAS.

Un suelo de escoria, torrentes enjutos, rocas hendidas, tierra sin sombra ni agua y como maldecida a causa de un gran pecado, es la Rioja. Blanqueando de sal o polvo, llena de uñas y garfios, la vegetación se arrastra agazapada. Al cielo no lo arruga ni un ala ni una nube. Los cardones echan menos sombra que las lanzas. Algún verde de viñas o molles está escondido. Los médanos imitan la forma de las tolderías. El paisaje entero tiene el empaque y la tristeza de los leones en cautividad.

Los hombres pálidos y de ojos sombríos, cerrados de barbas y de genio, de acento bárbaramente golpeado, andan en la guerra, con sus caballos o mulas, en sus sillas de borrenes alzados como repechos. Los que han quedado —mujeres, niños— pasan a burro, en pelo.

Sobre esta comarca de días demorados un hombre se ha hecho ya de largas mentas. Hijo de estanciero, juega y pierde tropas y esclavos, se pelea con su padre y aún intenta incendiar su casa, y se echa a rodar tierra con la aventura por madrina. Lleva en traílla todos los instintos arrojadizos: el juego, el amor, el orgullo, el odio. Anda de peón pisando tapias. Entra, como Mahoma, al servicio de una viuda, y, como él, es mayordomo modelo. Pierde todo su capital —sesenta pesos— a una sota y se desquita con una puñalada al juez. Soldado,

rehusa el importe del enganche y come con cubierto de plata. Topa al fin con el miedo y tirita dos horas sin fin, pero, como el juez, el tigre muere en sus manos. Después, en una revuelta de presos —preso él mismo—, defiende con un chifle la causa del gobierno. Y con patente de "bueno" vuelve a su querencia de los Llanos. Recibe allá carta de un fraile surtido de creyente y hombre de tablas, que ya enturbió su niñez con sus sermones: "Mi muy amado paisano: el secretario Rivadavia se empeña en arruinar el estado eclesiástico y nuestra santa Religión y yo estoy dispuesto a morir en esta defensa!" Como buen gaucho, el ya comandante de los Llanos se muestra hombre de mucha reserva, pese a su ímpetu, y aún embozándose en el misterio, confía a sus allegados su aparcería con lo invisible. La Biblia es su libro.

En su gimnasia de la truculencia, que no descuida, hay sobre todo la gollería de sentirse temido; en su alarde del chiripá y en su aversión a los decentes, igual que en Rosas o Francia, hay mucho más de envidia o de táctica proselitista, que de barbarie; qué sorna en su "¡Vea, patrón!"

Con su palidez cetrina, con la cerrazón de sus melenas y patillas que casi le secuestran la cara, con sus hundidos ojos que miran "por entre las cejas", con su fuerza elástica, Facundo es todo un venido del bosque; no menos que en la brasa de los ojos, lo tigruno se avisa en los pómulos altos y los dientes impecables.

Se ha casado con Dolorcitas Fernández, "niña" de la Rioja: una criolla cuyos ojos, veinte años más tarde, picarán el elogio de Lucio V. Mansilla, un paquete venido de París.

Juan Facundo Quiroga no es hombre de enredarse en las cuartas, y madruga a sus mismos aliados o amigos: Ocampo, Dávila, Francisco Aldao. Con el vencimiento de los Dávila, los patricios que se han trasladado con Casa de moneda y todo a Chilecito, donde están sus posesiones, abandonando la ciudad, Facundo queda con la Rioja en las manos. Eso sí, él gobierna, pero no reina . . .

En la casa de gobierno, pone un inquilino cualquiera. El trae su sistema de rentas: ofrece dos mil pesos por los diezmos de la provincia pastora que se rematan en diez mil, y nadie sigue la puja; en resarcimiento de sus "gastòs de guerra" se adjudica todos los mostrencos. (Pocos años más, y la mitad del ganado de la Rioja lleva su marca). De ahí su monopolio carnicero: nadie come carne si no es la que él vende. Socio de la Casa de Moneda (con sus "sueldos" por acciones), ofrecida en trescientos mil pesos al Gobierno Nacional: un robo escandaloso que Rivadavia rechaza, — sacará de aquí el mejor motivo de oposición al "déspota Presidente". La mesa de juego siempre tendida, en que talla con el terror por banca, completan su sistema rentístico.

Cuando Lamadrid, enviado de Buenos Aires a levantar en Tucumán uno de los contingentes que cada provincia debe mandar a la guerra brasileña, saca de la mano al gobernador legítimo, como éste había sacado al Presidente de la República Tucumana. Facundo, instado desde Buenos Aires o por cuenta propia, hace su primera salida de campeador del orden.

Aquel que el virrey del Perú ordenaba tomarlo vivo para mandarlo "de presente a Fernando VII", el hombre que se emborracha con los combates, Lamadrid, el pez - espada, lanza en el Tala un desafío individual —"en presencia de nuestras fuerzas, los dos solos"—, carga solito un regimiento, y queda desnudo en el campo, sin más que docena y media de heridas mortales y un escapulario, combatiendo con la fiebre . . Triunfante su bandera negra "con dos canillas y una calavera", como etiqueta de veneno, el ex asistente del teniente García asciende a general.

Por lo demás, la época es inimitable. Lo feroz y lo pintoresco tiran en yunta. En las soledades del sur de Mendoza han acampado los Pincheira, bandoleros chilenos que sostienen aún la causa del rey, sellan moneda y contraen alianza con los indios bebedores de sangre de yegua y aguardiente. Lamadrid, a quien un brujo

santiagueño sana al fin chupándole con su boca las heridas enconadas, el Pilón Lamadrid de ahora, vuelve por el desquite: "El muerto del Tala desafía a los caciques Quiroga e Ibarra". Retruca Ibarra, el súbdito más carnal que tendrá Rosas: "Me alegro mucho que estés ya mejorado, para servir a tus amos los porteños".

Anda de comisario de guerra un mancebo enteco y pálido llamado Alberdi. Anunciando la invasión de Quiroga viene el teniente Ascasubi, un acreditado payador unitario. Para componer el baile, llegan los **colombianos**: gente criada con Páez, Bolívar y Sucre, y reputada "invencible", guapos de garra y de bragueta, que asan carne en sus lanzas y cuyo solo nombre hace rezar a las mujeres: su jefe es López Matute, un bueno con todas las de la ley, y su capitán, Pereda, "muy querido de Bolívar" y el más lindo de los negros.

Facundo, vuelto a los Llanos, no sabe bien qué hará con sus lanzas. No hace mucho recibió una carta llena de "justos y fuertes cargos" del gobernador de San Juan —ahora ministro de Rivadavia— y la clavó en la cabecera de su cama con un juramento. Las provincias de Cuyo, ligadas en pacto, en razón de que el Congreso "defrauda a los pueblos la esperanza de constituir la República", declaran el culto católico apostólico "único y exclusivo". Facundo, que saliera a campear en favor de Rivadavia, pone "Religión o muerte" a su bandera enlutada y se echa contra los herejes. Llegado a San Juan, desprecia el hospedaje del vecindario y pasa a ocupar una tienda de cueros y lanzas en un potrero; allí, echado con su chiripá escarlata sobre una manta negra, recibe el texto de la nueva Ley, que devuelve sin cambiar de postura y sin abrirlo. La guerra, sí, queda abierta contra los gobernadores libertinos...

Otra vez sobre Tucumán y nueva corneada a Lamadrid. Cargas de plata del general vencido, ropas, suelas y armas del comercio, alhajas de las mujeres, no bastan. Necesita aún veinticuatro mil pesos: "parte de los gastos que me ocasionó la injusta guerra declarada

contra mí por esta provincia". Sus soldados no reciben un cobre. (Más tarde cobra dieciocho mil pesos a Dorrego por estos mismos sacrificios).

Pero en el Rincón, los colombianos se han llevado por delante algunos escuadrones suyos. No puede ser. O perecerá él o pronto se sabrá que de aquéllos "ni uno sólo existe ya sobre la tierra". Y en Palma redonda, contrapunto de llanistas y llaneros, si de éstos escapa alguno, los demás quedan ahí, traspasados de banda a banda o degollados de oreja a oreja.

Mas el Enviado de Dios, que dice un predicador, se divierte en vejar sotanas y aún hará enlazar mulas en las iglesias. Eso en las treguas del juego, su devoción total. Hastiado a ratos, también se divierte en apabullar con perdones o generosidades que nadie espera. Mas la sinceridad vuelve por sus fueros: arranca las orejas a su querida, troncha el cogote a su rival de timba o derroca un gobernador de una bofetada.

En sus tropas están prohibidas dos cosas: robar y tener miedo. Templados por el frío de los altos y el calor de las arenas, y arreados por él, los llanistas son ya la más cojuda piara de hombres y caballos en cientos de leguas a la redonda.

Pero los acontecimientos vienen al trote largo. Dorrego, caido y fusilado. Paz, triunfante en Córdoba. Lavalle, que despreciaba a López y Rosas, vencido al fin. Juan Facundo Quiroga, menos por dar la cuarta a Bustos en quien se limpia las manos, o temor de invasión a su rodeo, que por alargar su fama y la sombra de su lanza, se viene sobre Córdoba. Se le hace cuesta abajo y será repecho.

* * *

Batido en la Tablada (nunca se forcejeó más en suelo argentino), el Tigre vuelve a su guarida de los Llanos, lamiéndose las heridas y con los ijares secos de sed de venganza.

¡Facundo! ¡Facundo! —le gritan voces sin boca—, ¿es posible? ¡Facundo! —se dice a sí mismo—, ¿es po-

sible? ¡Derrotado por "los mocosos vencedores de San Roque"! ¡El, parejero ya de Bustos "el muy nulo"! ¡Aporreado por el cordobés maturrango, por el general impedido, por ese bachiller en teología! Y no se diga que no jugó con ganas, hasta metiéndose desnudo en el entrevero, sin más prenda que "sus calzoncillos ricamente cribados, que se los arremangó ajustándoselos a los muslos", lavadito de sangre al par de su caballo, o que sus gauchos no echaron el resto hasta enlazando cañones que arrastraron a la cincha (lazos catamarqueños!), defendiéndose a piedra cuando no tuvieron más, dejándose matar como perros rabiosos. Para última vergüenza, allá quedaron sus pingos de más crédito: el Bayo overo que galopa dos leguas sin sentirlas, y el Piojo, ese oscuro que se hace luz en una atropellada de dos cuadras.

Y, sin embargo, es él, el mismo que ahora pisotea pueblos como antes pisó tapias; él, que venció a Lamadrid, rey del coraje; él, cuyo solo nombre desenclavija el seso de muchos y estremece hasta las crines de los caballos de pelea: el hombre —lo saben todos— que no perdió nunca en el amor, en la guerra ni en el juego! Siente que la rabia le hincha las yugulares y le desenrosca las melenas. ¡Volveré antes de dos meses!, jura en las postas, y siempre puteando a la suerte, le escupe esto a la cara: no caerá un pelo de mi cabeza hasta vengarme.

La tradición hablará de un baile en celebración de la Tablada, y de Facundo agazapado en la mosquetería "envuelto hasta los ojos en su poncho". Lo cierto es que el gobernador del Moral se pone a buen recaudo, retirándose hacia los Pueblos y el general halla que todo les queda chico a los que paladearon su derrota. Suelta en casa de Villafañe una de sus frases de estilo: "Voy a abrir en este pueblo un agujero por el cual han de verse los infiernos". Y él no sabe quedarse en promesas ni andar en deudas con su fama. Un manotón al primero que pasa. Ultrajes de todo calibre. ¿Azotes? Sí, pero no los cuarenta y nueve de la ley romana, sino genero-

samente, por centenas. Con todo, el fusilamiento es su ademán favorito. Qué quieren ustedes, los vergazos quitan mucho tiempo; y después, ese balar escandaloso de la víctima y ese encarnizamiento cobarde del verdugo, amuelan la paciencia. Lo otro es tan limpio y neto: "¡Cuatro tiradores!", y san se acabó.

En Córdoba le han recomendado a un tal Bárcena como hombre en el que podía confiarse, y no lo engañaron ni en un negro de uña. Eso sí, un día que lo irrita, le afloja las muelas de un puñetazo y "el Tuerto asesino" parte a enrolarse en la Mazorca y a hacer palidecer sus más rojas famas.

Ya está el espanto derramado en esta tierra de cardones y llanistas. Allá en el campamento de Atiles la muerte salta sobre la nuca del que pasa o se allega. Vecinos de apellido o de caudal, paisanos cualesquiera, forasteros también. Lo monstruoso llevado hasta la candidez, porque la cuestión es que todos se sientan con la vida a los tientos. La cuestión es que el miedo cunda como peste.

Livianos como espigas parecen en el recuerdo los días idos.

Los tributos repartidos pesan y aplastan, pero nadie lomea siquiera. (El gobierno de la provincia recibe la notificación en dos hojas de cigarrillos). Al campamento todo el que pueda cargar una tercerola o una lanza. Y nadie rezonga tampoco.

Aún falta algo. Fuerzas salteñas y tucumanas, aliadas de Paz, amagan ya, y es preciso jaquearlas con el desierto. Y entonces se oye vocear un bando que extravía los corazones más seguros: A los Llanos con todo lo que pueda arrastrarse, destruyendo el resto. Nadie olvida que Facundo no repite nunca una orden. Viejos, mujeres, niños a pie —hombres y caballos están con él o han fugado—, parten en peregrinación patibularia hasta los Llanos, a través de soledades en que la polvareda es la única compañera de camino. Digo mal: también el hambre, la sed y la muerte. Porque es claro que no llegan todos. Hueca e inmóvil como una osa-

menta ha quedado al pie del Velazco la ciudad que él prohija.

Pero el dueño del estrago no desprecia la maña. Ahí tiene al zarco Brizuela, un guaso inepto y bebedor sin yel —el mismo a quien diez años después Lavalle dirá: "mi general", pidiéndole órdenes—, pero hombre dulzaino como el patay de los valles, sentido como cencerro de querencia y con quien se entienden de veras los llanistas. El general lo llama el madrino. Llevando a mi madrino, dice, puedo juntar a los riojanos dondequiera.

Pero, como la de ciertas plantas, la sombra de la lanza de Facundo hace daño y trae entecada a La Rioja. La mitad de los rebaños lleva su marca, y los hombres, también, es cierto, pero rebaños y hombres ralean hasta dar risa al diablo desde que él viene abasteciendo . . a la vida y la muerte. El desierto va royendo cada vez más los manchones de los oasis castizos. Las arenas han cegado muchos de esos jagüeles que en los campos riojanos son como la niña del ojo. La maldición de la seca. Y para esta sed de la tierra no hay más que sangre; para la de las almas, lágrimas nomás.

Pese a todo, pues, La Rioja no da lo que no tiene. A Cuyo, entonces. Ya en San Luis y Mendoza, desenyugadas al solo anuncio de la Tablada, Benávidez y Aldao han puesto las cosas en su lugar. Aldao, el enorme fraile que en los Andes cambiando el rosario por la dragona, comenzó a repartir sablazos en lugar de bendiciones; odre de mosto y sangre, ahora, y rijoso como un chivo y tan timbero como el mismo Facundo. La acción del Pilar: una traición profunda llena de sangre hasta los bordes.

"Es preciso que tengamos el mayor número de enemigos para sacar contribuciones", escribe al fraile - coronel, el brigadier de los Llanos, que pasa de San Juan a Mendoza, ciudades llenas de vida aún y sobre todo de vecinos de caudal.

Un disparo a boca de jarro: "¿Cuánto da usted por su vida?" O sino: "¿Cuántos fusiles puede entregar usted en tres días?". Y es Facundo en persona quien acos-

tumbra preguntarlo, con su cabeza gacha y esa mirada que afloja las rodillas. Las más veces basta con su nombre. Armas y dinero vienen por el aire, o brotan de la tierra, como en los cuentos. Con todo, las primeras no bastan y hay que ir a comprarlas a Chile. Al son de sus cencerros llorones, una inacabable arria de mulas se interna en la Cordillera.

Entretanto la mesa de juego está tendida a cualquier hora y todo el que esconde blanca es invitado. Nadie que esté ganando puede levantarse, ya se sabe. (Alguno tiene que descomponerse para eso). ¡Las timbas del Retamo! El general juega cuarenta, cincuenta horas con las fauces resecas y la mirada cada vez más ardida. De pronto, el puñetazo en la mesa que hace saltar fichas y ánimos, o el insulto que enroncha. Gana siempre. Cuando juega de apunte, lo hace "a la redoblona, hasta desbancar". Cuando es preciso, trampea. Apuesta mil onzas a una sota. Una noche hay treinta mil pesos sobre la carpeta; otra, el Fraile pierde cincuenta mil.

En el Plumerillo, en la "hermosa cancha" que se alarga junto a la quinta donde vive, humean las carreras de caballos: otro de sus grandes amores. Acude mucha gente. Un día ve a un ex oficial a quien ordenara no cruzarse más en su camino... "¡Cuatro tiradores!".

Hombres, armas, ganados, vituallas. El nuevo ejército se incorpora ya. Los oficiales gauchos alzan las cejas. ¿El general quiere tener una buena infantería? ¿El general Quiroga necesita ahora cañones? No confía ya, por lo visto, que el triunfo en los encuentros sólo lo lleven los botes de lanza. Se da vuelta la taba, de veras. En el litoral y el norte, la montonera vencedora ha impuesto su estilo de guerra a los jefes de línea. Ahora el más crudo de los gauchos y el más pintado de los caudillos entra en la escuela del maestro de la Tablada.

* * *

Pero Facundo es Facundo. Atarean el comentario, en salas y fogones, sus hechos y ademanes. Su coraje más

profundo que su lanza de cabo de ébano. Su rabia de cuarenta y dos grados. Su caballo moro que es brujo y se entiende con su amo, como la burra del profeta, agorándole las suertes de la guerra. Su mirada que desencova el pensamiento y soborna la voluntad de hombres y mujeres. Su nombre mismo, que es como un santo y seña de la muerte.

Hasta esa codicia suya más voraz que una epidemia. Mientras los caballos del ejército pelechan en los trigales o las viñas, el pobrerío se hace lenguas, en maravillado secreto, de los "tapaos" del general: las cargas de plata, muchas, como en los cuentos, enterradas en quién sabe qué escondrijos; y de esa niña, más linda que las albricias, errante por los campos u oculta en los conventos, con su alma y su carne en pena, huyendo del amor del Tigre.

Pero quién entenderá a este hombre. Un día reparte limosnas a los mismos arruinados por sus contribuciones. Otro, el general Alvarado, que no tiene con qué rescatar su vida, recibe cien onzas de oro en obsequio y un edecán que lo acompaña en su coche, donde viaja con su ayudante, ese mocito de dieciocho años, hijo de don Clemente Sarmiento.

Mas el chucho del miedo está en todos. El Jesús en la boca y el trisagio. Campesinos de encías exangües. En las ciudades y villorios, las gentes pálidas como después de años de cárcel. Muchos cristianos prefieren meterse a indios. Sólo por ahí, a la sordina, las bocas de las guitarras gimen lo negro de tanta pena.

* * *

Entretanto no es oronda, ni mucho menos, la posición del general vencedor, rodeado de seis provincias hostiles o en acecho, y con la suya misma en rebelión sorda.

Córdoba convertida en plaza de guerra — la ciudad de aire medioeval y donaire morisco, que lleva sus templos y conventos como una gitana sus anillos y meda-

llas. No obstante el sol que en verano hace rechinar sus cigarras, es sombría. Los anchos patios y las murallas estrechan sus calles. El clamor innumerable de las campanas llueve casi sin intermitencias sobre la seca ciudad, patrona del dogma y la ley, llamada la docta. Con Aristóteles, Papiniano, la legislación visigoda y la Suma, la Universidad sólo es la segundona de la Catedral. Frailes y doctores; por todos lados, enjutos doctores y frailes de placidez opípara. Hasta los papagayos de los zaguanes argumentan en latín. Las cordobesas que no han entrado en los conventos saben manejar, en la Alameda o en los salones, con el mismo oriental embrujo, sus abanicos y sus ojos; en la calle, sólo la gracia de la alta y suntuosa mantilla que les amadona el rostro iguala a la de sus pies de muñeca. La Alameda, con su corazón de lago, tentaría la molicie de esos secos jinetes del desierto que hicieron de Andalucía la sultana de los jardines; allá van también por agua las mozas del pueblo —hay mulatillas zarcas— con las muy paganas curvas de sus cántaros y cuerpos.

Haraganería y empaque. Casullas y velos. Las campanas en insomnio. El forastero hereje cree a trechos que hasta las barrancas del río buscan forma de confesionarios. Los subterráneos conventuales que minan la ciudad, tienen la retorcida lobreguez de las leyendas que incuban.

Córdoba, la levítica, puede apenas quejarse de su suerte, entre sus hermanas. No ha conocido sus rigores. Ocho años de gobierno reumático, no más. Es cierto que estuvo una noche en las garras del Tigre, pero salió ilesa. Bajo el gobierno de Paz, ahora, bajo la confianza de sus dos victorias y de su mano limpia y cauta, Córdoba quiere entrar en una vida nueva. Hay lo que ya no se halla en ningún rincón de la República y es maravilla: respeto para la vida y hacienda del prójimo. Los usos y aspiraciones de una vida menos primaria o herrumbrosa, se realzan en las escuelas, los periódicos, en el trato diario. Todos los rangos sociales van entrando

en el nuevo orden de cosas: hasta el clero, o al menos lo simula.

Para ganar las masas a la causa, está el jefe de los Cívicos, buen conductor de civilización. El negrito que cebaba mate a su amo cuyano, es ese comandante Barcala, mentado en la guerra del Brasil, que se pasea de bracete con los jefes y a quien el mismo general, tan trabajoso en la estima, no ahorra la alabanza. Tiene la rúbrica más elegante de toda la oficialidad, pues no es sólo un valiente, y un militar cuadrado, sino también, ahí con su ojo en blanco y su pelo en viruta, un espejo de caballeros, junto a tanto blanquito de pasiones y modos africanos.

Ese jefe trigueño y retacón, de copioso cabello sujeto detrás con un peinecillo por su mano menuda y cuidada, es Pringles, nombre que abarca cientos de leguas, varón tan claro y callado como su espada que sólo atajó el mar.

El gobierno envía y recibe comisiones diplomáticas. La de Santa Fe, sospechosa, desde luego, trae una exigencia improcedente; la de Buenos Aires huele de lejos a bellaquería. Los enviados cordobeses, por su lado, proceden con el más indocto engreimiento: son los unitarios puros, con su intransigencia de siempre. A nada se llega, desde luego, ni siquiera a mancomunarse contra el indio; al contrario, el cristiano busca su alianza para atacar al cristiano.

Entretanto, apeada un momento, en el naciente, por el general en persona, la montonera comienza a alzar de nuevo, por todos lados, sus polvaredas y sus lanzas. En crímenes cada vez más frecuentes, cada vez más rojos, chisporratean las insurrecciones que desde las provincias limítrofes arrean sobre él. Desde Santa Fe, allá en el Tío; de todos los rumbos, en la Sierra. Degüellos, violaciones, robos, al por mayor y al menudeo. No alegra un mugido ni un relincho los campos. La gente de los poblados se ha encovado en los bosques. Las tropas de línea destacadas allá, sólo dominan lo que pisan. Jaqueados por la soledad y el desamparo, los oficiales se

vuelven hoscos y el atavismo los traiciona. De pronto se sublevan, toman presos a sus jefes, envían un chasque a Facundo, que se manda afeitar, dando el desquite por tomado.

El general siente que se le achica el corazón. ¿La ferocidad y la mezquindad del paisanaje? Ahora son sus propios oficiales, esos que ha traído para desarzonar la barbarie, esos que sólo han conocido la victoria a sus órdenes.

Pero un nuevo chasque llega con una noticia de oro: los sargentos y cabos se han sublevado, a su vez, contra los oficiales indignos y han repuesto al jefe, vitoreando al general.

De nuevo las montoneras de Santa Fe rompen la frontera del Tío. Lamadrid, enviado contra ellas, triunfa sin pena. Más tarde, el mayor Cuevas las desbanda también. ¿Y qué? El gauchaje refluye de nuevo, más enconado cada vez. Contra él no vale sólo el coraje y el rigor. Al fin, como salido de sus manos, el general tiene al hombre que precisa: ese mayor Paunero, "el valiente y hábil".

Sin embargo nada alivia su pesadilla: la insurrección de la Sierra. Cientos de leguas cuadradas; montes de altiva alzada, bien vestidos de bosque bravo; senderos estrechos como la necesidad; atajos inesperados como la sorpresa: todo eso convertido en la jauja del terror gaucho. La montonera opera invisible: se echa encima de golpe, con arrojo y enredo de boleadoras; después se hace humo, con su grito indio, y los guardamontes de alas de su fuga; la breña es su coraza; los senderos, sus hilos maneadores. Han hecho del robo su pan y del degüello su vino. Hay gauchos de tamaña fama que sus averías sólo se cuentan en voz baja y mirando a todos lados. A Nolasco, el mismo Facundo lo mandará fusilar, al fin, porque él no tolera abusos de confianza.

Entre consulta y consulta con los baquianos de la Sierra, el general Paz cavila porfiadamente. Desconocimiento del terreno. Falta de mapas, cálculo inseguro de

las distancias . . Se levanta, se pasea profundos instantes, vuelve a sentarse a su mesa de trabajo. Sólo puede contar con Alico y los otros.

José Alico, un gaucho santiagueño que militó en las campañas del Alto Perú, sirvió a Lamadrid en Tucumán, y gracias a quién Lavalle podrá hacer pata ancha un año, en las provincias del Norte y escapar con vida en Famaillá, es el padre de los baquianos. Talvez es brujo, y los bosques, los ríos, las piedras no pueden esconderle sus secretos; lee estrellas y pisadas; presiente los manantiales: ve lo que otros sólo miran y lo que entra en su ojo no se escapa más. Cientos de leguas cuadradas se sabe de memoria jeme a jeme. En cencerros o relinchos, rastros y rumbos, no se sabe hasta dónde le da el rollo. Un día se viene desde Salta hasta el Diamante, inventando huellas, con las comunicaciones de su general en el cabo de su rebenque boyero. Empezó de unitario y morirá en su ley, porque así entiende el respeto que el varón se debe a sí mismo. Todo su haber es su fama y el respeto misterioso que inspira. Fogón de gauchos o rueda de jefes, cuando él llega con su lebrel patagón, nadie se queda sentado.

El general Paz no ignora lo que es una guerra entre soldados veteranos y capitanes diestros contra tropas informes, contra combatientes chúcaros, pero que usan el aguante y amaño de su tierra, la movilidad del viento, el mimetismo de sus bestias salvajes. Sabe bien de la porfía vencedora de escitas, de partos, de númidas, de mamelucos, de cosacos. Ni aún precisa ejemplos forasteros: bien recuerda cómo se rompieron los puños los mejores jefes de línea —Olañeta, Alvear, Soler, Dorrego, Lavalle— contra los Güemes, los Artigas, los Rivera, los Ramírez, los López . . .

No ignora lo que es el montonero, que sobre su caballo, con montura, lazo y puñal —y a veces su guitarra y su china— lleva hogar y patria; bien sabe la eficacia de esas chusmas heroicas, atrailladas por el rigor o la aparcería —o ambas cosas las más veces— de sus taitas indiscutidos.

Cuando combatió con la montonera hace diez años ya vió, con certería clínica, lo que era y lo que no era. Se mueve con soltura acabada y vigor inacabable en comarcas que son su patio casero; a su coraje, salido de vaina, junta algo como un instinto táctico; guarda orden a su manera, y, sobre todo, ¡la tierra es su madrina! Qué importa que hoy pierda una batalla si mañana o pasado mañana sus partidas desmigajarán al ejército vencedor: lo de Lavalle después de Navarro. Y de veras, sería imbatible, si en su propia condición no llevara su falla: la de esa coordinación profunda que hace de una tropa un organismo y gracias a la cual un manojo de soldados desbarata gavillas de valientes. Mas no se trata de una retórica importada como en tantos casos; el general Paz no busca aplicar la preceptiva bélica de Europa a estos guerreros casi salvajes. O él es un guerrero americano, y combatirá según su ley y vencerá como un americano a la montonera o no la vencerá nunca. Por eso, sin descreer en la brújula, no mira en menos al baquiano; por eso los gauchos amigos, como ese mentado Luna, son —cuña del mismo palo— su verdadera guardia avanzada en la Sierra. El guerrillero vale tanto en su estrategia como los cañones en su táctica.

Qué compromiso, entretanto. Desde el fondo de Cuyo, Facundo va a soltarse, arreando ocho mil combatientes, con esa caliente violencia de viento zonda tan suya, mientras los malones de la Sierra, que no son más que su vanguardia, despliegan ya sus mejores hazañas en ese desaforado frente de acción. ¡Cómo podrá desatar ese nudo! Ese obligado fraccionamiento del ejército, que relaja la disciplina y soborna a los mismos jefes; ese ejemplo de la licencia total del enemigo, tan contagioso (al fin y al cabo sus soldados son gauchos también), sin que él tenga medios de halagar su lealtad . . . Es cierto que cada veterano vale su peso en oro, pero son tan pocos al lado de esos reclutas que es forzoso enviar crudos.

El ejército empieza a carecer de lo indispensable. Sus

oficiales murmuran. Hasta los jefes "están casi desnudos" y no tienen "para vicios"; después de dos batallas ganadas, sólo Pringles ha conocido un ascenso; la gran habilidad del general no se discute, ni el aseo de su conducta, pero "ese modo circunspecto de tratar a todos"; ese "genio impetuoso" que no admite consejos, y sus "consideraciones mal entendidas" ... Juan Brandzen, un mozo que rompe sables y lanzas con un simple garrote en la pelea, le entrega una carta de Lamadrid. Mientras Quiroga, dice, levanta doscientos mil pesos en Cuyo, nuestros soldados carecen hasta de mate ... "Delegue en mí el mando por veinticuatro horas, y si no le proporciono cien mil pesos, fusíleme en media plaza".

El general no oculta una sonrisa amarga. Echa al fin mano del curso forzoso y declara artículo de guerra los caballos — aunque la tacañería que acega a sus mismos partidarios, releva mañosamente por mulas y matungos los quinientos pesebreros reunidos.

El plan de la visita a la Sierra está maduro ya en la cabeza del general. Falta, eso sí, cumplirlo con rapidez, precisión y sigilo perfectos. No debe saberlo Facundo, no deben saberlo los montoneros, no deben saberlo sus propios partidarios; la tropa misma, ignora a dónde va la noche que abandona Córdoba. Sin embargo la curiosidad de propios y extraños está alerta, y hay que apaciguarla, chasqueándola. En los partes de la campaña los nombres de los lugares de ocupación o combate, vienen designados con letras: parecen charadas. Y mientras los amigos se sospechan en vísperas de no sé qué prodigio, los enemigos prefieren ver en eso sólo una inocentada fanfarrona.

Entretanto, está sucediendo la cosa más linda que se ha visto en las peleas de América. El general manco, que ya lleva su espada sólo de insignia, el cordobés medio doctor y medio maturrango, le copa la banca a la montonera más acérrima, y el gauchaje serrano sabe que hay otro que entiende más que él de caminos y sorpresas. Sobre un frente de cien leguas, dividido en cinco

fracciones —la del centro está en manos del jefe—, el ejército empieza a repechar la Sierra. Los caminos tartamudean entre peñascos; se adelgazan como un silbido; se ahogan de pronto entre las breñas apretadas. Un páramo ahora, en que puede caminarse a pie holgado. Pero qué viento este que ataca con mugidos ariscos, que cachetea los guardamontes, que tira pedregullo a la cara. En las cumbres, el frío los recibe con sus filos. Y como tenía que ser, enojado con esas pisadas de desconocidos, el cerro les desata un temporal. Agua y viento. Y esas neblinas que se tocan con el dedo, atajando la mirada y el tranco. Por un instante, caviloso, el general se deja ganar por el mal presentimiento . . . Pero comienza a clarear el día. Descendiendo junto con las tropas desde las cumbres, la noche va encovándose poco a poco en las cavernas del cerro.

Y este día es el de la más hazañosa cacería de que se oiga hablar. Ante esa justicia que le viene de lo alto, las montoneras empiezan a perder la cabeza. Y la pierden del todo, cuando batida ésta en un valle, rechazada la otra en una quebrada, se buscan esperando apoyo, y sólo juntan dos dispersiones; o se resignan a la fuga, y también les falla la cuenta, porque los soldados de línea les salen en todos los portillos, el diablo sabe cómo . . . El ejército está en todas partes. ¡Acorralados! Es, a la verdad, una partida de caza, señores.

Y precedidas por los guerrilleros de que Paz ha echado mano —lonja del mismo cuero—, las divisiones del ejército avientan a las hordas prófugas sobre las breñas y salinas de San Luis y San Juan, sobre los arenales riojanos.

El escarmiento ha sido de los buenos. Barrida de su formidable sabandija, la Sierra vuelve a poco a su tranquilidad aldeana, y su actividad pastora. El general y su gente pueden dormir, al fin . . No, que ya Facundo viene con su pajizo de Guayaquil y su poncho a rayas indias, y sus bagualadas de chuzas pechan la frontera del Sur.

Facundo (convidado primero a la prudencia por el

recuerdo de la Tablada, sin duda, no cerrado, acaso, al entendimiento pacífico que le proponen, escucha al fin a los dos trapaceros que envía Rosas y sólo trata de ganar tiempo) está ya en esa isleta de monte de Oncativo, con sus infantes y cañones bien cuñados entre sus cien carretas en media luna y sus torrenciales jinetes a los dos lados: detrás anda su lanza, escuchando el tiritar de espuelas y fusiles . . . El general Paz llega, para su caballo y alza su catalejo. Unos minutos profundos; su gente mira el brazo jubilado por balas españolas, las tapafundas de cuero de tigre de las pistoleras . . .

De pronto sus tropas comienzan a moverse al través como en un paso de baile. (Se hablará del **orden oblicuo** de Epaminondas o Federico el Grande, pero se trata más bien de la colmillada al sesgo del jabalí de la Sierra). Obligado al cambio de postura, el enemigo apeñusca todas sus lanzas sobre el punto en peligro. Cargas de ida y vuelta como las fintas de un visteo. Los coraceros del Nº 2 hacen, al cabo, de cuña entre caballos y peones, y la máquina enemiga queda partida por el eje. Después, algo tan maestro como eso, viene el comienzo del fin: la persecución es eslabonado avance —una, dos, seis leguas— en que Facundo, con la vida en un hilo, tiene aún tiempo de fusilar a uno de los suyos y escapar saltando de su caballo rendido al de un sargento, así sacrificado por su jefe.

Un hombre que agobia su cabalgadura con su enorme peso, cae a tierra al cuerpearle a un bote de lanza; borracho, invoca el nombre de Paz para salvarse. Es el fraile Aldao, el fúnebre prócer del Pilar. A su vista, el general vencedor siente un escalofrío desconocido y la sombra de la mala tentación entra en su espíritu. Sin embargo . . . ("Triunfaron, como siempre, las ideas generosas", recordará más tarde, con sencillez).

√

La Carambola Pampa

Entre puros nosotros.

UN GAUCHO.

El fuego, cansado de arder, parpadea soñoliento. A la vuelta un puñado de hombres —¡cuarenta y ocho horas de vigilia y de marcha!— ha ido quedándose dormido, crucificadas las cabezas entre los brazos, éstos sobre las rodillas. Un paso más allá, la noche escamotea el campo y el bosque. Los caballos pacen atados a soga. unos, otros se amodorran al son de las coscojas. El frío prueba de callada su filo.

Alguien vela, sin embargo: un hombre inerme, en mangas de camisa. Algún soplo que aviva las llamas muestra el cabello castaño bajo una gorra zarrapastrosa, los ojos verdosos, un lunar en el entrecejo... El general Paz... El general no duerme, pero sueña con aquel culo de taba de la suerte que ha hecho un ex hombre del dueño militar de media República.

¿Es que no son así las cosas de los sueños? El, al frente de su ejército en marcha, se adelanta unas cuadras. Lleva apenas un ayudante, un trompa, un baquiano. Quiere, según estila, espiar el campo que van a pisar sus tropas, pero con sus ojos, que sobornan los secretos. Una partida exploradora del enemigo anda por ahí cerca y se ha propuesto coparla; esto, sin duda, en sí no es nada, pero puede permitirle presentarse ante el enemigo con ese silencio de la punta de las crecientes de la Sierra que sorprende a los viajeros. Es, además, la

única manera de recabarle batalla a un ejército que ha hecho de la guerra una cacería innumerable. Se necesita, es claro, un golpe certero y limpio como ese balazo al codillo de los cazadores de guanacos.

La más inveterada experiencia le enseña que eso ha de hacerlo por su propia mano. Entonces el azar se entromete con uno de sus eslabonamientos sin par. Un jefe que recibe orden de adelantarse con la caballería y no lo hace; el baquiano que guía al general por un atajo mal aconsejado; el general que lleva un traje de estreno desconocido de los suyos; la partida federal que muestra absurdamente divisa blanca y no punzó; todavía el ayudante que se intimida y señala a muerte a su jefe, y uno de los enemigos, antiguo soldado suyo, que grita reconociendo a su ex general: "Párese, mi general", "no le tiren, que es mi general"; y, finalmente, rematando tamaña combinación del destino, ese tiro de bolas del gaucho Zeballos que pesará en la historia más que muchas batallas o una constitución.

Doce o catorce hombres lo rodean con las carabinas gachas. Cuero floreado de costurones, melena hasta los hombros: les brilla la mugre y el coraje. Quieren obligarlo a montar a la grupa de su ex soldado, que, caballero entre villanos, no lo consiente, antes cede su caballo al prisionero. Marchan con él a gran prisa, mientras alguno se demora por desenredar el caballo boleado para alcanzarles luego. Fugan con la rapidez del sueño, en un silencio de pumas. El general se olvida un momento de sí mismo paar ponderar el tino y la maña, magistrales, y el celo de estos hombres por su causa. Ya el peligro retrocede. Resguardados por el bosque y la noche, se paran un momento para prorratearse el botín: el florete, el chaquetón, las espuelas del general invicto condecoran a sus cazadores; uno permuta su gorra por la suya tripulada de insectos; aún le zafan una bota inquiriendo onzas. El paga con su reloj el comedimiento del soldado caballeresco. Marchan de nuevo. Sin resultado, el prisionero intenta el soborno. Alboroto negrero cuando

dan con el grueso de la partida. Gente tan curtida de alma como de cuero o más: les hormiguea, visibles, la sangre y los piojos. Nuevos ultrajes también: un soldado le quita el pañuelo del cuello y aún quiere llevarse la camisa. Antes del alba hacen alto, desmontan, inventan un fuego. El capitanejo quiere ahora arrancar el secreto de sus presuntos tesoros al general. Habla éste con sencillez, argumentando la obligada pobreza de todo gobernante que no tenga manos de pulpero, y olfateando la verdad, los soldados callan conmovidos.

Marchan de nuevo hasta dar con los vítores y dianas de Pancho Reinafé y sus caporales. Brazo derecho del jefe, un mozo muy alto y pálido entre el betún de sus barbas y melenas: el capitán Santos Pérez. Parte la escolta con el prisionero, que pide como única gracia que no se lo insulte, hacia el cuartel del general en jefe. Cuando el sol se clava, los batidores denuncian un rumor sospechoso en el bosque ladero. De pie sobre sus caballos, algunos soldados halconean. El oficial secretea al cautivo su orden de fusilarlo a la primera aparición de una fuerza enemiga. Sus salvadores posibles van a ser su perdición segura. Instantes vertiginosos en que la muerte, como una avispa, zumba en las orejas del reo. Nada. La retirada a trote largo no respeta la obscuridad ni el piso traicionero. Se cautela doblemente al hombre. Con un lazo al cuello su caballo va atado a la cincha de otro. Aún hablan de atar por debajo los pies del jinete. ¿Para qué? Menos mal que la sombra, avergonzada de los hombres, esconde lo que puede al Ecce homo de ese matungo hético que jadea a remolque de otro tironeado por el lazo, despatarrado por los tropezones, sin tregua, en un zangoloteo de farsa a muerte. ¿Cómo es que no ha caído todavía? Sí, ha caído por fin, aunque, contra toda la lógica, sin aplastar al jinete. Se incorpora éste tratando de redimir su decoro, de tapar su humillación con dos palabras jocosas. Sus crudos guardianes han maliciado no sé qué de grande que reta su poqueza y quieren ya ser menos indignos de este hombre.

Por horas y horas su marcha sigue socavando la noche. No lejos de la abertura del alba hacen alto y acampan rodeando un fogón.

* * *

Un tiro de bolas, pues —las bolas indias que el gaucho bota de a caballo—, decide por ahora la gran cuestión de la República. (Un técnico escribirá después: "Si el caballo que montaba el general Paz en Calchines el 11 de mayo de 1831 hubiera sido enseñado a correr maneado como los de Rosas, otro hubiera sido el destino de la República los años que siguieron").

Milagro no de los mayores, después de todo, en la patria del galope y el relincho. Desde el porquero Pizarro, que sojuzgó un imperio con la autoridad de sus potros andaluces, o el suplicio ecuestre de Tupac Amaru, el caballo es prócer de la historia americana. Los Granaderos y los Coraceros del Nº 2 —la mejor caballería argentina— alzan la fama de nuestros dos capitanes mayores. El encuentro de los caballos de Güemes detiene en el Norte a los soldados del rey. Artigas llegó a imponerse a Buenos Aires a fuerza de galopes, como Rosas, el mejor jinete pampa, se le sienta encima ahora. López, que tiende de pastos y psicología hípica como nadie, gana batallas a pura uña de caballo y es el hombre que abre y cierra los caminos de "Arriba" y de "Abajo". Rivera, el jinete que siente rodar el montado de entre sus piernas, hecho un caño de sangre los ollares, y sigue galopando en otro, es el heredero de Artigas. Facundo Quiroga pierde en la Tablada por desobedecer a su moro, que no quiere dejarse montar ese día; y como López, más tarde, retendrá sin devolvérselo ese su caballo adivino, su enojo será grande (todo esto tendrá que ver con Barranca Yaco) y contestará al doctor Anchorena, que interviene para arreglar las cosas: "estoy seguro de que se pasarán muchos siglos de años para que salga en la República otro igual y también le protesto a usted de buena fe, que no soy capaz de recibir en cambio de ese

caballo el valor que contiene la República Argentina". Y veinte años después, a esa estaca pampa que será el gobierno del estanciero de Buenos Aires, la descuajará otro estanciero, el de Entre Ríos, dueño de ochenta mil caballos.

* * *

Una vez más, pues, el cautivo, único despierto en la rueda, ha ojeado ese sueño que dura ya treinta horas. De nuevo la vergüenza le pesa como una mochila. Quiere justificarse ante sí mismo diciéndose que la fortuna es una cortesana vieja. Se dice también que Napoleón, aún contando con tenientes destrísimos, practicaba asimismo esa mala costumbre, que ayuda a sobornar la victoria, de observar con ojo propio al enemigo, y más de una vez peligró dejarse coger como un granadero, y en la retirada de Rusia, si los cosacos no lo agarraron, fué porque más los sedujo el saqueo. Repasa lances parecidos en sus tupidos años de guerra patria. Pero todo se disipa como humo de batalla y sólo queda lo agudo de su caída, limpio como una bayoneta. Cierto, le han quebrado las alas... ¿No ha oído de algún cabrero de las sierras que con un guijarro de honda ha apeado un cóndor?

Cuando vuelve de este sueño advierte que todos sus custodios duermen. El jefe de la partida ha soltado las riendas de su caballo, que tenía envueltas en un brazo...

¡Oh aquella tentación de la suerte! ¿Volcará otra vez los dados? Quien le ha jugado tan mala partida, bien puede darle desquite. La perspectiva es para marear, de veras. El no es práctico de aquellos bosques. (Puede despertar a su baquiano que está allí, pero esto traería demora y, además, su fidelidad no es segura). No sabe en qué punto se halla ni a qué distancia está su ejército. Después, sus burlados guardianes y todo el paisanaje sublevado lo rastrearán con encarnizamiento lobuno. Un instante no más ha vacilado. Comienza ahora a enderezarse, con la pausa que crece la hierba, en un tiempo infinito; se ha apoderado del caballo, su fuga suma ya

cuatro pasos . . De pronto, el destino, que habla por boca del oficiál, le sale al cruce:

—¿Qué es lo que usted iba a hacer?

Y el prófugo desanda sus pasos, devuelve el caballo a su dueño, se sienta donde estuvo, en un silencio de muerte. Y como de vuelta de su asombro, el oficial le reconviene amargo, lo ataja a su vez:

—¿Para qué hablar tanto? Hágame disparar un tiro y acabamos con esto.

—Ni lo piense. Sanito lo hemos de entregar a don Estanislao.

Reanudada la marcha antes del alba rumbo al campamento enemigo. Pasan junto al Fuerte del Tío, pueblo fronterizo, donde la vista del horno de ladrillos que acaba de mandar construir para edificar el cuartel, la iglesia y la escuela, espolea la congoja del cautivo, no tanto, sin embargo, como la piafante algazara con que el paisanaje aplaude su desgracia. Ni que hubiera sido la del más desahuciado forajido. Cosas son como para hacer descreer de los hombres a un pecho menos templado que el suyo. ¡Pero, por qué asombrarse demasiado de que la barbarie se pague de lo bárbaro!

Aperreado por la comitiva, que se ha vuelto ya populosa, el reo marcha adelante, solo. Se oyen felicitaciones a ese gaucho Zeballos —destinado a morir fusilado por su jefe—. Se cruzan preguntas y respuestas filosas. Por ratos la algarabía chisporrotea como sal en el fuego. Llegan pifias al sesgo, amenazas de punta. Con alarde bellaco, amartillan tercerolas. Un quídam (tránsfuga para más señas), por delegación tácita, se adelanta a insultarlo a quemarropa.

Uno de los jefes enemigos, que sale a recibir al prisionero, ve llegar a un hombre que trae pantalón de brin, ponchito pura hilacha sobre la camisa y gorra de munición digna del poncho; de montura, un lomillo sin faldas ni caronas, todo sobre un caballejo tan achaparrado como la suerte del jinete.

El coronel Echagüe, hombre de modos urbanos, se deja conmover y arriesga alguna palabra comedida.

—En verdad —contesta el general—, esto me lastima menos que a usted. Después de todo, soy el mismo hombre, ¿no es verdad, coronel?, aunque no lleve plumas y galones encima.

Pero aun hay mucha cuesta arriba. Comienzan a llegar esos embrujadores de fieras y de lluvias y trampeadores de malos espíritus venidos del Chaco, los indios, aliados federales. Atropellando leguas y oliendo a bestias salvajes, dan vuelta los caballos en un grito, se abalanzan, sujetan, cabriolean, viborean, parten en la punta del viento, en digna hermandad de hombre y bestia, enarbolando la chuza y el alarido.

Un indio aforrado de tigre se viene, disparado a muerte, sobre el cautivo. Está ya a un paso cuando el jefe, que va al lado, con juego maestro, desvía aquella avalancha.

Llegan al fin a la tienda del general, un rancho sin puertas. El prisionero, ya apeado, saluda. López, que lo favorece alargándole la mano, lo invita a pasar adentro. Se matea a la vuelta del fogón, pero sólo hay una silleta pajiza que el recién llegado se rehusa a aceptar, por cortesía, sentándose en una calavera de vaca, como todos, mientras afuera los guaycurúes siguen festejando el triunfo:

—¡La Yapa la Paz! ¡La Yapa la Paz!

A pesar del fuego, el frío aprieta, sobre todo al hombre en mangas de camisa . . . Se manda por una chaqueta y un poncho.

—General —dice López—, las únicas capas que podemos ofrecerle son las de cuatro puntas.

—Son las mejores, general.

Se ha hecho ahora un silencio incómodo.

—Sus soldados son unos valientes —dice el prisionero al jefe enemigo, por decir algo—; los míos, ya ve . . .

Nadie responde. De afuera llega la bullanga de la gente que sacia su novelería en el caballo boleado, en ese malacara choquezuela blanca de tan buena estampa.

El cautivo, provocado por el silencio más molesto cada vez agrega aún:

—Ahí dejo un ejército capaz de batirse con el que usted presentase, fuese el que fuese, pero . . . —se detiene, y como hablando consigo mismo—: todo está perdido.

López no dice esta boca es mía, y los demás, menos. Allá fuera, a donde el cautivo vuelve la vista, una especie de hirsuto bufón le prefigura el ademán redondo y los espasmos del degüello.

Más tarde, en un alto del camino a Santa Fe, otro indio se abalanza sobre él con un cuchillo largo como un chiflón.

Nada de esto podrá olvidar, pero tampoco que la noche que pasó en el campamento, los dos jóvenes oficiales de la guardia se arrimaron para dolerse de lo indigno del trato que le han dado, con tan noble vehemencia, que el prisionero se ha confesado a sí mismo esta cosa en que se oye sollozar la historia venidera: "Creo que doy recién con corazones argentinos".

Más allá un capitán Pajón, sensible acaso a la prez de guardar semejante prisionero, gasta donosas finuras con él. Le facilita ropas. Y un poncho. También, al disimulo, le ha puesto cuatro pesos en la mano . . . Y he aquí que esa corazonada, tan generosa y mísera, señala al cautivo, mejor que las injurias desharrapadas, lo vertiginoso de su caída.

VI

Bajo la Sombra Roja

A María Eugenia, en el viaje de su alma.

En estos campos, ¿no hay agua?

PRINGLES.

Cuando el guardián cerró la puerta, dando las últimas órdenes a los centinelas, el preso, reducido al mundo de su celda, se sintió vacilar ante la primera mirada del monstruo. ¡La soledad!

Fatiga, insomnio, hambre, frío, afrentas de fuego y de pringue: todo lo ha sufrido por cinco días, sin demasiado asombro, porque ya se sabe que amontonados dolores se desgastan entre sí, y el movimiento y el cambio hacen que el alma medio se olvide del cuerpo y de ella misma.

Pero solo ahora, solito ante el destino que se le viene encima —ayer, sus hombros un monte, su brazo una avalancha; hoy, ratón de ratonera—, pared por medio con la muerte ya, el general cautivo siente el gusaneo de los instantes que empiezan a roerlo.

Hijo de la guerra, hombre de penurias y de jaques sin cuento, no le conocieron sonrisas a la vida sus días, duros y escuetos como nido de halcón. Pero esta soledad encarnizada . . .

Pide como única gracia la compañía de otro preso. Viene un mozo opaco de seso y de corazón. ¿Qué importa? Al fin el ruido de las palabras logra tapar el zumbido del solitario silencio — inaguantable.

Cuando aquél se va, llega un nuevo compañero. Y es como cambiar cobre por plata. Alguien, ¡ah!, con quien canjear un poco de efusión humana.

Lo visitan, por curiosidad o condescendencia, los personajes oficiales. Alguna señora extrema atenciones. Recibe cartas que traen condolencias como por la pérdida de un deudo, que es él mismo, o mensajes de amistad póstuma . . .

Su último compañero queda libre y se va. Y el adiós del buen amigo es inexplicable como una traición.

Pero donde menos se piensa salta un hombre de veras. El capitán Echenique acepta la prisión e incomunicación del amigo, con tal de acompañarlo. No se lo permiten, es claro.

Se agarra ahora a la idea de la evasión, profundamente. Lo han apalabrado de afuera. Tiene la llave de la cerradura. Lo demás va a estar listo. De pronto sus carceleros duplican el cierre y la cautela. ¿Qué? El patrón de la fuga era un espía del gobierno . . .

Y el cautivo queda con la esperanza a los pies.

Y sobre eso, no es nada el odio ni el filoso rigor junto a la suciedad de esas almas manchadas por la sombra oblicua que proyecta el jefe. Todo es una sola mancha, y por eso nadie la advierte. Todo, hasta el crimen, es chiquito y torcido y rastrero como un gusano. (Un día sabe que un muchacho, criadito suyo, corrompido por los otros, intenta asesinarlo dormido, para robarle un puñado de onzas).

* * *

Don Estanislao López es el dueño de ese gobierno interino que dura ya catorce años.

Cuchillos de marca mayor y piernas de tijeras de esquila en las tacuaras (fierro no más, porque el humo de la pólvora ataja la vista); boleadoras de piedra; agujeros en sombreros o ponchos, midiendo los arrimos confianzudos de la muerte; caballos largos de crines y galope; patas que se saben las huellas, pastos y aguadas del

desierto como una mano los trastes de la guitarra; dispersión de las caballadas enemigas echándoles baguales con cueros secos a la cola. Eso es la montonera de López, digo, eso es el taita de guerrilleros a quien sólo los indios derrotan una vez.

Gaucho entre gauchos, sin ambición ni odio desbocados, creyendo un poco en los altares y otro en los hombres de luces —Oro, Seguí, Amenábar—, son su fe en la montonera y su saber en lanzas, que le faltan a Rosas, los que vencen al unitario enemigo de la "Federación".

Su provincia encajada entre las tierras de adentro y los ríos —Arriba y Abajo—, su astucia enmarañada como esa rúbrica que le enseñaron los franciscanos, y sus apuros de estanciero pobrón (Santa Fe es tierra esquilmada), endilgan su política y son su grandeza y servidumbre. "A fuerza de grandes desembolsos, el gobierno de Buenos Aires hizo de modo que de grandes amigos que eran, Ramírez y López se tornaran enemigos implacables". Y él tuvo en su despacho, en una jaula de hierro, "con los ojos abiertos y los cabellos negros aborrascados", la tremenda cabeza del aparcero de Entre Ríos!

Las veinticinco mil vacas que "para distribuirlas entre sus servidores" recibió entonces, por agencia de Rosas, fueron a cuenta de la primogenitura ("Gaucho ladrón de vacas", dice Facundo, "un guaso engreído y sanguinario", como él le retruca). Diez años después, a punto de entenderse con Paz, vacila de nuevo y opta al fin por el plato de lentejas. "Sobre el premio que se medita darme . . me parece que lo que me vendrá mejor son unas frutas que se cosechan en Potosí, porque no estorban a nadie ni la vejez las hace perder el mérito . . .".

Cuando años después y ya con los riñones cansados, vea al fin ("calentarle la cabeza al señor López", dirá Rosas de Cullen) que el conflicto con Francia, que tanto perjudica a todos, es asunto de Rosas y no suyo, como muchos otros, será tarde, y cabestreará sin tironear.

* * *

El general gobernador vuelve al fin de su afortunada campaña. La ciudad se pone de pascuas para recibirlo. Por varios días, arcos y zalemas, cohetes y músicas, luces y vivas de volores. ¡La gloria en visita de familia! Entretanto, como adhesión al festival, los carceleros maltratan con los desaires más zurdos al prisionero, que se defiende como puede.

Las ilustres visitas de los primeros días se le han retirado poco a poco, sin duda adelantándose a la voluntad del amo.

¡Qué extraño, si sus propios amigos o compañeros de causa le han echado ya al olvido como un poncho viejo! Digo más: se acuerdan aún de él cuando precisan gratificar su memoria con alguna patraña de ley. ¿No ha llegado un ducho hasta descubrir que se dejó capturar adrede?

La soledad sigue trabajándole más hondo.

¡Su hermano, al fin, que llega! ¿Pero qué es esta visita intervenida por el jefe de la guardia? Nada más que la amargura de la despedida.

Otro día le llega la noticia de la ejecución de los compañeros de armas. Después de varios meses, cuando podía confiarse que la cólera roja del hombre que en Buenos Aires ha substituído al destino se habría enfriado. El de Santa Fe le ha enviado en presente de amistad esta carne de suplicio como aquellos primitivos que se lamían mutuamente la sangre de sus heridas en signo de juramento. Es algo que no se sabe cómo contarlo, porque las palabras se esconden. Sacerdotes ancianos y venerables, decapitados como salteadores de caminos. Y un niño de doce años, degollado como un corderito delante del padre, que espera turno. El terror convertido ya en endemia.

Qué vísperas, ¿verdad?, para el reo mayor. Si esa es la suerte de hombres comprometidos a medias, meros secuaces algunos, ¿cuál será la suerte del jefe? Mentas vienen y van. De su suplicio inminente, ni dudas; las hay apenas de detalles. Creen los más que su demora

obedece a que quiere hacerse algo de ejemplaridad inolvidable.

Los dos amos de la República se han reunido en Arroyo del Medio, y todos esperan, reteniendo el aliento.

Y el cautivo, entretanto, sorprende en los ojos de los pocos que llegan a su celda la mirada de los deudos para el enfermo que acaban de desahuciar los médicos, una mirada de adiós final, de lejanía casi póstuma. No le queda más que un solo afán, monstruoso: intimar con la idea de la muerte —¡y qué muerte!—. ¡El, hombre en la plenitud de sus días que respetaron balas y espadas en un montón de combates, esperar infinitamente a la muerte en una cita infame!

Pasan días y meses también, hasta que llega, en secreto, una noticia que hermosea al mensajero: Lo dejarán salir del país. Un poco más de paciencia, y será todo.

Pero el tiempo sigue pasando, eterno. Y aquello que fué luz de amanecer al comienzo, palidece, vacila, es un fuego fatúo ya. Y el paciente agoniza en esa incertidumbre peor que la seguridad de la desgracia consumada. Apenas si lo distraen un poco de tamaño afán las perrerías del último jefe de la guardia que administra su encono con minuciosidad generosa . . . Llega hasta cambiarlo de celda sólo porque ésta tiene "el desahogo de una ventana" que regala a sus ojos un pedacito de munto.

Pero en éste como en otros puntos el ojo profundo del cautivo no tarda en descubrir el juego de un personaje que maniobra en la sombra. El ministro del gobierno, que es, dicen, su todo. ¿Odio personal? ¿Lujo de prepotencia? Un poco de eso, acaso, pero se trata, mejor, de la ambición de un hombre cuya alma oblicua, en complicidad con un ambiente que no lo es menos, despliega un juego desconcertante. Tan pronto cerca de halagos al cautivo como se le retira fríamente. Tratándolo a rigor, quiere recomendarse ante sus copartidarios, siempre celosos. Mostrándole los dientes, quiere propi-

ciarlo, encareciéndole el desafío a los suyos que eso significa. Busca ganárselo, una vez, porque espera de él confidencias que le serán un arma; otra vez, porque en un gran peligro militar está en juego, y acaso podría echar mano de él como último recurso. Llega a incitar a los parientes de su víctima a que recaben recomendaciones de personajes con quienes quiere vincularse. Un día, franqueándose de golpe, se deja decir comprometedoras palabras de amenaza y desprecio para el hombre que desde Buenos Aires está ya magnetizando a todos.

Siguen los días de soledad y desesperanza. La nueva celda es más escondida, como si bajara un tramo más hacia la sombra final. ¿Qué hará un hombre en un aislamiento que marea como el mar y un silencio que zumba como un tábano? ¿Qué hará mientras el tiempo sigue trotando en las agujas de su reloj a compás de su corazón descorazonado? ¡Diga usted, si no se hubieran inventado los libros! Es cierto que los hay apenas y conseguir uno cuesta los ojos de la cara, y es fuerza leer dos o más veces los mismos, pero así y todo, ¡qué hubiera sido, qué sería de su vida sin ellos! Además, por intermedio de los libros, gracias a una clave, mantiene con su hermano, que es quien se los manda, una ávida correspondencia, que sostiene su vida. Recibe noticias del mundo de los vivos y la gota de aceite para que el último resto de esperanza no se apague aún.

Pero eso no basta, cómo, para capear la arena de las horas sin límites. ¿Inmóvil como santo de palo ahora un hombre con veinte años de guerra, de días más inquietos que el azogue? ¿Qué hará, qué, si nada se puede? Y bien: lavará su ropa como un soldado en campaña; se hará su propio calzado como un buen artesano. Y aún más, porque la naturaleza y el arte quieren unirse para alcanzarle un rayo de sol hasta el calabozo. "Fabricar jaulas de pájaros y tenerlos por compañía". Un buen brasileño, hombre del oficio, que le hace centinela, lo alecciona gustoso en perfeccionar aquel minúsculo arte de abuelo o de niño. Y a poco, son asombro de enten-

didos y profanos esas jaulas tejidas en todas las formas del capricho, labradas con paciencia de acecho y primor de encantamiento, fuertes en su ligereza como una ala.

Y los pájaros —cautivos ellos también, pero aun tan llenos de cielo—, le desmenuzan a ratos, con sus picos de alba, la pena espesa y negra.

Mas aquí sucede que su suerte, tan ladeada ya, se vuelca al fin del todo. El gobierno descubre un conato de revolución. Varios los comprometidos y más los sospechosos. Su hermano, con su enorme corazón, sale deportado, sin lugar a despedirse.

Entonces, en este puñado de sombra de su celda, ya sin un amigo ni un conocido siquiera, sin recursos, con la incertidumbre más temblorosa sobre su fin, el recluso se confiesa que no podrá olvidar este momento aunque viviera mil años. Qué mucho, si en su corazón llamea como un rezo el voto último: la muerte que salva. "¡Qué no piensa un desgraciado!". Porque, ¿para qué ocultarse que será más muerte que la otra este desvivir que le espera? La soledad hueca como un perpetuo bostezo. El silencio como un grito tan hondo que no se oye. Y el reloj, único vivo verdadero, royendo el tiempo con esa paciencia sólo de él. Y la vigilia y el sueño, un solo insomnio, ¡ah! Y detrás, la locura, acaso... Pero, ¡por qué antes no se ha de compadecer la muerte!

Y, no obstante, los días siguen pasando con arrastre de orugas. ¿Y se creerá? La monotonía de semejante vivir, mortal, sin duda alguna, no lo es acaso, porque hay algo que la quiebra: las hazañas del gobierno con los otros cautivos. Cuatreros azotados prendidos a su propia reja. Luchas de indias desnudas. Peleas de indios emborrachados adrede. Un indio entregado a la venganza de indias avampiradas. Otro ejecutado, después de ocho días de capilla... Pero, ¿a qué seguir?

* * *

Hoy, domingo... ¿Para qué, piensa el cautivo, tienen nombre los días del mundo, si todos son iguales?

¡Mil cincuenta y seis días de cárcel ya! ¿Para qué se cuentan los días si no se acaban nunca? Allá lejos, en el patio, el sol, muy ladeado ya, cruza una franja oblicua. Desde el piso alto en que está su celda, el general ve entrar al oficial de la guardia con algo extraño en las manos ... ¡Dos manos de indio, fresquitas, recién cortadas! Viene a mostrarlas a las indias cautivas; viene él, aprendiz de bárbaro, a darse el lujo de horrorizar a salvajes verdaderos.

Entra, en eso, una negra vestida con decencia, conversa con el oficial, sorprendido en tan honorable trance, y se dirige enseguida hacia la celda del general. ¡Es la Isabel, la negra criada de su casa! El recio varón tiene nublados los ojos.

Anochece apenas cuando cierran las puertas de su calabozo y el preso se pone en cama. De pronto suena el candado de afuera, la puerta se abre y el ayudante le dice algunas rápidas palabras. Y apenas ha tenido tiempo de vestirse al vuelo, cuando una joven hermosa como una albricia, se echa en su pecho, gimiendo. "Nada de llantos, Margarita, ¿sabes?", le secretea tierno y firme el hombre que abraza ya a la dolorosa anciana que es su madre. Un oficial presencia todo. Es decir, que después de tanta ausencia y toda la angustia, el cautivo no puede franquear su alma a los únicos que saben de ella. Y es preciso tener el corazón en el puño.

De veras, las personas del gobierno han estado en acecho de aquella visita, seguros de poder regalar su aburrimiento con un número de tablas. Y se les aguó la fiesta.

* * *

La celda y la suerte del preso son las mismas, pero su corazón quiere levantarse ahora como una espiga o parecerse a los pájaros.

¡Qué quieren! Desde el día en que apenas más que un niño —¡veinticuatro años de por medio ya!— dejó las aulas por los fogones de guerra, en su pecho no cupo más que la patria, o algo menos doméstico aún: la

fama. Tucumán, Alto Perú, Uruguay, Brasil. Mientras sus compañeros hallaron tiempo de aparear a la de armas la aventura galante, él mantuvo su corazón cerrado. Cierto que una vez y otra vez el amor de la mujer desconocida, como una misteriosa nostalgia, se estremeció en él, pero el destino no decía nada.

Así fué hasta que en un alto del camino, en vísperas de la guerra brasileña, el joven coronel tropezó con dos ojos que daban otro color al mundo. Eran los de Margarita, entonces una niña.

Se habló, sin nombrarlo, del porvenir. Se soñó, a hurtadillas, con la dicha. Pero vino la guerra y el joven tío se fué para volver con charreteras de general bordadas por lo heroico. La guerra todavía: tres batallas intensas lo muestran la más fuerte mano de la República, y la mitad de ella se confía en él como en un padre. Y después, el más traidor de los golpes de azar. La cárcel. Y la muerte colgada de su cuello.

Sin embargo, las horas del día no son su pesadilla ahora. La soledad afloja sus anillos de hierro.

Por las tardes, sobre la pobrecita mesa de la celda, brillan como risueñas las fichas del chaquete. A un costado, el cautivo; al frente, la joven, que es como un claro de luna en aquella sombra; juegan con olvido casi de escolares, mientras, sentada aparte, la anciana, tan labrada por los años y las penas, se ensombrece pensando en la suerte del más noble de los hombres que es su hijo, o los mira a ratos con sonrisa en que la esperanza lucha con el mal presentimiento.

Y el tiempo se aligera también. Y al recluso le parecen lejanísimos los días en que el silencio cosquilleaba sus oidos porque hasta le prohibieron hablar con los centinelas; cuando oía sonar su propia voz como un gozne herrumbroso. Y el insomnio enrojecía sus párpados. Y la soledad era más pesada que piedra de tumba.

Su alma ahora ha olvidado casi que la muerte es su madrina. Su alma está ocupada sólo por la imagen y los gestos de aquella cuya pureza es inconsútil como una

flor. Cuando habla y su alma tiembla en sus palabras como rama en el aire. Cuando mira triste. Cuando sonríe y es como si amaneciera. Cuando anuda sus trenzas hermosas. Cuando su corazón tiñe sus mejillas. Cuando descuelga las jaulas y da de comer y dice niñerías de cristalino hechizo a sus pájaros.

¡Dios mío! ¿Es acaso que el amor quiere albergarse en un calabozo, como la torcaza anida en el tala espinudo? Sólo sabe que cuando ella se va, su oído recoge hasta el último de sus pasos: que cuando vuelve, su corazón, que la adivina, está ya tendiéndose de alfombra.

Pero no puede ser. ¡Cómo! El sólo es carne de presidio. El no es más que novio de la muerte y de la muerte infame. ¡Nunca!

Y, sin embargo, es como para creer que la suerte quiere ponerse de su lado. Se dice, y aún se asegura, que se le permitirá salir del país bajo fianza. Cuestión de días más. Y en todo caso, si aquello fallara, cuenta con un plan de evasión ya bien maduro.

Pero el cautivo desconfía de sí mismo. ¿No estará engañándose, no ya con su esperanza, sino con su propia fe en ella? ¿No será que la nueva magia de su pecho lo transfigura todo?

¡Bah, no sabe ni quiere saberlo cuando los ojos de Margarita bajan hasta él! Sólo un temor tiene entonces: el de estar confundiendo el afecto o la piedad con lo que les semeja siendo tan distinto. Porque él no es hábil. El, maestro de la guerra, casto como el acero, no es ni aprendiz del arte galante. Pero acaso el gran amor nunca es hábil. Presiente que su pecho no se equivoca. ¿Quién lo sabe?

Está pálido. ¿Del encierro? ¿De la espera de la muerte? No, de pasión acobardada.

Llega ella, al fin. Gozo y temblor de su corazón como jardín cuando llega la brisa. ¿Lo adivina ella, que se pone más pálida y hermosa? El sólo sabe que en ninguno de los dieciocho combates en que se halló ha sentido su pecho estremecerse así. Pero la cobardía también

sabe por un instante vencerse a sí misma y habla. Y el guerrero, aniñado por primera vez ante el peligro, ve que ella, limpia como una espada, se empaña en lágrimas de entregado amor.

* * *

Todo se ha resuelto con la facilidad de los sueños: libre él, por cualquier vía pasará al Uruguay; se casará por poder desde allí: su esposa volará después a su lado.

Pero el destino no quiere renunciar así no más a esas jugarretas que gasta con él. Del destierro liberador se guarda ya el más sospechoso silencio. Y cuando, cansado de él, y echando los dados al fin, el cautivo fija día a la evasión —mañosamente preparada de antemano—, listos la llave del calabozo, los fiambres del avío, el bote sobre el Paraná y sus remeros, su encargado, el maestro Tadeo, pide aún días de espera. Chicanas. Es que, mirado cara a cara, el lance le parece mayor que su coraje, y recula.

De sus amigos, ¿quién le dará noticias?

Julián, sí, manda desde el destierro esas cartas tan nobles como él, dando cuenta de sus empeños, hablándole del futuro para atizarle la esperanza: "Ninguno de la familia podrá tener gusto mientras tú seas desgraciado ..." "Ya tengo un ranchito y estoy trabajando un corral".

Vuelven días acérrimos, como los peores, en que la vista al porvenir es un callejón cerrado. ¿Quién querría ligarse a su suerte? Y, sobre todo, ¿cómo, sin acegado egoísmo, puede aspirar a eso? ¡Oh, él, que un día pensó en el adiós, el mismo adiós a la vida, va a conocer otro más vehemente: el adiós a un gran amor! De veras, hasta entonces, el destino no ha apretado del todo sus puños.

Pero he aquí que cuando al fin el mundo y los hombres vuelven la espalda, definitivos, una mujer echa en la balanza de su suerte su corazón de maravilla. ¡Margarita! ¿Prisión, olvido, incertidumbre, miseria, muerte?

Qué importa. Su amor será aureola para tanta sombra. Y lo que hay de maternal en toda mujer habló también en ella ante el hombre desgraciado. Cree y obliga a creer que estas bodas en la sombra serán rehenes de la libertad del cautivo.

Pero en el fondo adivina mejor que serán el rescate de esa vida dolorosa y admirable, que la soledad del presidio, como un pantano, tragará en silencio. El se niega, sin embargo. Después ya no sabe qué cosa es su alma. Sólo se ayuda con esta palabra: "ángel".

Y así, bajo la sombra cada vez más roja de Juan Manuel, el amor se alberga en un calabozo como nido en el árbol que amadriga víboras.

* * *

Rosas, el gaucho hechizo, no tuvo —al revés de Artigas, Güemes o López— fe en el gaucho, digo en la montonera. Después de Navarro sólo creyó en la omnipotencia del ejército de línea. Llegó a Santa Fe, después del más desaforado galope que sintió la pampa, y mal mirado por López, escribió a Buenos Aires solicitando la gracia de volver como un simple particular o de pasar al Brasil... El descalabro de Lavalle fué obra de los abanicos de lanzas de López y de esos capitanejos del Sur de Buenos Aires que el Comandante chafó después.

Cuando la Tablada, recomenzaron sus dudas. Paz, que en lo político procedía también de acuerdo con "el terreno", dejó de mano el programa de los unitarios porteños y resistiendo en lo que pudo a los unitarios de Córdoba, sólo trató de crear "un orden nuevo" en lo material y moral como único camino a la organización buscada. Un doble interés le aconsejaba la paz con sus vecinos. Y acaso todo hubiera andado bien si el hombre que "comunicaba su intención a los caudillos provincianos", Rosas, dueño de Buenos Aires y de la aduana, no hubiera venido ya trabajando contra todos desde 1820.

Después de Oncativo, nueve provincias, con Córdoba a la cabeza, estaban contra Buenos Aires. Del resto,

López, resentido con Rosas, que había pactado con Lavalle sin consultarlo, y Ferré, de Corrientes, que decía: "En Buenos Aires se hila tan fino que sólo ve la hebra el que está advertido que se hiló". Y los unitarios amagando desde el Uruguay.

"Rosas esperaba al vencedor en Buenos Aires y tembló". Es decir, repulió ese estilo redentorista que él guardaba para ocasiones de compromiso: "El gobierno de Buenos Aires espera con toda la confianza que le inspira el patriotismo y filantropía del Excmo. Señor Gobernador propietario . . . que al contemplar . . . suelo de su nacimiento anegado en sangre de hermanos . . . compañeros de armas y de glorias en la guerra de nuestra independencia . . a costa de cualquier sacrificio a que la victoria del 24 de febrero sea la última de argentinos contra argentinos . . .".

Una pintoresca cabalgata con mujeres y todo, encabezada por un comisario, recibió en triunfo al general Quiroga en Buenos Aires, proclamando, según la táctica del amo, que Oncativo era la corona de una traición.

—No, Paz me ha batido en regla — refunfuñó Facundo, que, al revés de Juan Manuel, tenía al menos la nobleza de los hombres de banda.

—El Manco me ha ganado con figuras de contradanza.

Después fué a la casa de la calle Moreno y delante de Ferré vociferó contra la falsía de sus dos aparceros federales, y de su última invasión a Córdoba "no con objeto de vengarme de Paz, sino de triunfar de él, considerarlo, y bajar a colgar las cabezas de López y de éste" (señalando a Rosas, que estaba "trémulo y mudo").

Pero a fin de cuentas el gaucho vivo —y rico— envolvió al gaucho malo en desgracia.

Poco después, López y Ferré recibieron invitación de Paz para una entrevista en el lugar que se le indicara. "Soy un provinciano como ustedes y este título no debe hacerles esperar de mí sino el bien que nuestros pueblos reclaman". A las cuatro de la tarde don Domingo de

Oro partió con la respuesta, y a las siete, López, que había recibido carta de Rosas revelándole las intenciones de Paz de apoderarse de su persona, cambió de parecer. "Yo creo, como usted, compañero, que lo que éste pretende es que ayudemos a voltear a Paz, pues es a quien teme, para lo cual nos llena de ofertas que no cumplirá . . Conozco que este hombre nos pierde, pero no sé, cibir; sí, amigo, temblando he leído las últimas órdenes . . .

* * *

El cuarto es casi holgado y con ventana al campo y la plaza; pero la incomunicación es "más rigurosa que nunca". El gobierno se costea este gusto con un destacamento de cuarenta hombres.

Ah, la soledad. Cuatro meses sin más contacto humano que el de los carceleros; cuatro meses sin saber de los suyos nada, sino que han llegado a Buenos Aires.

El tiempo se ha detenido y el propio pensamiento pesa como una joroba. ¿Y hasta dónde no llegará "una fantasía irritada por las desgracias"?

Invitado oficialmente a solicitar "lo que necesite", sólo pide libros. De veras, nunca había sabido lo que verdaderamente fuera un libro: la magia de un espíritu brillando en los signos opacos; la de un latido lejano como tibio otra vez entre las páginas.

Todo eso, hasta que cualquier día cree advertirse que sólo la palabra hablada está viva. Un día se quiere leer y no se puede; ni dormir tampoco; y falta el apetito, sobre todo el primero, el de vivir . . .

Cierto, no se ha vuelto más diestro en el dolor. Después de tantos años de cárcel no es más que un novato del encierro. Si la mañana trae su compañía de luz, qué soledad, qué insoportable soledad la de esa hora en que el sol parte.

Y ver el mundo sólo a través de esas rejas que infaman el paisaje, rayándolo como uniforme de presidario. Se vive verdaderamente fuera de la tierra en este infierno frío, en esta tumba provisional.

¿Qué son los padecimientos de los años de guerra junto a esto? Sabe recién lo que es una compañía, o una palabra amiga, un galope al aire libre o un rayo de sol. Observada desde una covacha así, se ve recién lo que es la vida: una embriaguez cuyo despertar es este.

La turbación de algún guardián al mirarlo, lo turba más; la estrechez de la celda le estrecha el corazón. Bajo las sesenta atmósferas de la soledad, trabajan los dos sobornadores: la locura y el suicidio. Entonces se reniega de esa hechura de la estupidez y la crueldad que es el hombre; de la amistad, un abalorio de tantos, y se desciende en sí mismo hasta el fondo. Van cuatro meses que él está muerto para los suyos; cuatro meses. También eso. No es que quiera quejarse. El gobierno habrá puesto todos los obstáculos, por su parte. ¿Y puede exigirse la última obstinación en vencerlos para venir a sepultarse a su lado? No es que no comprenda, pero su miserable corazón... "Mi incomparable Margarita ...". "Ella...". Y el sollozo aborta muy adentro.

Mas de todo eso sólo quedará un turbado resquemor. Junto con su pobre madre vieja es su mujercita la que acaba de echarse en sus brazos y ellas las que mezclan sus lágrimas mientras el desdichado corazón del hombre tiene un temblor de rezo.

Una vez más se han salvado sus días para sortear muertes y peligros a lo largo de los años.

* * *

Afuera, entretanto, sigue cumpliéndose, cada vez más dura, la suerte de pueblos y de hombres.

El cautivo que no recibe papeles ni cartas, puede asistir, sin embargo, a través de las rejas, a algunos momentos de la gran escena. Un día pasa una galera roja conducida por hombres y caballos uniformados de rojo: van a traer los restos de Facundo Quiroga; pasan después ("sin merecer la compasión de nadie, fuera de mí") los reos de Barranca Yaco; más tarde el desgraciado Santos Pérez, con grillos, esposas y tramojo. Son los ele-

mentos para esa representación maestra que se llamará El proceso a los asesinos del general Quiroga.

Sus enemigos y sucesores en Córdoba, los Reinafé, han sido alojados una noche en su propia cárcel. "Mil veces estuve tentado de reirme al ver las vicisitudes de una revolución y las peripecias humanas".

Con todo, lo trabaja a ratos una aprensión horrible: Rosas, que ha decretado crimen unitario el de Barranca Yaco, puede complicar en él al que el doctor Lahite llama "el caudillo don José María Paz"; todo está en que se le ocurra. ¿Ir a Buenos Aires mezclado con esta gente? Ah, "cualquier otra cosa, hasta la muerte misma".

"Ejecuciones de azotes por cientos en medio de la plaza". Un negro federal perdonado del asesinato de su ama y ejecutado por una deslealtad a la causa. Un reo que escucha su sentencia de muerte y marcha treinta leguas a caballo hasta el banquillo. Y, sobre todo, fusilamientos de gauchos desertores del ejército.

El gobierno ha dado el máximo impulso a la metalurgia, con la fabricación de grillos. No obstante, usados hasta para simples reclutas o faltas en el servicio, alguna vez escasean: entonces se ayunta dos hombres con un par, si bien lo frecuente es poner dos pares a un reo. El eco del martillo remachándolos es la canción del cabildo.

En la celda, a donde sólo pueden entrar, a sus horas, la madre y el médico, la esposa convaleciente descansa en el lecho, junto al hijito nacido en presidio como un pichón de jaula, mientras ahí, a tres pasos, su marido, el general, lava ropa en una artesa. Una cama, una meamigo, qué influencia tiene sobre mí que no puedo prescindir de sus insinuaciones". (Con el regalo de las 25 mil vacas de 1820, comenzó, sin duda, la magia de Rosas).

Ferré se retiró de este callejón sin salida, y su reemplazante inauguró con los otros esa égira de la Federación que es el tratado del 4 de enero de 1831, de que Rosas hizo la ley del embudo.

Después vino el tiro de bolas del gaucho Zeballos.

La Federación ha desbrozado todo el campo.

El general Quiroga después de una genial campaña al Oeste y al Norte, en que no quedó nada por hacerse —remató hasta espejitos de mano y enteró a noventa y tres el número de oficiales fusilados—, volvió a Buenos Aires a reponerse un poco de sus afanes, y en el antiguo gaucho de los Llanos los porteños sólo ven un acaudalado prestamista al 24 y al 36 por ciento, que trajeado por Dudignac, sastre de moda, asiste a las tertulias elegantes.

Sin cuidado por nada, entonces, Rosas se fué a perfeccionar su instrumento, y su manejo, en el fondo de la soledad, a la orilla de ese simbólico río Colorado, en esa campaña contra los indios, pagada a oro por el Estado y que fué sólo un negocio para los estancieros de Buenos Aires. (El "Héroe", en cambio de la isla de Choele-Choel, se conformó con recibir "sesenta leguas cuadradas de terreno de pastoreo en el lugar que él eligiera"). La coraza del cacique Chocorí y la revelación de la Suma del Poder, fueron los mayores trofeos traídos del desierto.

* * *

"Rosas no podía tolerar por más tiempo que un general de la capacidad de Paz estuviese fuera de su jurisdicción, o que uno de los caudillos a quien esperaba subordinar poseyese este elemento de guerra tan temible que podía ser puesto en ejercicio antes de que su obra de agresión lenta y disimulada estuviese completa sobre todas las provincias.

López concede en 1835 lo que pudo negar en 1831.

Una mañana un empleado del gobierno abre la puerta de la celda que guarda al preso y su compañera. Saluda con aire sospechoso, se retira y vuelve advirtiendo que precisa hablar a solas con el reo. El horrible presentimiento cae sobre Margarita, que se esconde en el lecho a llorar. Sale el recluso y sabe que debe marchar en el acto, con rumbo desconocido, sin familia, ni criado, ni equipaje...

—Puede llevar una muda ligera de ropa — agrega el empleado.

Margarita, con el coraje de la desesperación, sale en procura de alguna vaga noticia siquiera, mientras su marido sólo piensa en ahorrarle así "el terrible momento de la despedida". Baja la escalera de la cárcel, diciéndose: la subí hace cuatro años, cuatro meses y un día.

No recibida por López ni Cullen, la dolorosa joven encinta, que sólo pedía acompañar a su marido en lo que imaginaba su último trance, está ya en el puerto, con la madre... Su escena parece apenas de tragedia, sin embargo, porque el pudor de la insondable angustia impide dar pasatiempo a guardianes y mirones.

Sobre un lanchón, Paraná abajo. Duerme esa noche junto a un islote que los centinelas ocupan. En la tarde del día siguiente oye esta impagable advertencia de un comedido:

—Señor, va usted mal a Buenos Aires; allí las cosas toman un carácter terrible!

Al otro día, con rumbo al Arroyo del Medio, dieciocho leguas de galope, que el reo, con cuatro años y medio de vacaciones, aguanta bien, asombrando al capitán de la patrulla. En la provincia de Buenos Aires ya. ¿Quién es el jefe de las fuerzas que lo reciben aquí? Ramírez, un ex compañero, de los tiempos de Belgrano.

Llueve con grosería y los caminos son otra ofensa. Las precauciones con el cautivo son otra vez las de 1831... Duerme rodeado de centinelas. Se aproximan a Luján, una noche, y el coche en que lo llevan tuerce bruscamente en una dirección imprevista... y el pueblo de Navarro está cerca... ¡Ha llegado el instante que esperara mil quinientos ochenta y un días!

No todavía. Entran a Luján y lo alojan en casa del mismo coronel Ramírez. No hay noticias de Buenos Aires, y la ansiedad, visible en los mismos custodios, crece en el prisionero hasta el vértigo.

Su voluntad responde aún, sin embargo, y como volviendo la espalda al destino, se pone a afeitarse. En eso,

la ventana próxima deja venir un jinete de poncho militar, en cuya manga se lee: Policía; llega, y saca de la grupa de su montura un legajo, que entrega al jefe. Una hora infinita sucede. Se sienten pasos, al fin, y el coronel entra con las albricias más patentes en su cara y su ademán, que en sus palabras:

—¡Somos de vida!

Y el quídam de voluntad alquilada, como tanto servidor del amo, el ente lleno de contradicciones a quien el terror ha vuelto terrorista, el carcelero prostituído por ese oficio más bajo que el otro, es hombre después de todo (sólo la alegría del hombre alegra al hombre) y por un rato la nobleza humana lo transfigura:

. . . **temblando he abierto el pliego que acabo de recibir; sí, amigo temblando he leído las últimas órdenes . . .**

* * *

El cuarto es casi holgado y con ventana al campo y la plaza; pero la incomunicación es "más rigurosa que nunca". El gobierno se costea este gusto con un destacamento de cuarenta hombres.

Ah, la soledad. Cuatro meses sin más contacto humano que el de los carceleros; cuatro meses sin saber de los suyos nada, sino que han llegado a Buenos Aires.

El tiempo se ha detenido y el propio pensamiento pesa como una joroba. ¿Y hasta dónde no llegará "una fantasía irritada por las desgracias"?

Invitado oficialmente a solicitar "lo que necesite", sólo pide libros. De veras, nunca había sabido lo que verdaderamente fuera un libro: la magia de un espíritu brillando en los signos opacos; la de un latido lejano como tibio otra vez entre las páginas.

Todo eso, hasta que cualquier día cree advertirse que sólo la palabra hablada está viva. Un día se quiere leer y no se puede; ni dormir tampoco; y falta el apetito, sobre todo el primero, el de vivir . . .

Cierto, no se ha vuelto más diestro en el dolor. Des-

pués de tantos años de cárcel no es más que un novato del encierro. Si la mañana trae su compañía de luz, qué soledad, qué insoportable soledad la de esa hora en que el sol parte.

Y ver el mundo sólo a través de esas rejas que infaman el paisaje, rayándolo como uniforme de presidario. Se vive verdaderamente fuera de la tierra en este infierno frío, en esta tumba provisional.

¿Qué son los padecimientos de los años de guerra junto a esto? Sabe recién lo que es una compañía, o una palabra amiga, un galope al aire libre o un rayo de sol. Observada desde una covacha así, se ve recién lo que es la vida: una embriaguez cuyo despertar es este.

La turbación de algún guardián al mirarlo, lo turba más; la estrechez de la celda le estrecha el corazón. Bajo las sesenta atmósferas de la soledad, trabajan los dos sobornadores: la locura y el suicidio. Entonces se reniega de esa hechura de la estupidez y la crueldad que es el hombre; de la amistad, un abalorio de tantos, y se desciende en sí mismo hasta el fondo. Van cuatro meses que él está muerto para los suyos; cuatro meses. También eso. No es que quiera quejarse. El gobierno habrá puesto todos los obstáculos, por su parte. ¿Y puede exigirse la última obstinación en vencerlos para venir a sepultarse a su lado? No es que no comprenda, pero su miserable corazón... "Mi incomparable Margarita...". "Ella...". Y el sollozo aborta muy adentro.

Mas de todo eso sólo quedará un turbado resquemor. Junto con su pobre madre vieja es su mujercita la que acaba de echarse en sus brazos y ellas las que mezclan sus lágrimas mientras el desdichado corazón del hombre tiene un temblor de rezo.

Una vez más se han salvado sus días para sortear muertes y peligros a lo largo de los años.

* * *

Afuera, entretanto, sigue cumpliéndose, cada vez más dura, la suerte de pueblos y de hombres.

El cautivo que no recibe papeles ni cartas, puede asistir, sin embargo, a través de las rejas, a algunos momentos de la gran escena. Un día pasa una galera roja conducida por hombres y caballos uniformados de rojo: van a traer los restos de Facundo Quiroga; pasan después ("sin merecer la compasión de nadie, fuera de mí") los reos de Barranca Yaco; más tarde el desgraciado Santos Pérez, con grillos, esposas y tramojo. Son los elementos para esa representación maestra que se llamará **El proceso a los asesinos del general Quiroga.**

Sus enemigos y sucesores en Córdoba, los Reinafé, han sido alojados una noche en su propia cárcel. "Mil veces estuve tentado de reirme al ver las vicisitudes de una revolución y las peripecias humanas".

Con todo, lo trabaja a ratos una aprensión horrible: Rosas, que ha decretado crimen unitario el de Barranca Yaco, puede complicar en él al que el doctor Lahite llama "el caudillo don José María Paz"; todo está en que se le ocurra. ¿Ir a Buenos Aires mezclado con esta gente? Ah, "cualquier otra cosa, hasta la muerte misma".

"Ejecuciones de azotes por cientos en medio de la plaza". Un negro federal perdonado del asesinato de su ama y ejecutado por una deslealtad a la causa. Un reo que escucha su sentencia de muerte y marcha treinta leguas a caballo hasta el banquillo. Y, sobre todo, fusilamientos de gauchos desertores del ejército.

El gobierno ha dado el máximo impulso a la metalurgia, con la fabricación de grillos. No obstante, usados hasta para simples reclutas o faltas en el servicio, alguna vez escasean: entonces se ayunta dos hombres con un par, si bien lo frecuente es poner dos pares a un reo. El eco del martillo remachándolos es la canción del cabildo.

En la celda, a donde sólo pueden entrar, a sus horas, la madre y el médico, la esposa convalesciente descansa en el lecho, junto al hijito nacido en presidio como un pichón de jaula, mientras ahí, a tres pasos, su marido, el general, lava ropa en una artesa. Una cama, una me-

sita, dos sillas, son todo el moblaje de ese habitáculo donde una moza que da de mamar a su hijo vuelve los ojos hacia el artesano que con la misma orgullosa modestia con que resolvió una batalla o salvará una ciudad, se afana en ganarse o capear la vida, trenzando jaulas, confeccionando zapatos, liando cigarrillos, mientras allá en la ventana, del lado de afuera, junto a los pañales tendidos al sol, los jilgueros y los canarios alegran cantando la cautividad común.

"Haga usted entender al general Paz que se le abonará su sueldo, y que pida cuanto necesite . . . pero . . . que su filiación está circulada en toda la provincia y que . . . a intentar fuga o fugarse, será fusilado sin otro término . . .". Es una carta de Rosas. ¡"Cuánto necesite"!

Amigo, la libertad es la mitad del hombre, y talvez todo el hombre, y donde ella falta no hay cosa que no se pudra y hieda mal (las más ocultas, sobre todo) y la misma luz del sol se vuelve penumbra de calabozo.

Minuto a minuto, tres años han pasado ya bajo esta segunda posada. "Prolongación indefinida". "A veces, nuestro corazón cerrado a la esperanza". Lo que fué seguirá siendo. ¿Hasta cuándo?

Su padre político, cargado de grillos, ha muerto a poco de dejarlos. Su madre, quebrada al fin por los años y las recias penas, sólo arrastrándose llega cada día al cabildo. Amén de eso, la zozobra no los desampara, nunca: "un suceso político, un chisme, una calumnia", y su situación puede volverse desesperada. "Una vez a un soldado ebrio . . .". Pero es sobre todo esa ventana de enfrente y su máscara de pesadilla: la de doña Inés Aguirre, vieja solterona y "feísima" —¡dónde no!— espía de la Federación.

A ratos una pena indefinible, pero más profunda, viene a turbar al cautivo. El sacrificio, egoísticamente aceptado por él, de esa joven que ligando su suerte a la suya, ha venido a convertirse también, por años y más años, en carne de presidio . . .

Y menos mal aún que el propio aislamiento le ahorra

el disfrute de un dolor más: el gran artista de las bajezas, y su cándido instrumento que es Manuelita, vienen administrando una sabia calumnia a fin de abolir de las esperanzas unitarias al hombre de Luján:

—¡Es una lástima! —dicen compasivamente—, ha dado en beber... ¡Es ya hombre perdido!

VII

Una Ciudad en Capilla

Hay en realidad ciertos hombres hábiles en la ciencia del corazón humano, amaestrados en las cosas públicas, eminentes en la política, que no pueden comprender que otro posea ciertos principios que fijen su regla de conducta; acostumbrados a buscar el origen de todas las acciones humanas en ciertos intereses que para ellos son todo, se equivocan miserablemente cuando quieren penetrar en el corazón del que no piensa como ellos. Sin negar, pues, la sagacidad del dictador, diré que se equivocó en cuanto a mí...

JOSÉ MARÍA PAZ.

Señor, he visto tanta inmundicia que..., ¿para qué legarle más m... a la historia?

DOMINGO DE ORO.

Flor de barro es Buenos Aires en la época de las lluvias. Salvo las veredas más o menos desenladrilladas y las pocas calles en que algunos monolitos hacen de empedrado, lo demás es lodazal. El río llega alguna vez a asomar su hocico a la calle Veinticinco de Mayo, y alguna vez hizo pasar un bergantín por la puerta de un almacén. Un día arribaron dos jaguares turistas, en balsa de camalotes. Aquí y allá, los barriales descaminan el tráfico; muchos, no dan vado por meses. Ahí naufragan los mancarrones o vacunos de remos gastados.

Saliendo de los salones, donde cree hallarse en Europa, el extranjero ve que la ciudad "es horriblemente sucia".

Y Buenos Aires tiene sed. No hay más agua potable que esa achocolatada del río. Toneles con mangas de cuero y ruedas, tirados por caballitos penitentes, la llevan a vender a las casas, donde la compran a la par de la leche. El tener aljibe en el traspatio para el agua de las lluvias da tanta notoriedad en el barrio como el tener coche.

Las cocinas, sin chimeneas, tienen pinta de fogones camperos. La comida es sencillona y fortacha. La banana, novedosa, el pichón de lechuza y el huevo de tero, son las gollerías de la gente. (La del gobernador, la molleja y las limas dulces). "La leche es tan cara y adulterada como en París".

Hay carros anfibios que se adentran cuadras en el río, para entregar o recibir mercaderías de los buques que no pueden llegar a las playas, donde blanquean las sábanas y las risas de esas negras lavanderas que no sueltan la pipa de la boca. Los pescadores pescan a caballo, como es natural. El pampero suele cargar con violencia de malón sobre los barcos gringos entremetidos en el estuario.

Los perros forman el gremio más populoso de la ciudad. Perros libertos, los más. Tienen el hambre y el arrojo de los aguaráes. De cuando en cuando, poniéndolos fuera de la ley, la policía destraílla sobre ellos a sus presos y hay escenas de la edad de piedra. El transeúnte da con perros difuntos en cualquier parte, a menos que no sean tales sino simples unitarios degollados, que se mira con la misma indiferencia.

De noche, la ciudad es cueva sin fondo. Apenas si una vez por mayo y otra vez por julio, cuando los negros bailan por la patria en torno a la pirámide de la plaza Victoria, alumbran en las ventanas o los cordones de las azoteas, candilejas de grasa de potro. De noche, sólo el silencio parece despierto. No; una voz humana llega, ronca o de falsete, arrastrándose. Son los serenos que tranquean la noche con su farol de vela de sebo, su garrote y su canto: **Las dos han dado y nublado. ¡Viva**

la Confederación Argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios! Cuando el silencio se recobra, al fin, se oye el ladrido de los perros o un galope perdido; a veces, creciendo poco a poco, un ruido como de torrente que arrea las piedras de su cauce: son las carretas que vienen desde el pie de los Andes o el Altiplano, midiendo un ciento de días y tres de leguas con las vueltas de sus ruedas zancarrudas —ocho pies de altor—, peleando al gaucho malo y al pantano traicionero, desafiando malones, arenales y aduanas, a recalar allá por la plaza Monserrat o los huecos del Bajo.

Las costumbres son duras como lonja sin curtir. Lo eran mucho en otro tiempo, pero se han vuelto el doble. La pampa ha llegado en su reflujo hasta la pirámide, y la ciudad de don Carlos de Alvear y don Bernardino Rivadavia ha ido agauchándose.

La imitación del gaucho es la ley: del paisano que siendo duro ya por fuera se ha vuelto mucho más por dentro. Es de una sola pieza, como su chiripá, este hombre no menos crinudo y arisco que el caballo que monta entre pajonales y cielos. Hace su casa de ramas, como el carancho, o de barro como el hornero, mas prefiere no tenerla. Sólo la carne mata su hambre; sólo la pulpería rompe su soledad. En la doma, la hierra y la guerra, nada más que eso: violencia y coraje. Menos desprecio tiene ahora por el perro, al que no da de comer, que por el gringo o el maturrango. Sólo aprecia al que desprecia la vida, y apenas si la guitarra logra enternecerlo aún. Creía en Dios, se dijo, como en un patrón que nunca visita la estancia; ahora sólo cree, cuando cree, en don Juan Manuel.

Se vive la vida cada vez más en crudo. En hogares en que se reza a la entrada y salida del lecho o de la mesa, no es justamente de dulzura nazarena la ley de la servidumbre. ¿La negrita o el chinito ha roto un plato? Llevará sus pedazos por cuentas de collar para escarmiento, hasta cuando sirva el mate, ahí, con sus brazos cruzados, su calzón a rayas y su pata al suelo.

Sangrías, vomitivos y purgantes son las conjuraciones más a mano de esos señores que llegan a la casa del paciente en sus mansos caballos de sobrepaso; si dicen ventosas, se sobrentiende sajadas.

Las rodajas de las espuelas son tamañas como la Corona del escarnio, y los grillos pesan veinticinco libras. En las escuelas, la letra con sangre entra, y también, la palmeta, en las manos. Si la travesura es venial, basta con la letrina o el cuarto de pulgas.

Los niños se desquitan en sus juegos: estirar una guasca desde la reja de la ventana al poste, por ejemplo, atravesando el zaguán en tinieblas, para que el señor que viene de visita se rompa la galera o las quijadas. Por su parte, los mayores se tiran huevos hervidos a la cabeza en carnaval, a veces con impactos de muerte.

Pasean la calle o acechan los zaguanes individuos de poncho de hilacha y engestadura de mando; algunos hablan afirmándose en los estribos. El que los tomara por salteadores no se equivocaría ni en un negro de uña. Pero no son más que mendigos de Buenos Aires.

El noviciado de la crueldad se ejerce en los mataderos. El sacrificio de la res vacuna parece el asesinato de un enemigo. Cuando el animal enlazado, desjarretado, apuñaleado, va a rendirse a la muerte, el hombre salta sobre su lomo, apura a espuela y planazos su agonía, con el júbilo más rojo. Lo dicho: se juraría que se trata de una venganza personal.

Por lo demás, si las guerras con el hijo del desierto le han traído al cristiano el contagio pampa, ahí está, para que éste no merme, una tribu amiga en Santos Lugares. Ahí los indios que juran por "nuestro padre Rosas", el hombre que frangolla su lengua, o rezan: "mientras viva Juan Manuel todos seremos felices". Se emborrachan con sangre de yegua como los pumas y hieden a puma; varean al alba esos caballos brujos que no precisan freno y galopan por el médano como si fuera cuesta abajo; tienden tres cuartas de melena y dieciocho pies

de lanza; al rayar el sol se espulgan unos a otros, manducándose los piojos. Sus cabezas araucanas son cuevas de astucia; les gusta bárbaramente el aguardiente y la carne blanca... Dicen: aquicito, ganitas; dicen: corazón ladino, lengua no ayuda. Alguno lleva uniforme de comandante y la pata limpia; otro se llama Cristo.

El extranjero que llega a Buenos Aires por primera vez, cree que la ciudad está rociada de sangre... Antojos del miedo. No, ese rojo que florece por todos lados no es más que el color que exalta la devoción federal, como el coraje del toro. El fervor es grande. El colorado está en los cielos rasos y en los postes de la calle; en las persianas y en los cabos de los rebenques; en las coleras de los caballos y en el pecho de los caballeros; en el pabellón nacional y en los confites con que Manuelita obsequia a los niños de su parentela; el gaucho lo lleva en su chiripá y el obispo Medrano en su casulla, y el indio amigo en su vincha y sus ojos inyectados. Los soldados son por entero escarlatas como un tajo. En los días de lluvia tampoco falta un paraguas punzó. (Qué mucho, pues, que también lleve ya la divisa federal hasta un pajarito de la pampa y la promulguen hasta las disenterías del miedo).

Un espíritu evangélico guió la cruzada restauradora: **Está contra nosotros el que no está del todo con nosotros.** De ahí el celo de cada uno y de todos. Por eso, la ciudad que viste uniforme, tiene también un solo grito. Primero se ensayó: ¡Viva la federación!, después: **Federación o muerte**; pero el fervor federal subía y subía y al fin dió con la fórmula justa: ¡Viva la santa **Federación! ¡Mueran los salvajes unitarios!** Esta jaculatoria impresa en todas partes —desde los documentos oficiales hasta las misivas de los enamorados— es voceada a todo instante y en todos los tonos: por los soldados al pasarse lista; por los espectadores y actores al alzarse el telón; por el niño que gorjea sus primeras palabras y el emponchado que saca su facón gargantero. También la repiten los loros de los zaguanes.

El odio, o siquiera la simulación del odio, está en todos lados. La misma retórica sacramental en el carrero que en la dama de cuatro apellidos y peinetón de tres jemes. Entre los niños, a un ¡salvaje unitario! retruca un ¡mazorquero degollador!

La Mazorca es el Santo Oficio de la Federación. Gente sin una achura de desperdicio la que allí manda. (¡Qué olfato para ventear la caza, aun a la legua y en la oscuridad!). No hay manos tan cirujanas para despenar... un condenado. Degüellan con baquía morosa, conversando con la víctima y aún pidiéndole excusa por el mal filo del instrumento. Es claro que en casos de apuro saben despachar el asunto de parados, en un verbo, sin dar tiempo a una pestañada.

A la luz y entre el incienso y los lagrimones de las velas, las sesiones son tan piafantes como un entrevero. No hay emponchados sólo. También hay gente de levita y de apellido — alebronados con ingreso forzoso para cubrir la mercancía.

Allí se desembuchan secretos y se envainan órdenes. Se habla con señorío sabiendo que la ley está en el filo de sus puñales y en la punta de sus rebenques. Ay del nombre —sobrenombre, digo— que allí se declame, si el ángel de su guarda no se acuerda de él! Ante alguna frase de antología —¡Va a sobrar pa morcillas, con ése!— ríen como muchachotes ingenuos, mientras las rodajas de sus espuelas parece que lloraran por burla. —¡Gervasio Cardo! — gruñe una vez uno de la orden, empuñando una mazorca de maíz —que amuele nomás y verá si no le hemos de...—, y al ademán obsceno prende una frase más obscena todavía. (Gervasio Cardo es don Gervasio Ortiz de Rozas, hermano de S. E.).

Pese a todo, la ciudad quiere coquetear aún un poco. Más de un balcón ofrece, desflorando el tiempo entre la guitarra y el mate, a algunas de esas dueñas de "el más lindo piececillo del mundo", como piropeó un sabio de París. Más de un zaguán entreabierto deja ver esos claveles porteños excesivos como floripondios, y las rosas y

jazmines del primer patio; al fondo, los tordos agujerean el parral. Pero apenas resuella el viento, llegan los olores de la playa con su pescado descompuesto, el de los hornos de ladrillo encendidos con carroñas, o peor aún, el del Saladero —allá donde es tan caudalosa la sangre de vacunos y yeguarizos soltada cada día que asfaltó ya un millar de hectáreas, levantando una cuarta el nivel del suelo—, el olor del saladero ("el más fétido conocido en la tierra") que aún en días mansos persigue hasta veinte cuadras de distancia al viajero que huye de él a espuelas y rebenque.

Las quintas se defienden con perros y tapias almenadas de traseros de botella; algunos, más huraños, con cercos de calaveras guampudas.

Hay forastero que se dejó decir alguna vez que el olor municipal de Buenos Aires es el olor a catinga... Talvez no mintió mucho. En todo caso lo cierto es que el Africa está representada aquí, no por cónsules, sino por reyes: el de la nación benguela, el de la conga, el de la mozambique. Y ellos y todos los suyos tienen aquí un solo ídolo: la hija del Restaurador.

Manuelita, que impresiona demasiado a los ministros extranjeros con su palidez criolla y esa cabellera nocturna que envidiarán las hijas de Inglaterra; la Niña, que dice "mi admirable tatita", mas sin duda oculta un torcedor, y se quedará soltera, y no por su gusto, hasta la madurez, es, a cada rato, la personera del gobernador: firma misivas untuosas para los diplomáticos o cartas gauchescas para los tatas de la chusma; da audiencia a las chinas que hieden a tabaco y a chismes, y en ella la Federación recibe de las candombes su incienso más espeso.

El espionaje y la delación son, así, dos demonios negros. Para ellos cualquier cerrojo es una pupila y toda hendija una oreja. Hay ganzúa para el secreto de la familia unitaria que ya no se aventura ni al zaguán o el del federal que empieza a ahitarse del rojo. Se duerme o se despierta con el ¡ay! en la boca. El aire tiene oído de

tísico; el aire tiene filo. Nadie está seguro. A ratos, el suelo falta bajo los pies.

La vista de un hombre retacón, con unas cerdas de barba, que toma mate en la acera, detiene el tranco y la sangre de más de uno que pasa. Es Salomón, cuyo nombre enfría las nucas y a quien sólo Troncoso, Cuitiño o Badía pueden pisarle el poncho.

Ciertos días, ciertas horas, Buenos Aires tiene la hueca soledad de una ciudad apestada.

La sombra del gobernador ataja el corazón de todos.

* * *

"Creen que soy federal; no, señor; no soy de partido alguno sino de la patria". Eso dice el que tiene la Suma del poder en la mano, y es cierto en lo que niega. El, contra todos, sólo tiene un compañero de causa: Juan Manuel de Rosas.

Pero qué manera de amancebarse la suerte con él. Qué de ponientes pampas —miles ya— dándole bandera día a día.

Entretanto, como sus peones antes, el mundo no está seguro qué laya de hombre es éste. En él las contradicciones se hacen nudo. Lo más desaforado, detrás de una tranquilidad de mogote. No ríe nunca y se burla de todo; mejor dicho, sólo suelta a veces esa carcajada gruñidora que dice todo menos alegría — pero entonces no perdona a nadie. Y, como todo el que lleva la monotonía del desierto, necesita bufones, con cuya abyección mide la de sus cortesanos — aunque sean sus ministros o el de S. M. Británica.

Su vanidad, que se estira desde el incansable ensayo de su rúbrica "para dejar con la boca abierta a Luis Felipe" hasta su rivalidad con Jesucristo en los altares, — es lo más juanmanuelesco que hay en él, como lo sabe su madre: "Juan Manuel se hace de enemigos porque no oye sino a los adulones".

La brasa la saca siempre por mano ajena. No tiene esa debilidad tan gaucha por el sabor del fierro, ni la co-

quetería que más seduce a las masas, la del coraje; pero no lo hagan acordar del miedo, porque, ya de vuelta, se vendrá con todo el infierno en la mano.

Y tiene, acaso, y a pesar de todo, sus ratos de mujerengo. Su pavoneo y su crueldad, su fanatismo y sus celos, sus habladurías obscenas, su todopoder en la mentira y su nulidad en el amor... Negado, como el que más, para lo que sea hermosura, en cosas o almas, no siente a la mujer, y ha hecho de su acérrima esposa un Juan Manuel de faldas y de su dulce hija un cabo de órdenes.

Hombre llegado con un atraso enorme, no trae más que instintos. En él la persistencia, digo la costumbre, es genio. Su testarudez, de estaca. Trajo de su estancia "las extraordinarias" al gobierno y las llevará, con sus boleadoras, a su finquita de Southampton.

Sólo en la pinta se parece a los otros caudillos, sus habilitados, ya; es de otra cría. No sólo tiene el salto y la garra: tiene la frialdad. De ahí su capacidad de acecho; es decir, su aguante en la espera, aquí donde todos andan saliéndose de la vaina; de ahí la lucidez de su mirada para rastrear hasta en lo oscuro, y su virtud de hechizo; de ahí, también, su inmovilidad ante el ruego. Sí, es toda la emboscada y la astucia y hasta tiene a veces ese olvido juguetón de los grandes felinos... Pero no puede mirar a lo alto. No tiene horizonte: eso es todo. No ve más que lo que vió en la estancia. Defiende su país, porque defiende su gobierno, como una covacha. Lo demás, no existe, o poco menos. El conflicto entre el frac y el chiripá, lo resolvió poniendo a todos la camisa de fuerza. Las circunstancias lo imponen, pero él no sabe imponerse a ellas.

Y deveras que gobiernos como el suyo no son una sinecura. El gaucho que por veinte años apenas si se apeó del caballo para dormir, se vuelve el pendolista de diecisiete horas diarias de escritorio. "Es de absoluta necesidad que yo mismo la haga".

Elucubrando para la muerte, toda la santa noche, su

pluma, patrona de puñales y espadas, trabaja en un misterio de transustanciación: cada gota negra en arroyito escarlata. "Conforme à los Evangelios de Juan Bautista (sic) veinte gotas de sangre sacrificadas que ahorrarían mil, son bien derramadas y es . . . una crueldad no hacerlo". Y ningún enviado ardió en mayor fuego de catequización, acaso. Una fe para las tribus cobrizas del desierto y las negras de la ciudad, para el de poncho y el de levita, para el orillero y el gringo. Castra a las montoneras del Sur en sus capitanejos, para aplicarles la de los jesuítas — pastores de indios ovinos. Las opiniones parejitas como tuse recién hecho; las voluntades, como seda en la rienda. El que resiste es unitario, así sea el rey de los franceses. "Y los unitarios —amigo Ibarra— son los hombres más perversos que alumbra el sol". Hasta la muerte de su esposa se convierte en bandera de enganche: dos años de luto federal decretado por la Mazorca.

Mas se trata, ante todo, de un genial hombre de tablas. Nunca se oyó de tales agachadas de truco. Ha llegado al poder: "Vida privada, vida de honor. ¡Yo quisiera estar en ella, lejos del mundo y de su fiera saña!". Con su modestia herida: "La prodigalidad de los honores ha empujado a los hombres públicos hasta el asiento de los tiranos". De sus adversarios políticos: "Que de esta raza de monstruos no quede uno . . . Así está recomendado por el Todopoderoso". De la causa del mal público: "esa indulgencia excesiva con los unitarios". Decepcionado: "Primos, me falta la filosofía". A uno de sus generales, cuñado suyo, que se le queja de amenazas de la Mazorca: "¡Amigo, todos tenemos que defendernos! . . .". De Cullen: "este hombre feroz". A Facundo, su único estorbo en el camino, expedito ya: "Tenga cuidado con sus enemigos". A López, enemigo mortal del riojano: "Salga a saludarlo en el camino". Y vive amenazando con su salud averiada a la legislatura y los gobernadores, él, que a los setenta y tres años moverá bien su muñeca en el pial; él, con tal

plétora de vida, que precisa sangrías, aunque sólo mejora haciéndoselas a otros.

Con todo, el secreto de esa tiranía parece incomunicable, y el de esa alma también, y ni siquiera se sabe si son uno solo. Profundamente colonial, el nuevo encomendero es señor de esclavos, no de hombres, y se porta a toda hora como un enemigo personal del espíritu. Es su condena. Pero es un gaucho entre los gauchos, y sabe como ellos, aplicar el oído a su tierra para escuchar galopes invisibles, y esto, aun en hombre de tanto odio, semeja al amor.

Y así, lo peor del cuento está en que, tal como es, Juan Manuel de Rosas parece a ratos sólo el nudo de esa tradición de servidumbre y tiranía que vive su pueblo.

* * *

Esta es la ciudad y este es el hombre con quienes tiene que entenderse el presidario de Luján en su nuevo destino. Domicilio visado por la policía, y a no más de una legua de la pirámide de Mayo.

Corren los días, y en el espíritu del paciente las impresiones de la ciudad y del calabozo se oponen y confunden, por turno. ¿Cuál es más? ¿Cuál es menos?

Visita —por insinuaciones que son "un so pena de . . . de todo . . ."— a S. E., que, naturalmente, tiene el placer de no recibirlo, mientras su edecán tiene el de recibirlo "sin moverse de su silla, ni mudar de postura". Nueva visita —"imposible significar la repugnancia que yo..." — esta vez a la hija del amo, allí en esa calle que todos prefieren cambiar por otra desde el fusilamiento de Cienfuegos, por infracción al tráfico—, en esa casa sin guardianes, que tiene a toda hora un aire de medianoche, con su patio que denuncia las pisadas solitarias . . . Cuando regresa sabe el peligro corrido a causa de sus guantes verdes.

Llegan visitas. Aquí está, primero que nadie, su ex compañero Lamadrid, federal novato — el Pilón Lamadrid, que tiene, según muchos, un tapón de cáscara

de zapallo en la crisma agujereada... Otros llegan también, aunque los más se excusan. (Entre ellos, su ex ministro en Córdoba, el señor Sarrachaga, que a pesar de su prudencia, morirá en los degüellos de orden). Alguno, que escucha y mira con atención cargosa al dueño de casa, exclama al fin:

—¡Vaya, está visto que es usted el mismo que he conocido!

—¿Y por qué lo dudaba usted?

—Porque una prisión tan larga podía...

El secreto está en que, enemigos y amigos políticos, por motivos distintos, pero con la misma astucia bajuna, largaban la bola de que el calabozo había hecho ya del cautivo poco menos que un imbécil.

Pero en la ciudad aún quedan reservas del viejo orgullo porteño, o es el instinto de conservación que se abre paso. Una conspiración está en juego y el general Paz se informa de ella en una tertulia de señoras... Lo de siempre: el repente, la imprevisión, "el entusiasmo fosfórico", y consecuencias de todo eso, lo que el táctico sabe bien de antemano: "las vacilaciones" en el momento decisivo. El secreto está en miles de bocas. Así y todo, vienen a comprometerlo; él opone los reparos del caso; llega después el mismo Albarracín, patrón de la conjura, y se conviene en una entrevista para el día siguiente...

Al día siguiente, Maza, Albarracín y demás están presos. Dos días después, los restos del Presidente de la Legislatura —medio maestro y medio padre del Restaurador— asesinado en el recinto de las Cámaras, y los de su hijo, el coronel, fusilado en la cárcel, son llevados en una carretilla, a la fosa común, sin aviso a sus familias.

¡Esta, pues, de las caras desenterradas, y mujeres sin coquetería, y hombres de pechos hundidos, y calles y negocios parados, es la Buenos Aires que alguna vez cazó ingleses como ratas!

La opinión pública se halla a cargo de dos gaceteros que comprometen la gratitud de todo confederal. Aquí

está don Pietro d'Angelis, italiano tan frondoso de ingenio y de nariz, como pelado de escrúpulos, ex ayo de los hijos de Murat, y sobrino de un cardenal, si algo falta. Este otro, de "ojos parados y redondos de lechuzón", es Nicolás Mariño, Comandante de serenos.

Los jóvenes, que niegan al que niega el futuro, se han ido casi todos a soñar afuera. No faltan, sin embargo, madrigales al álbum de Manuelita, ni himnos en La Gaceta Mercantil al que regala sus sueldos de gobernador "para objetos públicos y de beneficencia". "El hombre", como le dicen sus allegados, esos que aprovechan o venden los secretos o las influencias del gobierno y se enriquecen con el agio. Todo "entre puros nosotros", como dice el paisano. El extranjero, digo el inglés, está entre los privilegiados. "Ser inglés, ¡qué pichincha!". ¿Y no le llaman El inglés a Rosas?

Entretanto, bajo el pabellón visceral del Degollador, los terrores en cada uno son como los fuegos fatuos en un pantano. Los pechos y los esfínteres se relajan. Las almas repugnan como cadáveres y se huye del contagio. Y allá en Palermo, son peor que sus verdugos los que buscan la mano del que humilla el corazón y la razón de los hombres, de ése que cada vez más corrompido por los que él corrompió antes, se apresta a usar todo su vigor constrictor.

Y hay un hombre que en su casa de puertas cerradas padece, como tantos, ¿por qué negarlo?, las humillaciones del miedo. Su música y su vocinglería inconfundibles anuncian el paso de la Mazorca. El general Paz palidece, deja su escritorio, se pasea un instante, se sienta y vuelve a levantarse, esperando al criado que acecha las afueras desde un sitio conveniente. Si suena la puerta de calle, el general avizora, sin ser visto, por una ventana que da sobre ella, listo, según el caso, para evadirse por los fondos a la aventura.

Miedo, el jefe de pulso perfecto en los combates, que "indiferente al peligro, acudía a los lugares más comprometidos. . ., las descubiertas, las avanzadas, lanzando

las reservas, dirigiendo las punterías, persiguiendo a los derrotados"; el que en Venta y Media se dejó quebrar un brazo por no darlo a torcer, retirándose casi al tranco en el ¡sálvese quién pueda!; el hombre a quien en Ituzaingó cedieron la derecha en la temeridad hasta los más locos... Sí, miedo. ¡La Mazorca!... Ser arrastrado por esos..., sufrir sus insultos y pullas, o alguna obscenidad sangrienta..., verse uncido al carro del retrato..., tener que gritar: ¡Viva el ilustre Restau...! ¡La Mazorca!

Pero el pánico herbívoro que el Restaurador desata se vuelve contra él y lo envuelve. Esa conspiración de los mismos que lo rodean (Maza era el contertulio mimado de su hija) le da a qué atenerse sobre la devoción federal y le quita el sueño. Está sofocada, pero no destruída, sin duda. Maza y los otros, muy mejores que su suerte, han guardado su secreto. Se sospecha, y no sin razón, de cualquiera; se trata de atar muchos cabos sueltos. Se acechan unos a otros. Cuando he aquí que llega el notición del alzamiento de ese paisanaje en el Sur, es decir, del mismo que le dió fama y caballo al Comandante de Sampaña para venir hasta el gobierno. ¿De quién estará seguro, entonces? Las mentas van empeorando día por día. Juan Manuel de Rosas no ha tenido ratos como este. Se habla de que su mismo hermano Prudencio es uno de los fautores de la cosa, y él lo cree y le descarga el más sacrílego de sus anatemas.

Pero una mañana el trasnochado vecindario escucha unos cohetes disparados por la policía... Los gauchos del Sud han sido vencidos —¡y lo demás!— por las tropas de línea del gaucho burgués que está en el Fuerte.

A las cuatro de la tarde, y aun con el ruido de la cohetería en los oídos, el general Paz conversa tristemente con un amigo en la pieza que le sirve de escritorio, cuando entra un empleado del gobierno y viejo conocido suyo a ofrecerle sus felicitaciones... Hay un momento de profundo estupor y de dureza, pero el equívoco se aclara: ¡las felicitaciones van por cuenta de su inscrip-

ción en la Plana Mayor activa del ejército! El agraciado se niega a dar fe, pero al día siguiente viene eso en una nota oficial.

Rechazar "tan penosa distinción" es cambiarla por la pena de muerte. Así, hay que escribir una carta de gratitud a S. E. y . . . preparar la fuga.

Uriburu, su ex correligionario y persona del gobierno, ahora, le habló un día, como sincerándose, de lo baldío de su antigua fe unitaria frente a ese hombre a quien la suerte lame las manos. Nombró a Guido, a Lamadrid, a Alvear . . . Después, en un impulso de amistad, se franqueó, con ese cinismo casi ingenuo de muchos débiles:

—Abandone, general, esa austeridad que puede . . . Haláguelo . . . y créame que . . .

—Coronel —respondió el amigo—, creo que cuando un hombre ha llegado a los cincuenta años . . . tiene derecho a no seguir otros consejos que los propios.

Halagarlo . . ., piensa después; ni siquiera es menester eso; ahí está la nota del gobierno ascendiéndolo de prisionero a general de sus tropas, mientras para tanto guerrero sólo hay la persecución o el abandono. Y como el conflicto con Francia es un hecho, la guerra se dirá contra el extranjero . . . y el argumento servirá para aplastar cualquier escrúpulo. (Cuando se hable de patria, no habrá para qué acordarse de la humanidad ni de los hombres . . .).

Por otro lado, ¿no se ha hecho con él otra excepción más extraordinaria? ¿No debe su propia vida, después de todo, a la clemencia del Restaurador? . . . El general Paz sonríe amargamente.

Y mientras la Mazorca comienza a echar de menos la presencia del neófito en sus fiestas y ritos, a él le queda lo más duro de la prueba. Los ruegos de aquella que por él no trepidó en profesar de rea en un calabozo por espacio de años; la que sabe guardar, como muchos varones no lo hacen, los más peligrosos secretos, y sabe ser más mujer en los trances más intensos, y esconderá lo

angustioso con el coqueteo de su ternura, para escribir al desterrado: "Pepe Torres me encarga que te dé muchas expresiones, y que te diga que estoy tan mal enseñada, que no puedo estar sin vos". Margarita, con su menoridad de veinte años, que hace de ella casi una hija, y que pide por su amor, por su hijo, y que habla, talvez con inconsciente y bendita astucia, de "un presentimiento terrible".

El viejo guerrero se yergue al fin con el más difícil de los corajes, para él, y por toda respuesta la noble criatura se levanta del sofá en que se arrojara desesperada, para preparar los avíos del prófugo.

Lo que sigue es un episodio de novelón romántico, como tantísimos de la época. Catorce fugitivos, desconocidos unos de otros, conjuntados una noche en un caserón cuyo fondo da a la playa, que atraviesan con el Jesús en la boca, y una ballenera esperando a la distancia y que recoge al fin uno por uno a esos que vienen con el agua al pecho y el atadijo de ropa a la cabeza, y llegan jadeando fuerte porque el barro traba más que un par de grillos. Y mientras los remos empiezan a descontar paso a paso el peligro mortal en el camino del agua, el más ensimismado de los huídos piensa, una vez más, en que no todo es roña en el corazón del hombre, recordando a esos mazorqueros que a veces ponen sobre aviso a los mismos que deben perseguir, o a este amigo sentado junto a él, que hace un rato apenas, en un vertiginoso instante en que se creyeron descubiertos, exclamó: —¡Estamos perdidos, general! — y volviéndose al patrón del contrabando: —Ocúpese sólo de este hombre y trate de salvarlo; los demás importamos poquísima cosa.

VIII

Caaguazú

Amigo, ni naides es menos nada,
ni nada es menos naides.

JUAN PABLO LÓPEZ.

Puede creerse que si alguna vez un hombre inventó un ejército, ese fué el general Paz en Corrientes.

¡Qué mueca de la suerte, señores! Doscientos fusiles de chispa que no la dan, unos barriles de pólvora mojada, es el recuerdo que le ha dejado, con más desprecio que mala voluntad, su ex compañero Lavalle antes de botarse al Paraná para llevar aquel susto prodigioso a Juan Manuel, pagado tan caro por los pueblos. Tres jefes de inepcia más o menos decorativa, veinte reclutas, un puñado de gendarmes, y ya están echadas las bases de un ejército.

Menos se precisa, acaso. para llamarse iluso. ¿Y quién sabe lo que es este hombre de palidez carcelaria? Nueve años, en efecto, ha sombreado en los calabozos para salir ascendido a general de los ejércitos de Rosas . . . Escapa codeando la muerte. Y cuando allí en tierra forastera, recibido oblicuamente hasta por compañeros y amigos, le llega al fin, junto con el llamado de Corrientes, la esposa a quien hizo novia con la promesa de jubilar su espada, se decide, ¡qué hacerle!, al perjurio terrible: Hija, esto es más alto que los juramentos. ¿Cómo un hombre indigno de los otros podría no serlo de ti? Y Margarita, ahijada del peligro, ella cuya luna de miel la eclipsó un calabozo, ella que se defendió, irresistible casi, con el balbuceo y las lágrimas de sus cria-

turas, se resigna al fin. Margarita que tiene la palidez y la entereza de las perlas.

* * *

Allá en Villa Nueva estableció al fin su cuartel general. Poco a poco el risible plantel ha ido creciendo. Arduamente, porque después del partido de los cuatro mil libertadores de Lavalle y de la caudalosa hemorragia de Pago Largo, la provincia estaba exangüe. Tierra de pastores y labradores, se alzó de nuevo, sin embargo, hasta con lanzas de tijeras de esquileo.

Un día y otro fueron llegando de la campaña paisanos que conocían un fusil sólo de vista y un sable de mentas; muchachotes los más. (Los escueleros de Paz —reían los enemigos—. No han quedado más que los chicos de escuela y han tenido que enrolarlos). Son quinientos ya. Ochocientos. Mil doscientos...

El alma del general se ha ido criando también. Qué apreturas, amigos. Apenas si hay algo que no lo desayude. Los futuros soldados, orejanos de marca y de señal. Una flacura de avíos que casi da risa. Jefes y oficiales, que son ochos y nueves de baraja. Entrega sus seis cañoncitos a un Martínez que sólo "sabe que el cartucho y la bala se meten por la boca del cañón", ciencia bastante a autorizarlo el mejor artillero... Al primer batallón lo improvisa sin cabos, sargentos ni oficiales. ¡Qué quieren!

Y después, el patrón del ejército, el calafate Ferré, el gobernador Maceta, como lo saludan los pasquines oficiales de Buenos Aires. He aquí un varón de prendas, sin duda, entre sus pares de la época: gobernador de provincia, no es un cuatrero fiscal, ni un confiscador de vidas, ni siquiera un analfabeto. No me digan que es poco. Cierto que se aniña con sus bordados de brigadier, él, que jamás olfateó un combate, pero la suerte de sus paisanos no es para él un mate frío. Sin embargo, las menudencias lo manean. La formación de una maestranza, el racionamiento de tabaco y de yerba, el pago de algún

dinero a la tropa, todo eso suele parecerle un despilfarro. La distribución de sables a la tropa, ¿para qué? Les serán entregados en el momento de entrar en acción... Un día su escándalo es grande porque sabe que el general ha dado dos tragos de aguardiente a la soldadesca aporreada por un aguacero. Y sobre esto, el señor Ferré tiene el genio insumergible de la discusión. No importa que hoy haya agotado sus argumentos y se entregue; mañana los reeditará con más brío.

Ya comprenderéis qué paciencia de hormiga y qué labor de mar el general debe echar al saco de los días para sortear tales escollos. Hay momentos en que sus hombros parecen ceder bajo la carga profunda, pero de nuevo un empuje de ala se le alza allá dentro cuando piensa que la libertad se ha refugiado en su espada; y una fiera ternura le viene por aquel ejército que ha ido como sacándose de su cabeza, de sus entrañas.

Ahí están, cada vez menos indignos de su nombre, sus soldados; aquellos que en plena marcha rompían filas por su cuenta para echarse a beber agua; aquellos que un día se dispararon como cuzcos que oyen cohetes a los primeros tiros de la guerrilla enemiga; aquellos tan ariscos que cualquier sugestión de disciplina caía en sus almas como un gato muerto: todos han ido cediendo palmo a palmo al aupamiento del jefe.

Atarean su interés del primero al último detalle de la vida abigarrada del campamento. El ejercicio cada vez más duro, cada vez más tenaz, bajo los solazos o los aguaceros, y aun en las noches de luna; los vivaques en el umbral de la noche; el grito repercutido de los centinelas; los tiros de fogueo aguirriendo hombres y caballos; los veterinarios curando con ensalmos del bosque; los afanes de la carneada o la maestranza; la pólvora que ha de oler como pañuelo de novia para el guerrero, o el locro guacho de algunos días; los cañones que mira con emoción ceñuda, mientras llega del soto el canto de los pájaros patrios.

Ahí están sus soldados, tal como van saliendo de sus

manos, día a día. ¿Tendrán ya los quilates precisos? Los conoce uno por uno. Oye sus disputas o sus charlas en que a ratos el guaraní restalla sus sílabas de plata, agudas; oye sus carcajadas de niños feroces. Los ve despiojarse uno a otro como comadres o botar al río sus cuerpos retobados de intemperie que mueven en el agua con soltura de zurubíes.

Ahí está uno haciendo el elogio del naranjero de a libra a otro que luce dos cicatrices y una medalla de la Virgen al pecho; allá otro que pasa castigando su caballo con el sable desnudo; y éste que dice: **Che, mi general**. . .

Al cabo de la jornada, en torno de las hogueras que espacian no sé qué cordialidad de hogar chúcaro, se apretujan hombres y sombras. Se comenta, con chisporroteo de sal gruesa al fuego, las peripecias del día; se detallan sucedidos de jaguares y yacarés calcando las voces o los saltos de las bestias; alguno cuenta, remachando de juramentos indígenas su relato, del chancho del monte, que capa de una colmillada; un veterano sentado sobre sus talones, resucita percances legendarios que las mujeres (también hay en la rueda) santiguan con un ¡bienhaya! o un ¡noramala! Y no falta, es claro, el lenguaraz que saque un recuerdo más para Berón de Astrada, gobernador y mártir —¡correntino, señores!—, el primero que enseñó a los otros cómo muere un hombre. Un milagro, si los hay, pero cierto como la luz, che amigo, y bien sabido, por lo demás, de tantos. Desembarcado en Goya, para comenzar esa guerra contra el tirano del Entre Ríos y el otro —¡que los trescientos diablos carguen con ellos!) y cruzando la playa, su zaino asentó la mano izquierda en un charco. Como ustedes saben, no había mataderos y se carneaba donde quiera, como ahora. Pues sucedió que saltó un chorro de sangre marcándolo con una lista colorada que partiendo de la pierna derecha acababa. ¡Dios me guarde!, justito en el corazón. Mirá, Gregorio —dicen que dijo el pobre coronel al compañero, poniéndose pálido—, **¿curioso, no?** . . .

Y mientras el amargo va de boca en boca, como un chisme, en alguna guitarra que empieza a sonar, no se sabe si es un amor de hombre o la patria engrillada la que gime.

Y cuando más tarde los soldados roncan el sueño duramente ganado, el general, que sacó como el que más su jornada vigilando desde el tiro de cañón hasta el manejo del machete; inspeccionando desde la cocina a la maestranza; presidiendo la academia sucesiva de oficiales y sargentos, el general vela en su tienda, escribiendo a la ausente adorada, o ultimando el resto de su cautela y su aguante en su correspondencia con el señor Ferré, que obliga a un quintal de argumentos para convenir sobre una friolera de dos adarmes, o en sus respuestas a ese general Rivera que manda cartas sin ortografía y sin verdad.

* * *

Moreno y de cachetes bolas y ojazos oscuros —tiene un jarro de sangre india en las venas—, sonrisa campechana y el dicharacho a la mano, ese que viene al galope, de sombrero redondo y faja carmesí, con su recado alumbrando de plata y sonando a guerra, es el hombre que derrotó al porteño Dorrego en el Guayabo y el gaucho más profundo de la Banda Oriental, que él se conoce árbol por árbol y sendero por sendero, personalmente. Jinete como un abrojo y con una desconfianza de tuerto, no se manea en las cuartas ni en las arrancadas más imprevistas. Mentado de mano para la taba o el lazo como de cojones en un enredo de peligro o de naguas — don Frutos, como lo nombran los contrabandistas riograndeses, sus amigos, gana la derecha como arriero de hombres aún al mismo Artigas, y en los pagos uruguayos, el que no es su hijo es su ahijado o su compadre. El padrejón Rivera!, le grita Rosas. Receta a las mujeres; dice che, a los viejos; convida su cantimplora al negro. Los indios le piden la bendición. En los apuros él es el salvoconducto de todos.

Dicen que Juan Manuel de Rosas le tiene envidia por-

que es tan gaucho como él, por lo menos, mas no derrama, de puro vicio, sangre de cristianos — si bien es cierto que entre sus laderos están hombres como Gauna, ese que dirá más tarde de su deuda de almas: "Por mi cuenta, llevo ciento treintidós".

En los entreveros, donde entra sólo con su rebenque chapado, está en su centro, o ahí en el fogón, junto a esos gauchos de harapos que maltapan sus músculos soberbios o ese sargento que cuenta riendo los ruegos del que mató; junto a esas chinas de armas llevar, linda, más de una, como un pastizal florido y con firmeza de daga en el quiero, que gastan tabaco, tienen celos de pumas y paren en las carretas o los pastos; ahí, mientras suena la guitarra que empareja las almas, o la murga de guerra (que le gusta tanto como los confites a Lamadrid), sirve para lucir las tabas en las mudanzas de un malambo.

Se habla, y es cierto, de un combate que libró con sólo sus ahijados, y de una división entera que él rindió con una mentira. Porque, eso sí, las del truco, las usa en la guerra y la política, y sus enemigos no necesitan calumniarlo.

Hechura del contrabando y de Artigas, a quien abandona a su suerte cuando le ve los pies a la sota, entra al servicio del que rebaja su patria a provincia imperial y lo asciende a él a barón. Pero cuando convidado por los Treinta y tres, el Uruguay para bandera, el barón de Taerimbó prefiere ser brigadier argentino. Poco después, el baquiano se llama S. E. el Presidente de la República.

¿Para qué decir, ahora, que el general se mostrará bueno y medio en una guerrilla y más que chambón en una batalla? ¿O que su administración y su política olerán a timba, a fogón y a entrevero? Gobierna, de veras, desde su campamento nómade y Montevideo es sólo su aduana. El y los suyos son el fisco, y los demás dejan rodar la bola. Allá van sus órdenes, hasta para el pago de sus deudas de carpeta. "Hablemos claro —dirá un día—, Montevideo soy yo". Unido a los unita-

rios, pero con la herencia de la ambición artigueña en la cabeza, engañará a Berón de Astrada y a Ferré como antes a uruguayos y portugueses, o todavía a Paz, o se ofrecerá a Rosas. ¿Contradicciones? ¿Felonías? No, todo eso se cae de su poncho como barro seco.

* * *

Ese es, pues, el aliado y protector del gobierno correntino, ese el hombre a quien el general Paz debe dirigirse como a jefe.

Naturalmente, ya ha faltado en redondo a su palabra de ocurrir en auxilio de Corrientes cuando la reciente invasión de Echagüe, como lo hará a la que da de cruzar el Uruguay con sus tropas antes de dos meses. El resentimiento con el jefe argentino proviene de no haber podido enredarlo —¡qué me dice!— en el telar de sus matrerías.

Desde luego, los argumentos son otros. ¿No acaba de descubrir que el hombre único que compromete a los demás a esperar contra toda esperanza, el amigo insobornable de los que resisten, es un traidor a su causa? Nada menos... Si el señor Ferré necesita pruebas, ahí va esa carta secuestrada.

Tranquilamente, sin ademanes de actor, el general entrega el mando de las tropas.

Pero se trata de una chicana tan zurda en su crudeza, que ni el muy quisquilloso señor Ferré se deja agarrar, y el hacedor del ejército tiene que volver a su frente con todos los honores del caso.

Ahora sube a las tablas un personaje destinado a la más ancha nombradía: don Justo de Urquiza, ex unitario, actual comandante de la costa del Este, y tenido por rival de su gobernador Echagüe y por hombre dispuesto a volver el anca a los suyos. El general Rivera, que ha entrado en contacto con él por mediación de un amigo común, se dirige a Paz, quien acaba de reclamar su concurso ante la invasión inminente, asegurándole que la tal no se producirá, y aún confía en su promesa cuando el general Echagüe está pisando tierra correntina.

Paz medita: ¿Rivera quiere justificar su inercia o es el más cándido de los hombres? Acaso ambas cosas, porque estos zorros de la pequeña intriga suelen ser tórtolas en los altos negocios. Por lo demás, tienen una idea muy aventajada de su astucia estos jefes entrerrianos que quieren jugar con taba de dos suertes.

Pese a todo, la fe en la defección de Urquiza es grande y el general Paz se ve obligado a tentar el camino. Ya veremos qué destino corre su carta.

Un cuñado y socio de Urquiza inicia nuevos arreglos bajo el poncho. Llega beatamente a Paz la propuesta de retirarse al extranjero a gozar de una pensión digna que le acordaría la Federación en premio de tan generosa deferencia.

Es claro que todo esto se complica con arcanos de la política casera de Corrientes. Los hermanos Madariaga —una buena yunta— quieren hacer a un lado a Ferré y no trepidan para ello en aprovechar la desinteresada ayuda enemiga...

El general cala sin esfuerzos estas bellaquerías desarrapadas. No puede castigarlas, empero, y ha de conformarse con dar jaque a sus autores y promulgar un bando imponiendo la última pena al que mantenga comunicaciones con el enemigo.

(Todos los papeles pertinentes a este juego oblicuo de Urquiza, de que Rosas está bien al tanto, serán hallados entre el equipaje de Echagüe, en una cajita devotamente punzó, después de Caaguazú).

El general Paz se entrevista con Ferré para convencerlo que el mayor interés de su política de adentro está en vencer al enemigo de afuera. Por empeños suyos, se funda un periódico dirigido por Derqui; se emite una cantidad suficiente de papel moneda, garantido por subscripciones voluntarias, que se mantiene a la par del metálico; se establece un correo periódico a Montevideo; se activa allí, y se logra, la venida de varios jefes y oficiales argentinos.

Desligado a medias de tantas ataduras, puede poner

más de lleno su ojo y su mano en ese ejército en envero.

Aquí la otra cara de las vidas fuertes, el lado pudorosamente humano que la fama no publica, pero que la grandeza suele visitar en traje de casa. Resistencia porfiada a las pequeñas lástimas que lijan más que las grandes, a las miserias de cada día que gastan los caracteres hechos a las pruebas más duras, como la herrumbre compromete al hierro que resistió a todos los golpes.

No es poco lo que se ha hecho, sin duda, pero aun se está lejos de lo preciso. Raleaن menos los recursos materiales, el ejército ha crecido, jefes y oficiales han llegado en buena hora. Pero qué afán para juntar lo disperso, qué resistencia de la materia bruta a la mano del forjador. Lucha terca, prolija, agotadora, día a día, minuto a minuto, contra el instinto cimarrón del soldado, contra las rencillas o los celos de placera de los jefes, contra los prejuicios y la ceguera de todos. Y él que quisiera forjar ese ejército al modo de un arma, de temple tan sutil, de empuñadura tan firme que pudiera confiarse en ella sin apuros.

De juro está lejos de eso, pero, ¿responderá siquiera en la medida de lo indispensable? Acaso.

* * *

¡Ah!, en medio de la incuria y la irresponsabilidad de todos, se siente, allá en la cumbre de su corazón, tan solitario como Robinson en su isla.

¿Padecen su pena los demás? No la sospechan, acaso. Patria, hogar, no hoguera; tierra de hombres, no de gusanos. ¿Y qué es la suya ahora? ¿Qué pesadilla jadeante de odio y de miedo en su tierra? De un lado, un hombre repugnante como una oruga y terrible como el desierto: y su odio paciente, inacabable, odio frío, que no pestañea, como el de las víboras: y su apremio cada vez mayor de sangre fresca para que no desmaye el rojo de su divisa. Del otro, la sumisión haciéndose espontánea, profunda, celosa; un silencio casi místico en que sólo se oye el rumor de la delación como una plegaria;

criaturas con figura humana, ofendidas no ya en sus cuerpos, sino en lo más caro de sus almas, en lo más insobornable, perdiendo aquello después de lo cual la vida humana sólo puede ser un castigo . . . ¡Ah!, él ha visto eso de cerca, de cerca, y ha sentido tiritarle las manos inútiles e hinchársele el corazón y la frente de una vergüenza más terrible que el sol.

* * *

Llega, rodeado de la respetuosa curiosidad de todos, un indio de talla insignificante, pero con una formidable cicatriz —la inconfundible marca del juguareté— que le baja desde la carretilla hasta el busto desnudo. Es Colompotó, el famoso baquiano guaraní — un "salvaje unitario".

La necesidad de vengar a un hermano devorado en el bosque, lo ha hecho tigrero. Son ya más de cien, y algunos cuentan doscientos, los overos enhebrados por su chuza. Mas, educado por los jesuítas como Dios manda, tiene sus letras y sus números y hasta el poco de astronomía que los frailes enseñaban al indio "por táctica, para distraerlo de las cosas de la tierra". Y así, sumando ese tanteo de las estrellas a su profusa ciencia de la huella, del pasto y del viento, ha llegado a ser el señor de los caminos del bosque. ¡Carai Colompotó!

Este es el hombre que parte con una carta del general, y filtrándose por caminos sólo conocidos por las yararás o las antas, llega a ponerla en manos de Lavalle, a cientos de leguas.

* * *

Entretanto, el enemigo, que se había retirado meses antes, empuja de nuevo la frontera.

Nuestro jefe siente que el arrimo del peligro despabila a sus tropas como un vientito de madrugada. Momento agudo. La suya debe encañonar aquellas voluntades, meterles su llama y su soplo.

Y ahora, ¿qué hombres ha mandado el ex patrón de

los Cerrillos que acaba de batir todo el campo argentino en la más lucida de sus hierras, qué domadores manda sobre esa Corrientes, que a pesar del lazo y de la marca, vuelve a alzarse por tercera vez, más cimarrona que el viento? Don Pascual Echagüe, hombre de estrado, dicen, de más suerte que baquía en la guerra, que no es un montonero de ley ni un angurriento de sangre enemiga. Con todo, es el ganador de Pago Largo, esa apuesta a favor de la libertad cobrada a los correntinos, tan sin asco, que hasta los pastos del desierto tiritaron con las noticias que arreaba el viento: el degüello de todos los oficiales unitarios para federalizar el campo de la victoria en honor del Restaurador; la espalda que no supo doblegarse de Berón de Astrada lonjeada para aquella manea que en el salón de los recibos de Rosas se expuso como una obrita maestra de arte local.

Cuando, siguiendo a la primavera, el jefe enemigo entra en Curuzú Cuatiá, el general Paz deja su campamento militar y se retira lerdeando al norte. Su silencio rumia inquietudes mal veladas.

Su confianza en los suyos es bien flaca. ¿Qué hará con gentes sin pecados de bala o de lanza, frente a soldados que los doblan en número, y ahijados de la guerra? ¿Qué hará para restablecer el equilibrio? Nada que esperar de un entrevero a campo abierto y a coraje cerrado como todas las batallas que el país ha visto.

¿Puede perdonársele ahora que ponga más fe en su cabeza que en sus huestes? Y bien, señores, buscará por aliada a la geografía: los ríos, los esteros, los caminos, los montes, aceptarán sus órdenes serán hilos y nudos de su red. El que estrangula, eso era un estratega entre los antiguos. Arte de serpientes y de domador de serpientes: sinuoso y frío.

Quiere ganar el río Corrientes. ¿Por qué este rodeo inútil por la derecha, sin tomar el camino más corto? ¡Canejo!, se malhumoran sus tenientes semi-gauchos. El arroyo Payubre, cruzado a nado, cubrió la retirada. El enemigo le viene pisando los rastros . . . ¡Todavía no!

Ahora oblicua de nuevo a la izquierda. ¿Para qué? He aquí el Corrientes, orondo neutral, su cómplice ya. Lo cruza por el paso de Caaguazú, se interna en diagonal, se sumerge a lo lejos. A guarecer la capital, de juro... No, se retira, reloj en mano, a la distancia justa que puede tapar en la mitad del tiempo que el enemigo eche en pasar el río. Ahí está, borrado por el bosque y las quiebras, en acecho de los tres pasos que pueden tentar al invasor. El de más arriba lo defienden los camalotes, solos. Sin embargo, Echagüe acampa frente a ése.

Aguaitamiento mutuo por días y más días. Vuelta a vuelta, amagos y tiroteos de ambos lados, aunque el mismo es siempre el que busca la boca. Vaya, pura alharaca, no más. El Manco se sonríe a sí mismo. En efecto, sólo quiere foguear a sus bisoños, que nunca han enfrentado estas cosas. ¿Una batalla, muchachos? Pues algo como eso, nada más.

Los soldados comienzan a creer que el general ha ganado estatura. Su voz empuja como una mano. En sus ojos, un relumbre de filo.

Cobra al tiempo como un acreedor. Encajona entre sus escuadrones ya diestros a los milicianos que van llegando. Pone a raya las agachadas de sus jefes gauchos y los comadreos de los que buscan su privanza. A ese nene testarudo que es Ferré, le arrima el cuco del miedo para quitarle las tropas de ornato que retiene en la ciudad. Echa guerrillas con pies de gato al otro lado del río para saludar por la espalda al enemigo o escamotearle el ganado. Paga con un sable de honor la hazaña de un oficial "en nombre de los amigos de la libertad". Al soldado de más temple: "una onza de oro". Atacado de fiebre, toma sin miedo, por no manchar a la humanidad con tamaña sospecha y desoyendo al gobernador, los brebajes de un médico de fama borgiana. Manda fusilar a un comandante tránsfuga. Su abuso de confianza con el enemigo ha llegado al grado de coparle entera, sin ruido, una fuerte guarnición que dejó a la retaguardia, y hasta descaminarle sus chasques.

Pero he aquí, hurgando esa correspondencia, que recibe este puntapié en el filo de la canilla: la noticia del desastre de Lavalle. ¿Bajo cuántas llaves guardará tal secreto? Inútil: acaba de llegar una división de esos cruzados, después de meses de jadeo a través de selvas y de ríos de perdición, a la zaga de su baquiano indio. ¡Carai Colompotó! Con polvo de derrota vienen, es cierto, pero ganosos de sacudírselo.

Entre ellos el general ve a un oficial que al estrechar su mano se estremece y vacila sobre sus pies hasta el desmayo. ¿Un sacudón de chucho? . . . Que atiendan a este hombre. Nada, es el capitán Acosta, el hombre del destino que diez años antes cazó como un ciervo al domador del Tigre de los Llanos . . .

Y bien, ¿el general Echagüe no quiere pasar adelante? ¿Se ha amodorrado en la otra orilla arullado acaso por este río brujo que pasa bisbisando canciones o leyendas guaraníes mientras juega con sus camalotes y sus yacarés? ¡Habrá que despertarlo, entonces!, a pesar de esa carta del general Rivera, en que las faltas de redacción, ¡ah!, no eran las peores. ¿Cómo dice el prócer? Que no arriesgue, por su vida, encuentro tan desparejo; que antes de veinte días estará él de este lado del Uruguay con cuatro mil jinetes? Y de yapa un puñado de consejos, ¿no? Ah, contrabandista de caña y de tabaco, ahora de pueblos, estratega de fogón, ¿todavía con tus trápalas de tahur después de Pago Largo, en que el juego se te vió a la legua? Esta vez hay quien te sabe de memoria.

El general Paz, que, no hay que decirlo, ha espulgado el terreno hasta el último doblez y contrastado hasta en sus milésimos todos los albures, va a saltar el río esta noche. Todas las órdenes están impartidas ya.

Los aprestos comenzaron con el día, uno de esos días gruesos de luz y encapotados de calor que el verano correntino anticipa a la primavera. En lo más hondo de la siesta fué, de golpe, un borbotón de cañones y fusiles. Allá por el paso de más arriba, la gente federal, bajando en tropel a la playa, enviaba aquel saludo por encima

del río. Algunos infantes respondieron de este lado, reculando al fin, dejando un puñado de muertos y heridos. Sin embargo, los agresores volvieron a su campamento tras del sol.

En aquel amago a fondo, que hubiera parado a cualquiera, la cabeza del jefe ve sólo otro sí a su plan. Por lo pronto, no es cosa de que le ganen de mano. Después, un detalle profundo: hombres y caballos, castigados sin asco por el sol en sus mejores horas, dormirán esta noche el sueño de los benditos.

A la par de la oración se intensan los aprestos retardados dos horas por la refriega de la tarde: acercar las canoas al agua, asar la carne para la ración de fiambre del día siguiente, desmontar la artillería, enfilar a mano en la playa algunos cientos de cueros vacunos. El pasaje va a iniciarse simultáneo por varios pasos distintos, para ganar tiempo. Bien metidas ya en la noche para esconderse mejor del enemigo, las divisiones se arriman a la orilla. Se ha explorado ya la ribera opuesta y sus vecindades. Nada. Dos leguas más arriba, el buscador de la tarde aprovecha su sueño bien ganado...

Ahora, en esta noche de mediados del siglo diez y nueve, aquí, en un río de América, las estrellas espían una escena de magnificencia pintoresca y brutal, algo no visto desde los tiempos que en la otra Mesopotamia trajinaron esos asirios, cazadores de pueblos. Formados en orden ante el río, que desliza vigoroso y suave su paso de jaguareté, los soldados desmontan, desensillan, se desnudan, y formando cada uno a modo de una gran pelota con el cuero vacuno aviado para el caso o con la propia carona, mete adentro montura, vitualla, ropa, munición y armas, la sujeta bien con un torzal, y está listo. Un brinco al caballo en pelo y otro al agua. Río adentro, cuando aquél pierde pie, el jinete se tira a un costado, agarra la crin o la cola de su caballo y nadan los dos con la gran pelota a remolque. No se olvide que estamos en Corrientes. Los cañones, el parque y los pocos que no son hombres de agua, van en la bandadita de canoas.

Y aunque eso no entra en sus hábitos de varón con veinte años de guerra a la espalda, el general tiembla adentro. ¿Qué quieren ustedes? Han atropellado a fondo su pecho tantas cosas agudas. ¿Su reputación de general? ¡Chite! . . . ¿Su esposa, allá lejos, con el corazón en vilo? ¿Diez mil hombres, que mañana sorteará la muerte, hermanos suyos? ¿Una derrota posible con un río bravucón a la espalda y al frente un enemigo hecho a convertir la victoria en patente de degüello? . . . Pero es inútil tener miedo. Sí, todo eso, sin duda, y mucho más todavía: un pueblo volviendo ojos de súplica final a su espada.

Y mientras el peligro ronda más intenso y el destino mismo, provocado, pestañea, las estrellas se han ahogado en el río en que el resollar, manotear, rebufar desaforado de tres mil caballos que nadan a la vez, sacuden a la noche con insolencia de viento.

Día lívido como el riesgo, el de hoy, vivido minuto a minuto, en expectativa enconada, por mozos que van a reñir su primera batalla — soldados que nunca han hecho la venia de ordenanza a la muerte que vuela sobre las cabezas.

El general ha puesto su ojo profundo hasta en las minucias —no las hay para él—, hasta en los caballos de su infantería atados a soga a retaguardia.

El enemigo, que, contra lo esperado, sólo se mueve apretado y lento sobre la división que se adelantó a tentarlo, se hurta así a la zancadilla alistada.

Los primeros contactos de la tarde se aprietan a boca de oración. Ya están los bisoños metidos en el combate — agua fría que corta el aliento para sacar después el contragolpe de la sangre y del coraje.

Y he aquí que, con entusiasmo de mozos, las partidas avanzadas de ambos ejércitos han ayuntado voluntades. Con novelería de muchachos celebrarán la más rangosa de las fiestas. Combatirán bajo la noche. Atrincherados en ella, agazapados como en un bosque o un zanjón. Noche negra como la pólvora. Fiebre que soca-

rra el llano y las fauces. Atmósfera pringosa. El río, no lejos, paraíso de frescura, inalcanzable. Y la muerte, es claro, mucho más traicionera en lo obscuro.

Por horas y horas, en tres mil varas de sombra, arriba, inventado por los fogonazos, azorando a la noche, un violento jardín de magia negra y de muerte; abajo, el cascabelear de la fusilería, fiestero; el pataleo de los caballos, revibrando en los tambores; las voces de mando, melladas de porfiar; los clarines, roncos ya. Hasta el Corrientes jadea.

Allá, en la media noche, el general Paz, picado del empeño rosista de prolongarse sobre su derecha, revisa nuevamente el campo y tropieza con la receta que buscaba. La cosa más sencilla: un estero, que ya miró antes y descubre recién, medio atrás y medio al flanco de sus tropas, un estero separado del río por un abra que se angosta en embudo. Una insignificancia, como se ve, pero basta.

"Mi caballería de la izquierda, se dice el general, atacará en falso a la derecha enemiga, se replegará después, a escape, hacia el fondo del embudo, pasará el estrecho y volará a reforzar mi ala derecha. Uno de mis batallones, trancando entonces el estrecho, aunque sea a fuerza de cadáveres, fusilará a quemarropa al enemigo embolsado, que otro de mis batallones, agazapado en el estero, asará de flanco a mansalva. Apeada así esa inatajable caballería de Servando Gómez, la flor de toda la milicada federal, tengo lo demás en el bolsillo".

Llama después a sus jefes, y sobre el terreno les explica la lección con ahinco de maestro de escuela.

Las dos de la mañana ya. Se cansa el fuego de las vanguardias. Es preciso una tregua para el encuentro del día siguiente. El general Paz lleva cuarenta y cinco horas de vigilia. Entonces los suyos, con buena sospecha de lo que importa si esa cabeza que es llave en las batallas no está buena al otro día, lo fuerzan al reposo.

La noche, calurosa como una vergüenza, maltrata las fauces.

Y el general, tendido en un lecho de ponchos, piensa en ese aliado suyo que ha metido en las filas rosistas: la sed. ¿Sed de sangre? No, de agua sólo... Y escuchando, ya desde la orilla del sueño, pisadas de caballos que se acercan y se alejan del río, esboza como una mueca de ternura: son algunas de las mujeres de sus soldados que burlaron su orden de no pasar el río, convertidas ahora en un aliado de guerra: aguadoras de los soldados de avanzada, que el enemigo jaquea menos que la sed.

* * *

Los reclutas libertadores vieron al frente a la aurora alzar su gorro frigio. Allá lejos, un monte color hierro se puso de pie.

... Todos están pálidos como ante una mujer demasiado hermosa. Los más se preguntan si esto será miedo, con miedo de tenerlo. Pero el entrecejo de los jefes endurece los biceps de los soldados, remacha sus corazones. Brillo de aceros y de ojos. Piafar de los cascos repetido en los pechos. Terror y gozo, ¡qué mezcla! La bandera como un pañuelo que convida o despide: Una voz. Los clarines. Y todos, de un salto, en el redondel de la muerte.

Tres horas de baile ya. La sonrisa innumerable del sol en las espadas que trabajan con gozo feroz. Las columnas de humo balanceándose sobre los cañones con su gran sombra roja. La fusilería con chisporroteo de agua en grasa hirviendo. Los clarines repercutiendo en los relinchos. Y la muerte —un aleteo— en las nucas.

En los oídos de los más resuenan aún esas palabras del general, que les sujetó el aliento: Soldados, voy a daros una gran noticia... Y después el espolazo... ¡el honor de dar la primera carga!

Un sargento acomete sin dar la voz de mando a su pelotón, que lo sigue lo mismo. Salta una mano de un brazo sin soltar la espada. Un capitán grita: ¡Adelante, en nombre de Dios... o del diablo! Algunos soldados rezan adentro. Una bala de cañón abre un bo-

quete en las filas: ¡Aprieten filas!. Se retuerce un agonizante carbonizado de pólvora, encendido de heridas. Juramentos. Jadeos. Por dos compañones sumidos, hay muchos corajes de bola perdida. Ruegos. Los heridos o moribundos deliran: No me rindo... ¡Ganamos! Gritan. Blasfeman en guaraní. Lloran por la madre. Piden aguardiente. Y sobre ellos y los demás, el sol en guerra. Un caído, con alarido que asusta a los redomones, aprieta el palo de la lanza que va a ensartarlo. El brazo roto atado en cabestrillo, un veterano se persigna con el sable desnudo y atropella carcajeando a hueco. Los corazones quieren recular, de nuevo, pero se fusila lo mismo el miedo a quemarropa. Y mientras ellos meten fierro, las chinas alcanzan agua o municiones o socorren a los heridos. Sobre eso, el sol todavía. Hombres y caballos lavaditos de sudor. El humo, el polvo y el vapor de la sangre y los orines forman un solo incienso. Sobre el estero, muchos novatos disparan chambonamente al aire. Soldados que se enredan en sus propias entrañas como bagual que cocea las boleadoras. Caballos con las manos quebradas, relinchando su espanto. Allá una mujer, un perro aquí, llorando a sus dueños. Una lanza que sirve de muleta a un despernado. Sudor barroso, salivazos de sangre. Y todavía, como de manga de langostas, el silbar de balas y espadas.

Allá en los bajíos que disimulan a los infantes y cañones correntinos, un grupo de veinte jinetes da blanco único a los cañones federales. Es el general Paz con su escolta; el general, siempre con los hilos de la batalla en las manos. Porque si una batalla tiene de ecuación, tiene más de cosa viva y cambiadiza. ¿Planes fría y sabiamente combinados? Muy bien; pero, sobre todo, el don de calar al enemigo, y aun de hacerse obedecer de él, la seguridad de vista y de mano en un momento intransferible — como en una intervención quirúrgica. La inspiración, digamos. Un buen capitán es un geómetra y un poeta.

El gran Manco se alza sobre sus estribos. Sus hom-

bros se han vuelto más anchos. ¿El enemigo? La caballería de Servando Gómez estrangulada en el infernal embudo del estero. La de la izquierda, chuceada de frente y de costado, dispersa en entrevero de torada chúcara.

El general alza su diestra, que echa como sombra de halcón, hacia el lado donde se alzó la aurora. Sus batallones —¡uno sin una baja!— se mueven apenas, cuando allá al frente, en polvoriento atropello de hombres, de cascos y de ruedas, los amos del terror vuelven la espalda. Y el vencedor, removiendo enconados recuerdos, sonríe a su secretario, terrible: **No sé si aún mis compatriotas me llamarán imbécil**. . .

¿Ha concluído todo? Un momento, José María Paz no acostumbra ser sólo el dueño de su victoria. También de la derrota enemiga. Alerta ahora, más que nunca. Va a desjarretar entera esa fuga innumerable. ¿Bajo esta borrachera de sol? ¡Y qué! Será su aliado. Sol que rebota en las lajas, hormiguea en las piernas, sinapisma los lomos. Neblina de polvaredas. Zancudos y jejenes. El estero humeando como flete empapado. Caídos panza arriba blanqueando los dientes. Cuervos, allá en alto, graznando de impaciencia. Soplos de fragua, jadeos de ganso. Sudor gredoso, a chorros. La sed que retuerce las lenguas. Y sol todavía, caldeando las lanzas. Y bien: con todo eso y el viento de la libertad sobre el enemigo. Oleaje de pechos. Alaridos palmeando las ancas de los caballos. A lanza y sable, ahora.

Aquí, allá, los perseguidos vuelven cara. Se agavillan y contraatacan a fondo. Pelean desesperados, algunos. Mueren, se rinden, se dispersan de nuevo.

Muchos en la fuga, caen boqueando de sed. Alzan pañuelos blancos, al fin, los más porfiados, lloriqueando por sus vidas. ¡No ofendan, che! . . . El señor de Oncativo no se mancha con sangre vencida.

Las carretas, el parque. Todos los cañones. Cuatro mil sotretas de ver. Faltan gendarmes para tanto preso. . . ¿Y ese buen Echagüe, que olvida hasta su som-

brero en su escape feliz gracias a las patas de un malacara de mentas?

¡Caaguazú, la que hará llorar de gozo a los desterrados, allá a miles de leguas! El campo de la victoria huele a zaguán recién abierto. La libertad sonríe en los aceros desnudos. Los hombres con pujo de llanto. Todos de pie sobre sus corazones. ¡El general! Por encima de sus cabezas pasa la historia. El río azulino, blanqueando de espuma, se estremece como bandera que quiere ser alzada para todos. ¡El general! ¡Mi general! Y el gran Manco, muy pálido, sujeta para saludar, con una fiera ternura. Los manes de los mejores capitanes lo tutean, mientras la gloria se arrodilla por besar sus espuelas, balbuceando: Es bueno que el hombre fuerte haga cosas fuertes.

IX

Una Ciudad y un Hombre

¿El soldado más hábil? José María Paz, a quien conocí en un lugar muy remoto, al que con menos he visto hacer más.

GARIBALDI.

A lo largo y a lo ancho de los pueblos, de Tucumán a Córdoba, de Catamarca a Cuyo, el alzamiento contra el gobernador de labios de víbora había cundido como plaga. Apenas alejado unas leguas de Buenos Aires, Lamadrid notó "el general desagrado de la gente de la campaña" (y fué mayor en los pueblos de Córdoba), viéndole lucir el retrato de Rosas y oyendo esa vidalita con que el incorregible payador testimoniara su nueva fe:

Perros unitarios
— Vidalita —
Nada han respetado...

Y sin embargo de la redonda decisión de la gentes contra el consumidor de vidas, de las provincias contra el unitario rojo, ella se había malogrado entera. Lavalle, imitando al montonero —mientras el enemigo se militariza— con tropas más sobradas de mujeres que de caballos, que nada respetaban, saqueando, cuatrereando, sacrificando una lechera para un asado, destruyendo pozos sobre los que se amontonaban para beber, "a cuchilladas por sobre el mismo general"—, Lavalle, que decía: "todo eso nada importa si salvamos a la patria", y se burlaba, él también, de "los de frac y los doctores", tenía que ir al muere! También Lamadrid, con su bra-

vura salida de madre y su cabeza de chorlito. Y el mismo Acha, a pesar de Angaco, donde haciendo pie en una acequia, con un latiguito y un puñado de hombres, "y siempre sonriendo", espantó como a yeguada a un ejército entero. No quedó sacrificio por hacer: soldados que caen boqueando de sed en las travesías; caballería montada en burros; hambres capeadas con achuras de mula; Lavalle pidiendo audiencia a Brizuela, el gobernador riojano que bebe seis meses sin ver el sol, asistido de su escolta de perros salvajes. Todo fué inútil. Amojonando aquel camino de desolación, quedaron izadas en Tucumán, por días y días, la joven cabeza pensante de Avellaneda, y en Catamarca, la de Cubas, y allá en los desiertos del poniente, clavada en un palo altísimo ("que enterramos hondo para que no la volteara el viento"), la cabeza de Acha, renegrida de sangre coagulada la larga barba rubia. ¡Qué mesa de operaciones para la Mazorca! "—Amigo, lo han puesto donde no hay nada que hacer". "—Se equivoca —reía el Carancho del Monte—; la reserva es para el postre y donde hay más que hacer: biolín y biolón!". Y ella mandaba al patrón más de una barba en U . . ., afeitada con piel y todo, y más de una cabeza adobada, para que llegando fresca, el Restaurador "viese la última mueca del enemigo". El jefe de esta segunda campaña del desierto es ese hombrecito trigueño, pálido y de pocas palabras, don Manuel Oribe, educado en Europa, caballero de estrado, que dijo a la "Niña" cuando saliera a despedirlo fuera de la ciudad, para encomendarle, en nombre de su tatita, la urgencia de acabar con los unitarios: "—Finezas de esa clase, sólo se pagan con sangre". Mas no hay dicha completa y los campeadores volvieron sin su mejor corona, y no justamente por falta de diligencia: "He mandado a hacer pesquisas sobre el lugar donde está enterrado el cadáver de Lavalle para que le corten la cabeza y me la traigan". Es Oribe el que escribió esto, Oribe que vuelve a marchas forzadas sobre el litoral de donde llega esa increíble mala noticia que aún zumba en sus

oídos y que basta para descontar toda la ganancia obtenida: ¡Caaguazú!

* * *

"Caballos, señor, caballos..." "Cada día que pasa es un éxito para Rosas"... "Nada es la victoria si no se saca fruto de ella...: la celeridad, gran ingrediente en los medios del acierto". "No os pido dinero, ni vestuario, ni otro recurso..., sólo caballos...". "La sangre que hará derramar y los males que traerá esta demora de ningún modo pesará sobre mi responsabilidad; quizá no afecten la de nadie y todo sea obra de la fatalidad que persigue la causa de los libres".

El que así picanea al gobernador de Corrientes, es Paz, que, tan ducho en hombres como en armas, más que del estupor de Buenos Aires y del alejamiento de Oribe, quiere aprovecharse del azogamiento de sus soldados después de Caaguazú.

—Absolutamente no hay caballos en el estado en que se necesitan — contesta Ferré.

Y no es toda la verdad, pero hay mucho de ella. ¿No será, no más, que le queda grande a la pobre Corrientes esta tenida contra todo el poder de Rosas? Sobre todo, que ese aliado del Uruguay resulta el mismo dedo del diablo. Ya limpió de ganados la campaña, echándolos al otro lado del río; ahora son las amenazas a sus propios aliados — treta vieja, para que dándose por perdidos "se echen en sus brazos". Pues el ahijado de Artigas encova en su desgreñada cabeza el sueño de una querencia que se estire del Paraná a Río Grande, nada menos.

"La conducta de Rivera es inaguantable"..., "no sé con qué objeto ha pasado el Uruguay". Eso escribe el gobernador, que comienza, no obstante, a cederle la derecha.

Pero el tercer enemigo en juego, y el más peligroso, es la obcecación del buen Ferré, que empieza a mirar con lupa su figura en la escena, ayudado por los mismos argentinos de Montevideo, celosos ya del tamaño de Paz.

"Te podría asegurar la caída de Rosas, si no fuera

que...". "Hablo de Rivera, el único que entorpece nuestras acciones". Así escribe a su hermano; porque este hombre de manos sin mancha de lucro o de sangre, no se equivoca en esto y está lleno de las más caballerescas miras y va a jugarse entero por ellas, aunque su propia índole lo traba. Y su falla no está precisamente en detenerse en plena marcha "a tasar el heroísmo de Corrientes", exigiendo el resarcimiento de sus enormes pérdidas; ni en cabestrearle a Rivera, conociéndolo como a sus manos; ni en su localismo, menos estrecho de lo que se cree; ni en su manía legalista, contestando a Paz su título de gobernador de Entre Ríos; ni siquiera en su humanísimo amor propio. Está, sobre todo, en que no sabe medir al hombre que tiene por delante. Es contradictorio sin ser falso y aparece mezquino porque le falta horizonte: lo angosto de sus ademanes viene de eso.

No ve la estatutra de Paz, y menos sospecha que en ese lugar y en ese instante, se confunde casi con la providencia. "El señor Rivera no nos deja otro arbitrio que buscar otro Caaguazú, y vamos a buscarlo, mal que le pese". El que habla así es un hombre que sabe lo que dice y tiene todo el derecho a que se le crea; pero Ferré, apenas parece escucharlo, ni escucha a nadie.

"Querido primo, ¿es un sueño o una realidad? —le escribe Alsina—. Si el que presenta tales garantías de victoria y civilización, perdió la confianza de usted, nadie será osado a merecerla".

Y cuando urge poner todos los recursos de guerra bajo la única mano conductora y echarse sobre el Paraná, sobre Santa Fe aliada, sobre Buenos Aires desguarnecida, Ferré da media vuelta con su ejército, dejando a Paz en una provincia hostil que tiene que dejar, al fin, "arrastrándose" por falta de caballos, prófugo ya del enemigo, después de su propia escolta, "formada de prisioneros de Caaguazú", que se subleva, — favorecido por una noche tan celosa que no deja ver ni las manos, bajo un malón de viento y agua: y mientras los delanteros se detienen esperando a los rezagados que el relámpago guía por los

pantanos del bosque, el general, que de Caaguazú ha llegado a esto, y cuya cara no se ve, mas cuya voz suena tranquila, rememora las penurias heroicas: Belgrano a pie con el fusil del soldado herido a quien dió su caballo; los soldados que caen acegados por la nieve; las fiebres del chucho y del frío...

¡Pobre general! No el malacara que montabas aquella remota tarde de abril, sino todo el ejército victorioso, te han boleado esta vez.

* * *

Aún se juegan cartas, las últimas. Pero Paz, que sabe a qué atenerse entre un testarudo honrado y un bellaco ingenuote, es claro como su espada: o centralizamos la revolución, nacionalizando la guerra y asegurando los intereses argentinos, o no hacemos nada.

Ferré sigue en su trece y don Frutos sonríe. "El general Paz, según se ve, se va a Montevideo", escribe en su última carta.

Se va, es claro. O su mala estrella o la fatalidad de los hechos. Sí, pero también ¡quién sabe! si no falta un poco de ciencia gaucha, de la diplomacia de fogones y timbas —triste es decirlo— a este carácter que sólo trabaja en cosas mayores. Habilidades secundarias que a veces son el caballo de las otras. "Como militar puedo hacer algo, como caudillo nada". Y el poncho de los caudillos sabe muchos secretos de la tierra.

Entretanto, el enemigo está ya encima. El aliado santafecino, ese general López "Quebracho", cuya mayor preocupación ha sido averiguar el paradero del malacara que salvó a Echagüe en Caaguazú, ha desplegado su genio militar, "quemando veinte leguas de campo" y retirándose a la desbandada.

Rivera, que salió al fin con la suya —el litoral y Ferré están en sus manos—; el patriarca de montoneros que dice: "que nos manden negros y tendremos infantes"; el general baquiano que acaba de quitarle la caballada a Urquiza —¡hay gauchos todavía!— y escribe

a Montevideo: "todo en el más brillante estado de disciplina", Rivera, juega en Arroyo Grande, al fin, el destino de los dos pueblos. "Compadre, cúideme las infanterías, yo voy a cuidar las alas". Y sólo cuida bien de las suyas, cierto, dejando a medio comenzar la partida, tirando las cartas para ir más liviano —digo sus soldados, sus cañones, hasta su poncho de vicuña—, huyendo, así, en mangas de camisa . . ., mientras los ganadores entran a cobrarse en el inmenso rodeo de prisioneros, eligiendo las mejores reses: el coronel Beruti, degollado y lonjeado; el teniendo Arizmendi, castrado y degollado; el mayor Castillo y el capitán Martínez, repicados a hachazos; el coronel Henestrosa, desnudado primero, capado de orejas y sexo después, rematado a bayoneta, al fin; el mayor Alonso, descoyuntado a palos, a lo víbora; el teniente Acosta, desollado vivito, y todos los sargentos del número 1º, y tantos y tantos, hasta quinientos, trabajados virtuosamente a cuchillo, mientras alguno grita: "¡Muera Rosas!" y los más no dicen nada porque el espanto los atora.

El viento y los pájaros anticipan las noticias de Arroyo Grande a Montevideo. El alza en los fletes de los barcos es leonina porque en la primera hora la ciudad quiere mudarse como un campamento. Después, hablan de entregarse al vencedor y no irritarlo con la resistencia o la huída; otros, de guarecerse en Buenos Aires . . . Los que piensan en la defensa son muy pocos, pero el gobierno, atortolado, cede a esos que, como dominan su miedo, dominan a los otros; cede también, no sin las agachadas consabidas, en el paso decisivo. Una delegación va a la casa de un hombre, que avecindado hace poco, vive con su joven mujer y sus hijos, tranquilo junto a ellos, por primera vez.

El hombre de rostro cansado escucha más tarde en silencio a los miembros del gobierno y a los notables; hace alguna pregunta, calla de nuevo largamente.

—Si no se cuenta con usted se desechará toda idea de defensa.

—Es el pronunciamiento público, señor.
—Si usted no acepta, general, nos daremos de estocadas en el puerto, cuando digan: ya llega el enemigo.
—Contestaré, más tarde — dice al fin el general Paz, y se retira a su casa.

Oh, él conoce lo que es este gobierno de mayordomía, y, sobre todo, conoce a Rivera y sus puerilidades costeadas por los pueblos, y sabe que la desinteligencia frente al enemigo sería el suicidio; pero tan bien como todo eso, conoce y mide la angustia en cuyo nombre lo acorralan.

—Si Oribe tarda veinte días, respondo...

Y cuando el gentío lo lleva entre vítores a entregarle la defensa de la plaza, el general ve venir de frente a sus dos viejos camaradas: la responsabilidad y el peligro.

Y si Rivera, que el mismo día del desastre cruza el Uruguay, a la oración, con sólo cincuenta hombres de los miles que llevó, no atina siquiera a ayudarle a los ríos a estorbar el paso del vencedor, éste, digno de su rival, se demora casi dos meses, sin venir, como bien lo podía, "a recibirse de la ciudad".

"Al resolverse a encomendar al señor general Paz... el gobierno... está determinado a poner en su mano... todas las medidas y elementos... e investirlo de todas las facultades...".

—No se ha engañado el gobierno —contesta el agraciado—, al creerme dispuesto a defender la libertad de esta República... asilo de mis conciudadanos perseguidos.

Mas resulta que la república no tiene soldados, ni barcos, ni materiales de guerra, ni vestuario, ni dinero..., ni crédito! La administración pública es el Potosí de la rapiña. Peor que en la Corrientes de 1840, ahora, con el Oribe y sus diez mil, que de apurarse, pueden hacer el camino en cinco días.

Si no fuera la voluntad de un pueblo dispuesto a defenderse, y la fe total puesta en un hombre, y el esfuerzo de ese hombre por no ser indigno de ella!

Los esclavos, promovidos a protectores de la libertad; el uniforme del soldado hasta en el industrial y el literato; los niños, de asistentes. El general utiliza aún "lo que otros reputan inservible", hasta esos ex cañones de España y el Brasil, que hacen de postes esquineros, esas reliquias de dos tronos vencidos, montados ahora para derrocar un tercero.

Un poeta, más hábil en mensuras que en rimas, y los profesores gringos, le ayudan a trazar la línea de la muralla defensora. Ya se trabaja en ella, aunque no con la rapidez del caso, igual que en el foso, orlado de un fleco de vidrios rotos para los caballos oribistas. No se siente demasiado la escasez del rancho, porque después de dieciseis horas de fajina, los soldados prefieren la cama. Lidiando con el gobierno ("no hay quién haga comprender a estos hombres"), logra disponer, al fin, de una maestranza. Cierto que, bien que sean los menos, no faltan los jefes dignos, pero el general sólo se confía del todo en sí mismo, y es preciso que se multiplique, jubilando la fatiga. De los cuarteles donde reniega del bochinche de los ciudadanos ("esto me desespera"), a la maestranza, donde discute con los artesanos, entre el ruido de las fraguas, los martillos, los molejones; de su mesa llena de papeles y cifras, a esos trabajos de fortificación que van a paso de oruga. "No he nacido oriental —dice un día, fuera de sí—, pero estoy consagrado a su causa", y se echa al hombro una pila de ladrillos. Jefes, oficiales y tropa se dan por aludidos, y queda hecho "en un cuarto de hora el trabajo de dos días".

Cruza las calles al galope; sube a grandes pasos la escalera del observatorio; ordena allá a grito pelado. Ya está en el campo de instrucción interrogando personalmente al soldado y corrigiendo al oficial; les adula el orgullo. ¿Promesas? A unos, el honor "de tomar una batería enemiga en el primer combate"; a éstos, "la ocasión de medirse con los regimientos más acreditados del invasor". (Uno de esos oficiales escribirá más tarde: "Nunca puedo acordarme de aquella época sin admirarme de mi propio esfuerzo y del de mis compañeros").

¿Qué ha sido de Rivera entretanto? "He puesto un desierto desde el Uruguay hasta el Río Negro" —le escribe a Chilavert—. De veras, se retira a la artigueña, arreando, junto con las familias que no dejan ni sus gatos, todo lo que tiene por delante. Claro que en los primeros días, cuando esos cuantos soldados que traía andaban "con las monturas al hombro y el freno en la mano", ni Dios pudo atajar el terror. Si ochenta hombres juntaba algún teniente suyo en el día, ochenta desertaban en la noche: ¡el servicio era el muere y quedaban tan a la mano los bosques y el Brasil!

Y como Oribe demora, don Frutos, con sus veinte años de patriarcado, comienza a parecer el de siempre. Semanas más tarde, está a las puertas de Montevideo.

Pero ni Arroyo Grande le ha bajado la cresta ni el peligro le limpia la vista. ¿Investido por el gobierno y el pueblo con el mando militar de la plaza, ese general de afuera? Ahí están a su zaga cuatro mil soldados y varios miles de caballos que dicen no. Paz tira la renuncia, y la alarma de los primeros días cunde en la plaza.

—¿Vuelve a tomar el mando del ejército el general Paz?

—No, se va del país: ha fletado ya un barco.

—Pues, yo también me voy.

. . . .

—¿Es verdad que Paz se queda?

—Es verdad.

—Pues, yo también me quedo.

Hasta que, encorajada con el peligro, la opinión unánime habla alto, señalando qué momento es éste y la gravitación del hombre de Caaguazú. Le abren los ojos, y el gaucho ve que ha metido la pata. Ahorra su envidia zurda. Cede. Eso sí, no habrá General en jefe del ejército de reserva sino Comandante de armas. . .

Paz está ahora duro. ¿Quién dice que no tiene razón? Pero si siente con bríos de mozo, piensa como un padre, y, sobre todo, la voz de sus paisanos, sonando a hogar,

lo vuelven. Pues he aquí que el gran Rivera, que ha entrado al fin a la ciudad, llega con el más vistoso cortejo de notables, y es preciso montar a caballo y mostrarse al lado del Presidente, para "calmar la ansiedad popular".

Se sienten ya los pasos de Oribe. La entrega de las banderas a los cuerpos es buen pretexto para afogarar el entusiasmo con una fiesta entre bélica y casera. La voz del ministro Pacheco y Obes suena incansable caldeando los pechos; alguna vez las lágrimas nublan sus ojos. También lo está el cielo, que el viento sacude como un toldo. "Orden, constancia, subordinación —dice Paz—, es todo lo que necesitamos para vencer . . ., es todo lo que exige de vosotros vuestro general y amigo".

Y cuando Oribe, en una marcha de degüellos y otras incorrecciones, llega al fin frente a Montevideo, y hace alto para respirar, anunciando su entrada con veintiún cañonazos de triunfo, es un alto que durará nueve años: detrás de los muros está José María Paz, con su inventiva de cada hora y sus veteranos de cuarenta días.

* * *

La primera velada del sitio, al fin. ¿Asaltarán esta noche? Los artilleros con las mechas encendidas; los jinetes con sus caballos de la rienda; los infantes armas en mano. Nadie puede moverse un paso. Sólo una sombra misteriosa pasa, se detiene; sigue. Es el general inspeccionando, satisfaciéndose por sí mismo.

Pero el enemigo tampoco se mueve.

Al otro día, las descubiertas hasta boca de oración: por la noche, las escuchas.

¿Pero podrá hacerse algo con gente que esconde la cabeza al silbido de las balas, que aún abandona las filas a los primeros cañonazos? ¿Cómo infundirle fe en esa guerra de sorpresas y emboscadas, única que puede hacerse al gigantesco enemigo?

Sin embargo, lo imposible parece lograrse: la línea de combate sirve de campo de instrucción a los reclutas.

Pero qué maña pacienzuda para hacerlos al coraje, que también es una costumbre como cualquier otra. Y al mismo tiempo, para enfrenarles el entusiasmo, resguardándolos del alebronamiento de un contraste prematuro.

"Descúbralos usted bien, Sosa —dice al comandante, en la primera salida—; no comprometa nada. Haga comer los caballos".

Cuida de sus reclutas como una gallina de sus pollos. Pero quiere que las escaramuzas les sirvan de gimnasia; quiere forjarlos encuentro a encuentro, como una hoja de acero a golpes. Los tiene a toda hora bajo su mirada. Ellos lo llaman en voz baja: "El sargento 1º".

Hoy ha visto al fin a unos infantes avanzar sin miedo, retroceder en orden, batirse sin apuros. ¡Soldados ya! Estos negros valen su peso en plata; estos jefes merecen —condecoración única— su elogio. Sí, esos hombres que así empiezan a pelear por la libertad, se muestran al fin dignos de ser libres. ¿Saldrán con la suya? ¿Quedará el enemigo ahí donde está, empantanado en la propia sangre que derrama?

Al cuerpo mejor organizado: "Que salga ese batallón y se deje de piruetas". A un legionario que reclama no sé qué: "Apósteselo en el punto de mayor peligro". Y la quinta noche del asedio, en que el disparo medroso de un centinela produce un heroico tiroteo contra las sombras: "Damos lugar a que el enemigo se ría a carcajadas de nosotros .. ¡Y usted, comandante, pidiendo municiones como si hubiera ganado una batalla!". Ese hombre duro hasta lo brutal, hiriente hasta la befa, es el general que pierde la paciencia. "Fuí demasiado severo, lo reconozco, pero, ¿qué quiere usted?". Lidia de toda hora y de todos los días. Por un lado, el enemigo voceando que los batallones de negros son el escudo de los demás; por el otro, los decentes y pudientes de la plaza exigiendo privilegios, como si el peligro no igualase a todos. Y también el gobierno, con su decreto de represalia, injusto, y el ministro Pacheco fusilando, en virtud de él, sin proceso, un soldado prisionero!

Oribe, fiando más al oro que al fierro, tienta el soborno. Pero el arma oblicua se vuelve contra sí mismo y a duras penas escapa al golpe, la noche que lo esperan con el portón abierto. "Oribe no ha querido venir anoche", dice Paz al otro día.

Pero no sólo al pie de los muros hay lucha. La tinta corre como sangre. El "hedor carnicero" (como dirá Saldías) que exhalan no sólo las cartas sino también la fama de Oribe, acaba él de refrescarlo con su decreto del primero: los extranjeros que tomen parte "en negocios que no les corresponden", serán considerados rebeldes salvajes unitarios.

Amenazados así, los extranjeros de la plaza, que ya simpatizaban con ella, se arman para defenderse. La Legión francesa, la Legión italiana. El cónsul francés, así comprometido, reclama ante el gobierno de Montevideo y amenaza quitar la ciudadanía a los intrusos. Todo termina con un nuevo bautizo: Legión de voluntarios. Pero el prestigio del Presidente legal no enternece a los ministros extranjeros, y Montevideo, con su puerto franco, está segura si sus muros no caen. Rosas manda su escuadra. "Prohibida la entrada de comestibles y armas a Montevideo en los buques neutrales". Garibaldi en lanchas cañoneras no puede resistir a Brown. Bloqueada por hambre, la pérdida de la plaza parece un hecho. Oribe coronará su larga campaña con la más purpúrea de las fiestas; Rosas, su patrón, extenderá su imperio pampa hasta el Cuareim. Pero el comodoro Purvis desconoce el bloqueo y las cancillerías tienen trabajo para rato.

Los súbditos ingleses, nada halagados con su filiación unitaria ante "el sistema del general Rosas", piden protección al comodoro, que, a su vez, piensa en los barcos del comercio inglés navegando tres mil leguas para venir a darse con la nueva del bloqueo. Y no el almirante de la reina Victoria, sino el caballero Purvis, que al llegar de Río de Janeiro sólo oye el rumor de las hazañas del invasor, es quien promete en una tertulia, a las señoras

despavoridas: "Oribe no entrará en Montevideo". Y replica, con la energía del caso, a esa nota de Oribe, cuyos términos "deshonrarían a los pequeños estados de Berberia".

La intervención de Inglaterra, al igual que la de Francia, no es lírica. No porque pretendiese conquistar países guardados por una lejanía astronómica y por pueblos que en 1807 se habían defendido panza arriba, como el gato —lo lírico, sería, acaso, repetir la aventura—, sino porque la movía la protección a sus súbditos y a su marina mercante. ¿No puede admitirse, asimismo, coincidiendo con eso, alguna afinidad con el espíritu de la plaza y algún poco de amistad humana? O mejor: el comodoro ve no sólo que el sistema de "el hombre" repugna a los hábitos civiles de Europa, sino que los ríos engrillados y la exportación de unitarios, el desperdicio de reses vacunas y humanas, la contramarcha hacia el desierto, en fin, son una pura blasfemia al dios inglés: el Comercio, en cuyo nombre habló Canning: "Creo que nos interesan mucho más la independencia y la cultura del Nuevo Mundo que los asuntos del viejo". Y en último caso sus escrúpulos de interventores se achican ante esta invasión de un ejército argentino a una república independiente, porque Oribe no es un aliado de Rosas, sino (la nota del 28 de febrero no lo deja en dudas) un simple subalterno que recibe órdenes: "Digo a usted..." "He dispuesto...".

Por lo demás, esta intervención de Purvis es de oficio. Ni el ministro inglés ni el francés tienen instrucciones por ahora.

Se trata, de veras, de algo más que del asedio de una plaza. Es una segunda faz de la misma cuestión que tuvo su primera crisis —no su desenlace— en 1820, muy cambiada, eso sí. El atropellado alzamiento de las masas camperas contra el régimen urbano, y de las provincias contra la capital, ha cambiado de rumbo bajo las manos de un hombre que no está con nadie sino consigo mismo y con su poder, es decir, con Buenos Aires.

Hijo de la ciudad y de un rico de la ciudad, se ha criado entre caballos y gauchos que conoce como nadie, y llega a ser la primera autoridad en el negocio de reses. Propuesto por el paisanaje, apoyado por los terratenientes y hacendados como un colega, aplaudido por los tenderos y saladeristas, sobre todo ingleses, como servidor del orden — la suerte de todos queda en sus manos. Para convertir en propiedad esa posesión, él se viene con pampa y todo a Buenos Aires y procura hacerse una estancia del país. Eso es todo: el puerto único y la enseña única. Gringos sabios y navegación de ríos, constitución o cabras Angora, poetas o industrias nuevas — contra todo eso el instrumento americano único: el facón. Es eso, en cierto modo, lo que se juega a cara o cruz, en el Cerro.

Y mientras Buenos Aires, con su expulsión de moros y judíos (unitarios y gringos) es la España no más, Montevideo cambia con gran apuro. Ciudad donde por once orientales va a contarse quince europeos, tres americanos y un negro; puerto donde entran novecientos buques de ultramar por año. Es la Europa injertada en América, según la ley y el destino de la tierra nueva. Desde el botero al hortelano o el labrador de piedra, la industria es gringa, y el comercio también. Son "los nacionales de la riqueza creada", junto a los de origen. ¿Cuáles son más uruguayos, cuáles con más derecho a entender de los destinos de Montevideo y sostener su sitio?

Por lo demás, aunque se viva bajo un régimen de plaza sitiada, y se duerma con el arma al pie de la cama, y el Estado racione a las familias, Montevideo no erige el poder absoluto: hay un presidente, una asamblea, un general de armas. Eso sí, el presidente es Rivera, y aun hombres de vergüenza como el ministro Pacheco nada pueden contra el sistema administrativo del general-baquiano, que manda "órdenes oficiales a la caja para el pago de partidas de juego".

Entretanto, Paz comienza a tratar de igual a igual con

el enemigo. Se respira al fin. ¿Un combate general con las sombras porque un miedoso deja escapar un tiro? ¿Los lamentos y llantos de las madres o esposas o hijos en la hora de la partida, o el agolpamiento en el portón al regreso de las parihuelas con los heridos y los muertos? No, el combate diario va cambiando la guerra en un quehacer como cualquier otro. "El enemigo ataca todos los días, variando de hora". La generala suena, y las puertas del almacén o del taller se cierran, porque su dueño, armándose, acude a la muralla: por los flancos de las tropas se deslizan a cientos los libres tiradores, mientras las azoteas se coronan de señoras y curiosos. Aún turba el recuerdo de una de esas primeras noches del sitio, en que la gran guardia apostada al frente de la muralla desertó en masa pasándose al frente. Eran españoles carlistas, llevados al enemigo acaso por alguna afinidad secreta. Y la palidez terrible del general, injusto en su cólera con los quedados?

—¿Y ustedes, qué se han quedado haciendo aquí? ¡El camino está franco! No quiero españoles en mis filas. Mis charreteras las he ganado peleando contra los españoles. Este brazo me lo invalidaron los españoles...

Sí, España está casi toda en el bando opuesto, pero tres mil extranjeros se han alistado en el sitio. (Es Grecia auxiliada contra los turcos, piensan de seguro los literatos del sitio, tan dados a las remembranzas clásicas). Los Voluntarios de la libertad son los franceses con bandera uruguaya, armados contra la expresa voluntad de su cónsul. La Legión argentina es la fuerza que el general emplea cuando quiere alzar una barrera insalvable o recuperar posiciones perdidas.

La Legión italiana la manda José Garibaldi, un hombre que ya anda en leyendas. Asqueado de la servidumbre de Roma, y sus hijos, disfrazado de aldeano o sirviendo con su barco al rey de Túnez: jurándose a la Joven Italia: perseguido: catador de peligros con su sangre marinera de ola y viento, y espléndido odiador de tiranos, inicia su vida en América con la insurrección

republicana del Río Grande; rebota entre galopes y abordajes; le balean el cuello; lo cuelgan dos horas de las manos en Entre Ríos; se casa después con una moza que es como la melliza de su espada, y viene a Montevideo, en donde enseña álgebra en una escuela para ganarse el pedazo de pan sopado en salsa de ajos que es su almuerzo, hasta que la ciudad, que peligra por mar, le entrega tres barcos. Nada puede, por cierto, contra los de Buenos Aires, sino hacer volar los suyos y escapar en bote, sino provocar el elogio del mofletudo irlandés de cabeza roja que no suelta la voz de mando ni la pipa cuando una bala le rompe una pierna.

—¿Lo perseguimos?

—Déjelo —dice Brown, escupiendo—, es un bravo.

"El pirata Garibaldi" de las gacetas de Buenos Aires es este hombre ingenuo que al caminar ahora en tierra denuncia el pesado balanceo del barco; pero, no: al frente de sus seiscientos italianos, con su bandera enlutada por la patria irredenta, "il leone", de perfil griego y cabellera de Jesucristo, va en su rosillo, con su recado riograndense de mucho arzón, con su pañuelo al cuello y su bombacha, y su sombrero aludo que quiebra hacia arriba cuando hay que mirar al peligro en los ojos. . ., cuando este hombre, incapaz de castigar a un soldado ("¡tú no sirves para eso!") y que sólo bebe agua, quiere embriagar a los suyos para hacer una fiesta del peligro.

* * *

No es que las dificultades estén vencidas todas, ni mucho menos, de este lado de la muralla. Las raciones son de ayuno, faltan ropas y armas, y, sobre todo, este quebradero de cabeza para contener el turbión de voluntades ariscas; para evitar, en lo posible, las corneadas del francés y el negro, del gaucho y el italiano; los celos entre el uruguayo y el argentino; las insolencias del soldado contra el jefe. Sólo el peligro común ayuda un poco. Eso sí, se pelea con decencia y sin tacañería. Los que dejan miseria y fama, buscando afuera la paz y el

engorde, son los menos; también los que se pasan al enemigo, compensados ya por los que vienen. Pese a todo, se respira con ritmo más parejo. El servicio en los puestos avanzados es tal que se ha vuelto "imposible toda sorpresa". Pues ya el enemigo sólo mira la muralla de lejos. Tan segura es la lonja conquistada, que hasta las damas se pasean por ella; más tarde, las balas cruzarán sobre eras de hortaliza...

Sí, la obra maestra del general —y sólo él pudo hacerla— es haber quebrado la fascinación del terror, que era la vanguardia del enemigo. Borracha de aguardiente y sangre, la vocinglería en los encuentros es obscena y fúnebre y usa bocina; jefes y oficiales, los más, gastan maneas "de piel sacada a los guerreros de la independencia"; cada comandante tiene sus virtuosos del degüello; si el prisionero es oficial o gringo, la cosa está hecha: su cuerpo, tirado a los caranchos; su cabeza, honrada con la pica. (Así se han izado, como primera advertencia, las de "los siete primeros franceses tomados"). Ahí están las famas mejor ganadas: el Tuerto Bárcena, que inició esa moda de cobrarse en la piel del enemigo; Maza Violín, que al pie de los Andes enlutó una ciudad entera.

Cuando en lo más callado de la noche un tiritamiento de chucho comienza a sonar en los dientes y los fierros de las centinelas avanzadas, es que se escuchan las melodías de la Resfalosa... Allá, en los puestos más próximos del enemigo, se está celebrando una ceremonia sin precedentes como no sea en los más olvidados comienzos del hombre. Desnudados previamente, para que la sangre no manche la ropa que ya tiene herederos, y maneados de codos y pies, los prisioneros del día blanquean entre sus cobradores. Un cohete volador para iniciar la fiesta. ¡Viva el ilustre Restaurador! ¡Mueran los salvajes, asquerosos...! ¿Que las víctimas repiten la letanía con voz apocada o tembleque? Unos puntazos del facón para levantarles el entusiasmo. Lloran ahora en silencio, desafían con desprecio o imploran por todos los santos, tiritando como una hojita: sólo responde la pulla

tajante u obscena. De pronto la charanga, un aire "de vivacidad festiva . . .". ¡La Resfalosa! Entonces el diestro agarra del pelo al elegido, lo tiende en el suelo, mientras otro lo sujeta de los pies. Y desganadamente, el quitapenas, mal afilado adrede, comienza a seguir sobre la garganta los compases de la canción:

> **El que con salvajes**
> **tenga relación,**
> **la verga y degüello**
> **por esta traición.**
> **Que el santo sistema**
> **de Federación**
> **les da a los salvajes**
> **violín y violón . . .**

desganadamente, hasta que la cabeza se desprende del tronco . . . Y los visajes, las contorsiones, los ronquidos asmáticos, el volteo de los ojos, el temblor de los labios esforzándose por rezar o maldecir, todo es como sal para el chisporroteo de los vivas y las risas. Y mientras alguno castra o desoreja el cadáver o saca la lonja consabida, el operador lame el cuchillo ensangrentado.

El más urgente problema estratégico a resolver era, pues, expulsar el terror del corazón de los sitiados. Y se ha logrado a tiempo. Se combate ahora con pesos iguales. Mas acaecen dos ocurrencias. Por un lado, el enemigo mutila un día a uno de sus soldados, adrede, para inculpar al contendor, según el estilo de Rosas, que llama salvaje a Rivadavia, y los papeles del Cerrito y Buenos Aires vocean desde entonces: el Manco castrador!; por el otro, el arma terrible se volverá contra el mismo maestro, manejada por "los vascos y los italianos sobre todo", que llevan el escarmiento a enfrente . . .

Por lo demás, el heroísmo es aquí calaverada vulgar. Las balas cruzan por sobre los manchones de hortaliza, mientras las damas desde las azoteas asisten al espectáculo o no lo miran ya. Se combate bajo el temporal o la tormenta. Se juegan y se pierden varias vidas por salvar el cuerpo del moribundo que implora: ¡Com-

pañeros, no me dejen degollar!, o disputarse una partida de ganado. Las voces de dos jefes retándose a duelo singular entre el ladrido de la perrada, estremece a los caballos.

Un hombre gigantesco y sin más arma que "un látigo de mango fuerte" (soldado en Cancha Rayada, coronel ahora y sin otra mancha que la imborrable de su traición a Pringles), recibe un balazo en la frente, vuelve a caballo a las líneas, se apea y muere. Es Prudencio Torres, el Boyero.

* * *

Otra conjuración, esta vez por agencia de un jefe de la legión francesa. Alderete, alias Oribe, hace tintinear tres o cuatro mil onzas ... "Me dijo —declara el acusado— que el más bello presente que podría ofrecer a Rosas sería la persona ... del general Paz". Decididamente, la taba se da vuelta. Allá en su barraca —"muy linda y bien amueblada"— el hombrecito pálido educado en Europa, que habla francés, bebe leche de burra y derrama tanta sangre de cristiano, debe confesarse que no le salen las cuentas. Al frente, las murallas y el Manco; a la espalda, el Pardejón, adueñado de las campañas, y él, en medio, con sus soldados que empiezan a comer carne de matungo, viene a resultar el verdadero sitiado!

La guitarra de Ascasubi denuncia una carta mazorquera:

Querido Maza Violón:
Extrañando tu silencio
te escribo con Juan Asencio
y es la tercera ocasión:
Sabrás que está como un león
don Juan Manuel de enojao
de que tu amigo Alderete
ni sale del Miguelete
ni vuelve más de este lao.

Qué diablos hacen, por Cristo,
oliendo a Montevideo ...

Urquiza, que acude al pedido de auxilio desde Corrientes, se echa a la cola de Rivera, y poco menos gaucho que él, pero con todas las agallas de un general: Urquiza, que tapa distancias enormes, en horas, estrecha al fin a su tan odiado enemigo (hay un pleito de vacas en este odio y Chilavert anda en medio) y le da la primera soba. La campaña está casi limpia; el Pardejón . . . deshecho, por el Arapey.

En la plaza se padece hambre. La asignación que entrega don Samuel Lafone, arrendatario de la aduana, está comprometida en gran parte. La suerte parece nublada otra vez, a pesar de ese certero golpe de días pasados ("perdimos al general Núñez", dice un coronel sitiador, y "nuestra pérdia debió ser del todo"), y a pesar de esa gran gauchada de Flores, introduciendo en la plaza quinientas reses en un descuido del enemigo.

Entonces Paz, que viene estudiando el modo de dar una batalla campal sin caballos, un golpe que liquide el sitio, se decide. Ha calculado los tiempos y distancias, y sospesado, con precaución de diamantero, todas las probabilidades, en callada discusión consigo mismo. Se llega al Cerro, llama al jefe de la posición, el más gaucho de los coroneles, un campeador que alaban hasta las guitarras, y le explica el plan y su función en él, con paciencia larguísima, y aun le deja las instrucciones, marcando pasos y minutos.

—De la exactitud de sus movimientos —repite al irse— depende la salvación de todo el ejército. No lo olvide, coronel.

En un silencio de misa, con las ruedas de los cañones aforradas en cueros de carnero, el general llega, en la sombra, hasta las narices del enemigo, sin ser olfateado. Respira. La flor de las fuerzas de Oribe, rodeada por tropas que le han robado todas las vueltas, sin escape posible; cuando el otro, allá en el Cerrito, se dé por aludido, será tarde. Montevideo salva y con ello todo el resto. Así sueña su sueño matemático José María Paz. Pero los instantes se vencen —¡qué angustiosas consultas

al reloj!— y también las horas, y cuando el mismo sol llega . . . allá, a veinte cuadras del punto donde debía hallarse, está el coronel Silva diciendo a sus artilleros y sus jinetes inmóviles:

—Dónde se ha visto . . . ¡batalla sin caballería! Ya veremos cómo lo hacen pedazos al Manco.

Y mientras, y a pesar de todo —así con los caballos y cañones de testigos—, se combate tan desaforadamente que el enemigo se encoge media legua, aunque la desventaja es enorme, al fin, y sólo a fuerza de audacia y de pulso, y de muchas vidas, se sale del atolladero, Silva, que mira desde lejos la función, comenta afirmándose en los estribos:

—¡No les decía yo!

Y mientras de nuevo en su campo el enemigo agradece a la suerte el haberse librado de tamaña hecha, Paz nada puede contra los jefes, ahijados del gobierno.

Mas, como siempre, la ceguera no está sólo en los paisanos disfrazados de generales. Está también, como en tiempos de Artigas, en los porteños con sus prejuicios insumergibles: "las altas inteligencias", que unen a esfuerzos muy nobles, sin duda, una miopía de secta, cuando no algo peor. ¿No han sido ellos, justamente, los que temerosos de la influencia creciente de un hombre que no era porteño ni formaba entre los suyos, trabajaron para contrarrestarla en la persona del buen Ferré? ¡La anarquía de las montoneras y las logias! Sí, reniegan de Rosas, pero como si entre la tiranía y ellos sólo mediara un asunto personal, se rodean de misterio, y callan religiosamente sobre sus vistas futuras. "Como si Rosas hubiera de ser eterno, como si después de él no pudiesen venir otros tiranos, como si la tiranía y la libertad fuesen nada y las personas todo". Así medita el general Paz.

Sí, esos hombres quieren ver en él sólo un ariete contra Rosas. Lo usan ahora porque es indispensable, eso es todo.

Es Florencio Varela ("uno de los hombres más distinguidos que pueden encontrarse en cualquier parte del

mundo", dirá Thiers), a punto de partir en desempeño de su misión de inteligencia con los gobiernos de Inglaterra y Francia, el que viene a verlo trayendo la voz de la Comisión Argentina. Sí, no puede prescindirse de éste, cuya fama de hombre derecho sólo es comparable a la de su profunda cabeza de guerra. Pero Varela no viene a cambiar ideas o solicitar pareceres, viene simplemente a preguntarle si aprobará o no el pensamiento de "la separación de Entre Ríos y Corrientes para que formasen un estado independiente". Ante su negativa redonda, Varela se reduce a callar. Paz los conoce. "En precaución de lo que pudiera maniobrarse subterráneamente", hace llegar su opinión a los agentes extranjeros.

Porque no es sólo la ligereza elegante y la "inmensa fatuidad" lo que manda en estos autorizados caballeros de la Comisión Argentina; es, sobre todo, su impermeabilidad a lo que no emane de su ruedo. Lo que en él hay ahora, ya se ve. No lo asusta ni el fantasma de "una Polonia de la América del Sur". ¿No logran comprender que esa idea de mutilación del cuerpo de la República puede llamarse y se llama traición, y que eso, por otra parte, es entregarle el as de espadas a Rosas? Más aún: ¿no ven siquiera que fuera del terreno de la diplomacia ello no es viable, ya que "la idea de nacionalidad argentina es popular en Corrientes y Entre Ríos"?

X

Destierro

Cuando en las clases vulgares desaparecen cada día más el respeto al orden, a las leyes y el temor a las penas eternas, solamente los poderes extraordinarios son los únicos capaces de hacer cumplir los mandamientos de Dios, de las leyes, y respetar al capital y sus poseedores.

JUAN MANUEL DE ROSAS.

... el salvaje unitario Juan Manuel de Rosas.

Legislatura de Entre Ríos.
Decreto del 16 de febrero de 1852.

Entretanto, allá del otro lado, Juan Manuel de Rosas cosecha en paz los frutos de esa larga paciencia que es su genio. Ni la sombra de una disconformidad turba el entusiasmo federal unánime. Por si acaso, hay diez mil soldados en Palermo, diez mil en Santos Lugares, otro ejército en el Sur, otro en el Paraná, otro en Entre Ríos y ese que hace en Montevideo de centinela de vista. Afuera, quedan casi todos los guerreros de la independencia que quieren saber más que él lo que es patria —ellos, aliados de "los inmundos franceses"; los "lomos negros" que quieren enseñarle lo que es federación; los mozos literatos — hasta el hijo de "mi señor don Vicente" — con su absurda pretensión de no ser federales ni salvajes; los gringos, que quieren mandar más que el dueño de casa exigiendo lo que no tienen ni los mismos

patriotas de la causa y murmurando de "las extraordinarias". Veinte mil muertos en los combates — o en sus casas; treinta mil emigrados. Los gauchos, sirviendo en los campamentos, pues, claro, ellos tienen que responder en la ocasión; aunque, eso sí, se han vuelto muy cimarrones, y si no fuera porque ninguno puede moverse de su pago ni entrar en otro sin el visto bueno de los jueces de paz..., si no fuera porque cualquier otro olvido al respecto se paga con el cuero... Mas si es verdad que gaucho o caballo que entra en el ejército —"un patrio"— suelen darlo de baja sólo las balas enemigas, no se diga que el Restaurador no se acuerda de ellos, si llega la ocasión, con cincuenta vacas o media legua de campo...

Las fronteras del sur, que con los fuertes de Melincué o Tapalquén, se mantenían a setenta leguas de Buenos Aires, se han acercado cuarenta y llegan a Luján y Areco. En 1841 los indios conocidos de Rosas han "asolado amistosamente" una estancia sita a diez leguas del Paraná.

¿Escuelas? ¿Garantías? ¿Constitución? Ya vendrán a su tiempo. Faltan costumbres... federales. Es lo que se está creando, con la ayuda de Dios, "que se ve que nos quiere mucho".

El gobierno vela por la religión. El pueblo se arrodilla ante el retrato del Restaurador, más buenmozo que Jesucristo.

Los curas hacen su panegírico. El de la parroquia de la Concepción, guitarrero acaso, cierra el suyo con una décima:

> El cura de esta Parroquia
> con toda su clerecía
> en ser federal porfía...

En las provincias está cumpliéndose el programa, que en carta de 1830, anticipando la de 1835, él le trazara a Facundo: "Así, como cuando se quiere fundar un es-

tablecimiento de campo, lo primero son los trabajos preparatorios de cercalos corrales desmontes . . .".

Abandonadas las tierras de pan llevar, la harina es un artículo de importación. Un pueblo, pues, alimentado a pura carne y también a sangre, en ocasiones, ya que el gaucho aprendió a beberla de la res degollada, a estilo pampa. El contacto creciente y el nuevo régimen van dando casi la misma pinta al criollo argentino y al indio cimarrón: el caballo, el grito, la indumentaria, el alimento, el robo, el degüello.

Y en medio de tamaño entrevero, bajo el ejemplo de caudillos grandes y chicos —de Urquiza al fraile Aldao— hechos al derecho de pernada, y algo más, en sus dominios, ¿qué es de la mujer argentina, desde las doncellas y matronas de Buenos Aires que la Mazorca tusa a cuchillo o que atalajadas de rojo tiran del carro que lleva el retrato del Restaurador, hasta las chinas —las dolorosas hijas del pueblo— que los ejércitos llevan "para todo servicio"? Basta decir que las raptadas por el indio no echan mayormente de menos el mundo de los cristianos . . .

De los jefes de los estados federales, el que no diez, lleva quince o veinte años de ejecutivo. Llenados los compromisos con el que desde Palermo para sostenerse los sostiene, lo demás corre de su cuenta. Sin brazos ni seguridades, las fuentes de producción se agotan.

Patentes de pulpería o matadero, peajes o multas, son las entradas del fisco. ¿Industrias, asilos, escuelas? Tal vez los hay sin que los gobernadores lo sepan. Mientras algún cagatinta, con borlas de latín, en ocasiones, les atiende la correspondencia con el Restaurador, ellos organizan carreras o riñas de gallos para capear el aburrimiento. Si hay una banda lisa para la diana o la retreta, es la gloria. No todos son mano pesada, y aún éstos, si están de buen humor, en vez de fusilar o degollar, se conforman con una ordencita de destierro. El de Santiago, al Bracho; el de Cuyo, a Chacay, soledades cimarronas de los que sólo un malón puede salvar. A veces

también se tolera la iniciativa privada, y el de Mendoza, que deja cosechar "doce mil libras de capullos", recibe el soborno de un poncho de seda.

Cada gobernador en su provincia, pues, como loro en su estaca. Estanislao López murió después de un gobierno interino de veinte años; le sucede, como es natural, su pariente más próximo, el hermano Juan Pablo.

Para enternecer más la amistad de don Juan Manuel, López Quebracho, de Córdoba (donde la gramática municipal escribe: Caye de Cullo), tiene pintada de rojo su casa y envía todos los años, durante veinte, su renuncia a "la legislatura". En San Juan, los federales se unzan al coche de la señora de Benavídez. Ibarra, el de Santiago, que ha hospedado en su casa a su amigo Cullen, gobernador de Santa Fe, huído del veto de Rosas, lee un día en la mesa una carta que acaba de recibir de Buenos Aires:

—Compadre —dice levantando la vista—, póngase unas medias de lana, porque . . . — y el porque es la barra de grillos con que lo envía a Rosas. Ahora, sintiéndose morir, dispone que su gobierno pase a manos del "ilustre Restaurador" como un pingo de su marca.

Aldao, en Mendoza, enloquecido por el cáncer que le come la frente, declara locos a los unitarios y los hospitaliza.

Pintas más o menos, en las otras provincias se ve lo mismo. Sólo el de Entre Ríos es hombre de administración y de gobierno, aunque gaste más sangre que todos los otros juntos.

De todo esto será responsable en gran parte, sin duda, el hombre rojo de Buenos Aires, y los amarillos que lo siguen, ¿pero, por qué no, también, un poco los del otro bando con sus prejuicios y supersticiones de cultos y sus prevenciones de malos criollos?

* * *

Entretanto, en Montevideo, la afluencia de muchos emigrados de una generación nueva y la marcha natural

de las cosas, dan otro aspecto a la lucha. Montevideo, vuelto un centro extraordinariamente cosmopolita y comercial, es también refugio de la inteligencia, respetable —con todas sus menguas— por serlo y porque no está prostituída, y sus agentes que agitan la prensa, el teatro y la escuela, sólo conocen la ración del soldado. Más aún: Montevideo es la ciudad de los poetas que huyen de la asfixia de Buenos Aires — aunque Alberdi se deje decir que en América la poesía anda prófuga de los versos... Varela, "el eco de la razón pública en estas aguas", poeta; Ascasubi, un gaucho ascendido de soldado raso a jefe y escapado de las garras del Restaurador con una largada de quince metros de murallón en el Retiro, poeta; Echeverría, que se aprieta el derramado corazón enfermo mientras alumbra ideas nuevas, poeta; Mitre, un mozo que dragoneó de jardinero y domador de caballos en una estancia de Gervasio Rosas, poeta — aunque con mejor mano, dicen, para el cañón que para las rimas; y poeta, también, Pacheco y Obes, el ingastable resorte de la defensa y hombre capaz de dominar y arrestar solo y con su sola voz una compañía entera sublevada.

Pero a la prensa que era únicamente un boletín del ejército, sucede la de discusión clara y sin mayor generosidad de insultos. A Rivera Indarte, el de **Es acción santa matar a Rosas**, hombre tan poco aseado de manos y conciencia como d'Angelis o de boca como Mariño —¡empates difíciles!— sucede Florencio Varela, con su inteligencia tan pulcra como su vida privada. La tarea de **Comercio del Plata** es numerosa y de entraña: demostrar que el monopolio de los ríos, esa renta de las aguas que Rosas percibe, está sólo en el interés malentendido de Buenos Aires, y significa el yugo económico de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, ya que es ganancia de cada uno, y por ello de todos, el comercio directo con el extranjero; que en estados federales no hay legalmente autoridad nacional para sostener esta doctrina de la **Gaceta**: "Buenos Aires, dueña exclusiva de la boca del

Río de la Plata". Que sólo un criterio de pulpero puede suponer ventaja para una provincia la miseria de otra que le echa sus cuatreros a la frontera. Que Europa y Norte América —donde Lamartine pregunta qué idioma habla la sociedad de Buenos Aires, o escriben: Montevideo (Méjico), o designan a Urquiza con ortografía caldea: Ur-Kisso—, debían ignorarnos menos, ya que está en su propia conveniencia "apoyar el principio civilizador en estas zonas". Que, como le dijo Ousley al ministro Guido, "si Rosas comprende . . . puede suplantar a Rusia en la exportación de los artículos que Inglaterra consume". Que los ciento y tantos mil cueros que Entre Ríos lleva a Montevideo ahora serían puro desperdicio si cerrara sus puertos. Sí, mal que mal, el doctor unitario pone su mano sobre buena parte de la realidad, mientras el estanciero federal sigue con su retórica ya gastada: "la independencia americana", los "inmundos franceses" y los vivas y mueras.

Pero Varela es en el fondo un clásico que piensa un poco en latín aunque hable inglés y está casi en Europa aunque escriba en el Plata, y todas las prevenciones porteñas laten en el porteño. Como muchos gobernantes que vendrán después, fuera de Buenos Aires nada conoce del país; por eso en un momento su desintegración pudo parecerle viable. Como los patricios de 1814, y aunque en su cabeza no se formule eso, en su espíritu cree que la República Argentina es Buenos Aires y acaso una faja del litoral, y que toda la civilización es el comercio extranjero. Sin pensarlo, acaso, sólo aspira, en 1846, a la recuperación de 1826. ("Es curiosa la coincidencia que se echa de ver, escribe el general Paz a Domingo de Oro, entre el empeño del señor Varela y el plan que siguieron desde mucho antes los gobiernos de Buenos Aires; consistía en lisonjear a las provincias litorales acordándoles hasta subsidios pecuniarios a fin de que separasen sus pretensiones de las mediterráneas"). Y si alguien le insinuara que la miopía doctoral y la ingenuidad teórica de los próceres porteños han sido en gran

parte la ocasión de Rosas, y que Rosas es el más argentino de todos porque es el más gaucho, lo tomaría a broma. Por eso no siente a los recién venidos ni ellos lo sienten, aunque lo respeten: los jóvenes, que con todas sus limitaciones marchan ya delante suyo.

Sí, esos recién venidos conocen su tierra siquiera de vista, y algo se les ha pegado de ella. Uno anduvo por la Patagonia y fué manejador de caballos; otro se hizo hasta capataz de minas; otro, nacido tierra adentro, se pasó de las tiendas porteñas a los campamentos militares; otro, guitarrista orillero en Buenos Aires, se va a París y de vuelta se anima a mirar un matadero y enfrentarle unos versos a la pampa. Sí, ellos tienen el prurito civilizador y renovador de Rivadavia sin su ofensiva ignorancia de lo argentino; para ellos, los tres lustros de rosismo no han pasado inútilmente. Son, pues, el nuevo orden de cosas que va a venir. Mucha patria anda afuera con estos emigrados.

Bueno es advertir, sin embargo, que ninguno de ellos es del todo lo que debe ser; ninguno es enteramente leal al destino de la tierra nueva. No aceptan ni sienten religiosamente su insobornable realidad; no sienten a su hijo profundo, el gaucho — aunque pacten después con los caudillos, sus explotadores. (Hacen un poco a la manera del mismo Rosas, que con caballos y peones, sólo trabaja, después de todo, para entregar la tierra más desnuda al unitario y al gringo, al jaqué y a la libra esterlina). Mitre, en el fondo, es de los que creen que sin el dominio de las declinaciones latinas no se puede ser menos que un bárbaro. Alberdi, que desprecia al gaucho y el verso, y preconizará la panacea del sajón, el comercio y la constitución científica, no podrá sospechar que en el paraíso económico y político de los Estados Unidos la barbarie está ya en forma de una montonera que cabalga en máquinas. Sarmiento, gran sentidor de lo argentino y gran despreciador de lo mismo, que tiene la religión del abecé y sueña en la silla inglesa, la máquina de vapor y la ética de las alcancías de Franklin, no podrá

maliciar nunca que los rieles pueden ser grillos; la prensa, lengua del encanallamiento, y la instrucción oficial obligatoria, el más eficaz instrumento de servidumbre. Los tres tendrán mucho que ver en esa inocencia redonda con que su tierra se entregará a ese otro tirano mucho más astuto y omnipotente que don Juan Manuel: el capital extranjero.

De veras que no se trata de un uniforme más o menos vistoso —Federación o Constitución— sino de la integración profunda de todos los valores en discordia.

El error reside en suponer que un pueblo sin costumbres, criado en la carestía del desierto, sin consumo de religión, de arte o de moral (todo eso a que Rosas no ha hecho sino sacarle punta), esté apto para el uso de la civilización sin más que dictarle una ley, — esa civilización que hay que importar, cueste lo que cueste. Pues la verdad es que la Constitución de los regresados será a fin de cuentas tan aérea como la del 19 y la del 26, y que el oro y el acero inglés jugarán aquí casi el papel del alcohol en la colonización africana. Esos hombres están aún demasiado cerca de Rivadavia y los suyos. La verdad es que sólo creen en el extranjero; es decir, mezquinan los ojos al poder de lo indígena, profundo como una atmósfera, confiados en que en la tierra nueva el europeo reeditará a Europa... Conocimiento y buena voluntad hay en ellos, pero les falta la esencial: **no están enamorados de su tierra.**

* * *

Montevideo no precisa ya del general Paz. El tampoco precisa de ella: con su espíritu y sus elementos, sólo puede pensarse en la defensiva. La guerra contra Rosas, un sueño.

"Los horrorosos e infinitos degüellos de nuestros feroces enemigos"..., "en toda la provincia... unas creencias eminentemente nacionales": "Un hombre enteramente argentino como el general Paz"..., "el mez-

quino sistema del señor Ferré"..., "soldados que lo estiman de veras, general".

Cartas de Corrientes. Llevando del maneador sus caballos de monta y de reserva y la pelota con el equipo, Joaquín Madariaga y una gavilla de valientes cruzaron a nado, una noche, el río Uruguay y la provincia se alzó entera una vez más contra los seides del seide del tirano. Pero él conoce bien a los Madariaga. Muy sujetos de una hazaña de envión como ésta, y paremos de contar.

Tan limitados como Ferré, no tienen, ni con mucho, su honradez probada. (En contrapunto con Rivera y Chilavert, fueron los que se alzaron con las rentas de Caaguazú, limpiando de pezuñas urquicistas los campos de Entre Ríos).

"Siempre he contado con la persona de Vuestra Excelencia para hacer la guerra." "No excuse las operaciones que debo hacer por ahora ...". Ya se ve; igual que los señores de Montevideo, estos comandantes gauchos creen en él sólo en las duras. Sí, y le dan la derecha como preceptor de victorias — y por poco, no le piden la receta. Para ellos la guerra es eso, no más. Todo el resto, desde la economía del caballo hasta la del soldado, se les escapa: no digamos la proyección liberadora y humana del triunfo.

Por eso, aunque inútilmente, trató de ver, desde la distancia, el fondo de las cosas, de sospesar las probabilidades de la empresa, de entender si sólo se trataba de una nueva aventura... Y si se vino, fué sólo con la esperanza indispensable para el viaje. Tampoco alteró mayormente su pulso el entusiasmo de las puebladas correntinas a su tránsito, ni siquiera el de sus soldados gauchos de Caaguazú, que recién nomás, en la primera tentativa —y la primera chambonada— sobre Entre Ríos, habían gritado, en el entrevero del desastre:

—¡Ojalá estuviera aquí el general Paz!

—Sí, hijos..., lo hemos de traer y él nos ha de dirigir — había contestado Juan Madariaga.

Y no son pocos ya los meses que padece al frente

de un ejército "que no necesita enemigos ni batallas para deshacerse". Milicos tan de línea como los ganados que roban; fusiles de cañón raboneado en un tercio; bayonetas sirviendo de asadores; carneadas a destajo y soldados carecidos... Ha hecho y hace lo que puede — bien poco, pues las pihuelas del Director de la guerra son los mismos Madariaga, que mientras hacen roncha en la hacienda pública y aún en la otra, protegen a "los pobres correntinos" contra "los jefes extranjeros" y aún contra la "tiranía" del general. Y cuando éste, que sabe a qué atenerse sobre el empuje y el aguante de sus tropas, pide ayuda a la geografía (en alianza con la fabulosa laguna Iberá, que también se constela en la noche, y ese gran río, que con la guturación de las selvas vírgenes, sueña aún en el trópico), y resuelve fortificar la tranquera de Loreto —un plan que tiene la profundidad y la armonía de un gran poema—, los dueños de la provincia hablan que eso es costo e inútil y no de valientes el esconder el bulto...

Entretanto, el otro que tal de Rivera, que allá en su propio rodeo no ha sido al menos para entretener al invasor, deja carnear su ejército en India Muerta —¡enfría el cebo al más entrañudo el oír lo que se cuenta!— y el vencedor ofrece una nueva visita a Corrientes.

* * *

¿Y quién es, a la hora que estamos, ese que en esta campeada oriental acaba de acreditarse como el único hombre de guerra que tiene la Confederación?

Hijo de un vizcaíno ricacho de la costa del Uruguay, se endeuda en un negrito de una puñalada, en el colegio; entra de mancebo de tienda; oficia de picapleitos; después, de diputado, y con la vacuna rivadaviana, pedirá franquicias para los porteños "tan argentinos como los otros". Muy ambicioso, cualquier camino o atajo es bueno; conspira a troche y moche; corrido por "salvaje unitario lavallista", aparece al fin de comandante federal del gobernador Echagüe, a quien Rosas advierte: "¡cui-

dado con ese jefe, amigo!" — y el desastre de Caaguazú pone a Entre Ríos en sus manos. Es muy vivo — todo el gaucho vivo: en el negocio o la guerra, en el amor o la política. "Hombre que conoce todas las travesuras de sus compatriotas", dirá Alvear. Su retentiva no confunde pelos ni señales, y al asesino de su hermano lo reconocerá después de una caterva de años. Es frugal y no fuma y aborrece a los bebedores y los flojos. Carga puñal debajo del chaleco. Recio de cuerpo y de mandíbulas, con su aplastada boca entre sus patillas, con sus ojos amarillos como el miedo, su figura es un compromiso siempre, no digamos si se empaca: cuando suelta uno de sus famosos: ¡Hum! . . . o cuando congestionado de ojos y narices en el remonte de su enojo pampa, cortajea las palabras. ¡Oh, ese tartamudeo de don Justo, que hunde el ombligo al más toro! Junto a Rosas, el atleta que por algo tendrá labios de mujer, el coraje del entrerriano es como uno de sus ríos fronterizos.

Bajo su mano, el Entre Ríos espeso de pastos y bandidos, cambia al trote largo. Vidas u honras podrán no importar —y no importan—, pero el orden, y, sobre todo, la propiedad, son sacrosantos. El talión: una cabeza de vaca robada se paga con la propia; también una sandía. Ya es tal la virtud del paisano justista que no cede ni ante una bolsa de soles hallada en el camino real. . . Don Justo ha chafado a los caudillejos de más púas o los ha hecho sus leoneros. Y él no perdona una defección ni un olvido: "el salteador, que aunque pasen veinte años, yo lo he de castigar", lo sabe. Cercos y caminos, molinos y telares, labranza y comercio. Y escuelas, al revés de Rosas o Echagüe, que sólo traen jesuítas; escuelas para esos gauchitos a quienes hay que campear — y a alguno hasta bolearle el caballo. Más tarde vendrá un colegio célebre, y la repatriación de prófugos y la protección a gringos sabios. ¡Qué mucho, pues, que ésta sea "la taza de oro" entre las otras provincias, caídas en manos de poltrones, carreristas o borrachos, y que siendo una la disciplina militar y la civil,

haya diez mil soldados para la causa! "Mis entrerrianos". No miente. Entre Ríos es él. El propietario de esa estancia que administra con mucha más capacidad que Rosas la suya, eso es todo.

Pero, ya se sabe, en Entre Ríos nadie puede poner un boliche o mover una oreja sin permiso suyo. Y que azota alguna vez, como un patrón brasilero, a sus peones o los mete en las prisiones militares. Y que sus grandes estancias se agrandan sin tregua y el ganado marca flor —la del Padre de los entrerrianos— es ubicuo, y nadie lo toca o junto a la res muerta puede hallarse al cristiano degollado. Y que hasta los charqueadores del saladero Santa Cándida son soldados de línea y los capataces arrean al mujerío pobre a trasquilar las innumerables majadas del general.

—¡Hum! . . . De mis soldados el que no tiene una estancia tiene dos.

Pero en sus tropas, por algún jinete que refucila de plata, son demasiados los que estriban entre los dedos sin una espuelita, a veces, para el talón rajado. Y llenará de plantas no vistas "el alcázar de San José" (parque miliunanochesco con estatuas y guanacos y lagos hechizos y pajareras como arcas) para criar el amor al árbol en el paisano de Entre Ríos, que, como todos los del país, vive en tierras prestadas (son del amo o de sus jefes y socios), es decir, de las que nunca llevan árboles . . .

Su fortuna se calculará un día en trece millones de pesos, y en ochenta mil el número de sus caballos. Y no se hable del de las mujeres de este Harun-al-Raschid de galera de felpa y poncho blanco, del gran braguetudo que no tolera, sin embargo, una nagua en el ejército.

Puede dudarse si hay quién ama, pero no si hay quién no tema al amo de ese perro Purvis —así bautizado, a la rosista, con el nombre del almirante inglés—, que muerde traidoramente a todo el que él mira de mal modo; de este hombre egoísta como un vientre y manirroto de la carne de Dios; del general que en el campo

de triunfo —Pago Largo, India Muerta, Vences—, con la pierna doblada sobre el borrén ordena, aún a los muchachos cornetas, para que se hagan hombres, el sacrificio de los prisioneros en sartas y por cientos, — de paisanos, como ese que habla desde el suelo:

—Mi general, no nos deje degollar . . . **Tuavía podemos ser útiles a la patria . . .**

¡Patria, pobres gauchos!

Morirá en su ley, no sólo a fierro, sino a manos de esos mismos bandidos que él gusta "perdonar" (el cuchillo de Nico Coronel, su capataz, estará teñido hasta en sangre de mujeres y niños) para convertirlos en amuletos.

Un bebedor de sangre y de sudor es no más hasta hoy, pues, el restaurador de Entre Ríos, el que venciendo en sí y en los suyos una tradición de odio —con cabeza que no tendrá el triste Juan Manuel—, se alzará un día a "libertador de ríos y de pueblos" y a organizador de la República.

* * *

En Corrientes, las cosas no pintan bien. López Mascarilla —otra fatalidad de las circunstancias—, mandado a maniobrar sobre Santa Fe, puso mucho menos atención en sus soldados que en su "magnífica tropilla de parejeros" y apenas si pudo salvar algo más que su persona. Toda su infantería fué pasada a cuchillo.

Mas el Paraguay, a quien Rosas no reconoce mayoría de edad, trancándole el río que es su puerta de calle, se anima también a la lucha contra el usurpador, eso sí, confiando menos en su alianza con el Uruguay y Corrientes que en el brazo y la responsabilidad del que salvó a Montevideo. No obstante, también hay tropiezos por este lado. Le es preciso ceder un tanto en su carácter de único encargado de las relaciones exteriores, pues se han entendido contra él las desechadas vistas a la independencia de Corrientes del presidente paraguayo, y las pobres miras de los Madariaga. Aún más: le fué preciso esgrimir su misma renuncia para contener los

avances de la yunta fraterna, que sin sospecha de que lo que va a venir les quedará muy grande, quieren usar al general sólo como una bandera para prestigiarse ante propios y extraños.

Aquí están al fin los paraguayos, de que se hacen lenguas los que confunden disciplina militar con servilismo jesuítico, a las órdenes de un mariscal de dieciocho años: Francisco Solano López. Son más pluma que otra cosa, como el chajá, pero el bulto —y éste es grande— también suele ser arma en ocasiones.

Sucede también que los Madariaga empiezan a amainar de golpe: ¡Urquiza viene sobre la frontera; Urquiza, a cuyo solo nombre se enrarece el aire de Corrientes! Con todo, como nadie manda en casa ajena, el general Paz no puede impedir que don Juan Madariaga, con su arrojada inepcia, tome el mando de la vanguardia.

Y ocurre lo que era de temerse. Madariaga, que, como Lavalle, como Ferré, como Rivera, como el coronel Silva, como las altas inteligencias de Montevideo, como todos, no sabe reconocer a Paz (¡y qué va a entender de esas marchas y contramarchas, de ese lazo de atajos y de esteros que trenza el Manco!), desoye sus consejos y aún sus órdenes, pide más caballos, eso sí, y ya jugó todo su haber en una carta y ya perdió también: todos sus caballos dispersos como patos de laguna, las instrucciones de su jefe en poder del otro, y él, que por mirar hacia atrás, se echa con su pingo unas palmeras por delante, en tierra, ahora, de rodillas entre los soldados enemigos, pidiendo por su vida...

No esconde ya, la pobre provincia, su aprensión profunda, y comienzan a levantarse los recuerdos terribles: de los que aún niegan, al que va a morir, la gracia de cavar un hoyito para que no se desparrame su sangre, y queman ranchos después de saquearlos o violan mujeres antes de degollarlas; y de las almas espantadas como caballos.

Urquiza a don Lucio Mansilla: "dentro de una hora marcho para Corrientes con un ejército de bravos que

muy pronto concluirá con el salvaje manco Paz y con las esperanzas que en este traidor tienen los ambiciosos extranjeros". Mas a pesar de esto, del orgullo de India Muerta y el triunfo de la víspera, de la superioridad de sus lanceros y su consuetudinario arrojo, el general entrerriano se sofrena en el pique, y avanza con lujo de cautela; entre "penosas indecisiones", después, como si temiera enredarse en las cuartas. (¿Las mismas del buen Oribe, con sus doce mil, ante la pobre Montevideo?). Así un día y otro día. En el séptimo, el perseguido ha hecho alto y espera. Delante, está el bañado de Ibajay. El invasor llega, tantea, y de pronto, como si en ese inmenso pantano hubiera olfateado a la muerte, vuelve cara para desandar su camino, sin dudas ahora, con una violencia de acometida, dejando nueve mil caballos en la marcha . . .

De veras, era lo que tenía que hacer: en esa endiablada Ibajay que inventó el Manco —peor que enjabonarle el piso—, sus caballos se iban a anular en el fangal; de recular despacio por aquel camino estrecho como un asma, el enemigo lo hubiera sobado en el cruce de los ríos. Mas ahí está, todavía, el Corrientes con sus aguerridas aguas del trópico y sus camalotes traicioneros: si lo vadea a tiempo, Urquiza puede agradecer a la suerte.

Pero el gobernador no lo entiende o no quiere entenderlo; el gobernador mezquina y aún esconde los caballos. Don Joaquín Madariaga, semientendido ya con el invasor, a trueque de la anulación de Paz, sólo quiere, a toda costa, salvar a su hermano prisionero.

En efecto, no pasa mucho, y en una noche cualquiera los soldados del Ejército pacificador toman el camino de sus casas, y el general, con los cuantos que le quedan, otra vez el del destierro — escopeteado ya por sus compañeros de la víspera.

* * *

Diez meses en el Paraguay de la dinastía de los López, sucesores del doctor Francia, el hombre más pá-

lido de América, — en esa Asunción en que conoció y trató, con la casi aparcería de los desterrados, a ese viejito gaucho rodeado de perros que un día, al afirmarse, ayudado por él, en los estribos de su moro, exclamó, refrescando ojerizas de casi medio siglo: —¡Ahora, que vengan los porteños . . ., digo los portugueses! . . . José Gervasio Artigas.

Después, a través de las desiertas Misiones guaraníes, vino a Río Grande sólo por ver y oír a gentes y cosas de su tierra, bien que, como podía esperar, esos compatriotas emigrados no le mezquinan la calumnia ni el estorbo. Por intermedio de su ministro Guido, que protesta ante el gobierno imperial, Rosas los ayuda a su vez: el general Paz residirá en Río de Janeiro, sin poder alejarse un paso hacia el sur. Y así es cómo, al fin, el dueño de la mejor espada de Sur América está ahora de chacarero en los alrededores de Río.

Junto con los pequeños trabajos de su finca, el mucho menos grato de relatar los largos días y las largas penas del que en cuarenta años de campamento sólo tuvo dos descansos: el calabozo y el destierro. Continúa, en efecto, sus Memorias, comenzadas en Buenos Aires, antes de su fuga, e interrumpidas por nueve años de enormes tareas. Esas memorias que son como un examen de conciencia, y también como un deber terrible, sobre todo ahora, después de hojeadas las Prisiones del Pellico. Pues, aunque sólo el sentimiento religioso y el testimonio de su propia conciencia le han sido ayuda en el telar de sus desdichas, él no tiene "la dulzura, la resignación, la caridad" del reo del Spielberg, ni puede vestirse con ropas ajenas. Dirá imperturbablemente lo que él siente como verdad, — cosa muy dura cuando la verdad lo es. Pero se trata más de las tribulaciones de un pueblo que de las suyas. Y lo que no escondió a sus contemporáneos, cuando llegó el caso, no lo esconderá a los que vengan. La severidad es, de ese modo, uno de los derechos de su honradez. Y sucede también, que mientras los profesionales, excepciones contadas, escriben, con las engorro-

sas galas y el énfasis que tienen en la conducta y el ademán, este hombre sin compromiso alguno con la fanfarria ni la retórica, y que ni aún tiene tiempo de leer sus planas, está haciendo de su escritura una conversación que muchos años después podrán escuchar sin cansarse hasta los más distraídos — y dejará el testimonio más fehaciente de los hechos y fechorías de su tierra.

Y, en verdad, de este asiduo y desnudo confrontamiento consigo mismo, no puede salir mal parado. No es que la duda no lo visite a ratos, ni escape a su criterio más de un error probable o cierto, o algún caso en que la adulación lo turbó, u otro en que su ambición pudo no marchar enteramente identificada con el interés de todos. Mas no puede achicarse o equivocarse ante su propia conciencia. El ha sido entre los argentinos de su época quizá el único hombre constantemente fiel a sí mismo, es decir, el único hombre libre.

Les falta a los otros, de veras, el aprendizaje de sí mismos. Capaces de todo, hasta de la mejor acción y aún de la hazaña, les falta esa lealtad consigo mismos que se llama conducta. Productos de su medio, obran siempre en función y por mandato del medio —se llame chusma o junta de notables— y su persona es sólo lo que las circunstancias mandan. El enorme espíritu de opresión y crueldad se explica porque no teniendo sincero respeto por el hombre que llevan en sí no pueden respetar a los otros. En efecto, están llenos de vanidad o inconciencia, cuando no de avaricia o de fraude — sin conocer nunca el verdadero orgullo, sin maliciar siquiera que la medida de lo heroico la da tanto la capacidad de hacer ciertas cosas como la de renunciar a otras y de guardar fe a veces en lo más lejano. Les sobra valor muscular, pero les falta ese valor profundo y total que se llama hombría; desafían magníficamente el peligro físico, pero qué condescendencia, cuando no servilismo, con muchas de las cosas que apocan al hombre y el alma del hombre.

Lavalle, hombre ingenuo, manchándose con un acto

de estúpida crueldad. Lamadrid, ofreciéndose porfiadamente a su compadre Rosas y jurando entre sus mazorqueros —traicionándolo después—, o huroneando los tapaos de Facundo: "después de tanto fregarse por la patria, no es regular ser zonzo cuando se encuentra ocasión de tocar sin perjuicio de nadie...". El sabio Muñiz, avergonzado honradamente un día de su escarapela federal, aprovechándose después del megaterio para testimoniar su nueva fe. La Comisión Argentina de Chile, aconsejando el talión en la lucha. La de Montevideo, queriendo entregar dos provincias, con tal de rescatar a Buenos Aires. Urquiza, desatando olas de sangre para halagar a "el monstruo Rosas", como dirá después, repitiendo hasta sus apodos —"el pelafustán Juan Pablo López"— y tragándose, puedas que no, la humillación de romper su propio tratado de Alcaraz. El honorable don Vicente López, escribiendo otros himnos... en el álbum de Manuelita, mientras su propio hijo se va, dejando hasta su novia, porque no puede con ese aire irrespirable. Rosas, descargando toda la panoplia de la ofensa y la pifia contra Urquiza, quemándolo en efigie después de pasearlo en un carro de tunas — contra ese mismo "loco traidor" a quien escribirá después una carta interesada y servil, y cuya limosna de mil libras recibirá enternecido.

El pensamiento del desterrado se vuelve sobre sí mismo y queda inmovilizado bajo el peso de la soledad. ¡La muerte... la muerta... Margarita! Pero, no; no será indigno de ella y tampoco esta vez se dará por vencido. Pensará más bien que todas las otras sólo han sido la preparación para esta angustia final. Vivirá para esos hijos que le quedan, y también para esas Memorias que debe concluir —por él y por su pueblo—, para esa presentación de sus títulos a la posteridad. Al fin y al cabo ese será su porvenir, si esa fué su carrera... Como en todo intenso y levantado vivir, es ansia de sobrevivir lo que hay en la de este hombre. El ingenuo y terrible amor a la gloria.

El tuvo que lidiar o tirar en yunta con caudillos y doctores, con militares y montoneros; él conoce a sus compatriotas, desde los porteños, esos "gauchos de camisa almidonada" que dijo Rivadavia, hasta los otros del Norte o de la Banda Oriental; desde los negros de Córdoba a los paisanos de Corrientes. La novelería y la fachenda son sus cartas favoritas. Más que el culto al coraje hay el culto a la viveza criolla, y ante el éxito no se pregunta el camino que trajo o que llevará, para sacársele el sombrero. Para lo que no brilla o chisporrotea, para lo que no es de hoy sino de mañana, no hay ojos, ni fe, ni esfuerzos. ¡Federación, Libertad! Las palabras son la burla de lo que dicen. Las patrias necesitan ser defendidas de los patriotas. El contrasentido es la ley.

Con caballos profundos y jinetes natos no hubo caballería, propiamente hablando, porque aprovechar la destreza gaucha, encauzando la dispersión de los repentes individuales, era arte paciente y severo. En esta guerra de los desterrados contra la tiranía sucedió que mientras los gauchos, sea como sea, estaban militarizados ya, los de afuera querían combatirlos con "un ejército de ciudadanos", es decir, con la montonera.

Y esa es la explicación de que un hombre esté dominando veinte años una república con sólo su genio policial, que otro no tiene. Rosas ha estado, ¡cuántas veces!, a un jeme del derrumbe. Si en 1839, los de Chascomús y Lavalle y Ramón Maza hubieran tirado a un tiempo... Si en 1841, Ferré, sin los enredos de Rivera y los otros, hubiera dejado hacer las cosas... Si el año 46... De veras, la anarquía que lo elevó viene encargándose a la vez de inveterar al hombre suertudo.

Así piensa el general Paz en su chacra.

Lo que falta individual o colectivamente al criollo es la disciplina. En la guerra, arte de economía, de precisión y rapidez, donde lo que no ayuda estorba, la disciplina es el "combatir con flauta" del griego, es decir, la obediencia a ese ritmo que de un hato de hombres hace un solo gigante. Pero esto es lo de menos. Pues ocurre

que el primer guerrero de su tiempo no es acaso justamente eso en el fondo. El, que jamás derramó sangre inútil, que repugna el abuso y la rapiña, que odia toda servidumbre. Y la guerra, herramienta de crueldad y destrucción, lo es sobre todo de servidumbre; la guerra, aún la más santa en su propósito, lleva en sí la negación de toda justicia y la traición a ese sentido de armonía, no siempre atrofiado, que llevamos en nosotros. Y él ha visto en sus soldados hombres antes que proyectiles; él ha sido siempre, antes que general, un hombre.

Y es disciplina de hombre, más que de soldado, por cierto, lo que necesita el argentino. La que le enseñará a dominarse para que no lo dominen otros; la que siendo gimnasia de la libertad el enseñará a vencer al Juan Manuel —atrabiliario y egoísta, feroz y farolero, mandón y servil— que lleva adentro. Entonces podrá hablarse de hombres, no de reses; de pueblo, no de rebaño.

* * *

Mas ahora una voz, tan profunda que acaso él no oye, dice a ratos que pese a su enorme buena voluntad, él también pecó contra su tierra, contra el destino oculto o manifiesto de las cosas. Por herencia, por hábito, por superstición de educación o rango, él no pudo sentir a fondo, es decir, comprender al gaucho; no alcanzó, sin duda, la intimidad de su pueblo. Las palabras **la plebe, la clase baja, los paisanos**, suenan un poco en él a cosas de la distancia. Que el **proto-caudillo** Artigas, el **proto-gaucho** López, y Rosas, y Urquiza y los otros, explotaron y diezmaron al paisano argentino, convenido; pero estuvieron con él, usando su lenguaje y sus hábitos . . .

Y ese gaucho que no tiene el alma encorvada de los campesinos de Europa, sino mucho de la dignidad de los pastores antiguos, y se muestra a los ojos del inglés como "una mezcla de paisano y caballero, con ademanes tan flexibles y armoniosos como los de una señorita en su sala de recibo", — el gaucho, perdona la explotación pero no el desprecio, aún disimulado y aunque venga del

mejor intencionado de los hombres. Mente coordinadora, voluntad levantada, limpieza de corazón y manos: él, José María Paz, tiene eso que faltó a los otros, y supo, único entre todos, ganarse hasta el respeto del enemigo, pero le faltó, en cierto modo, esa afinidad con su gente, ese don de "inspirar" a las masas, de los caudillos y los capitanejos. ¿Era una fatalidad o sólo una falla?

El hombre verdadero tiene fatalmente que sentirse por encima de los otros: pero esto no ha de traerle engreimiento, porque siente también que su raíz es común y que no puede aislarse, pues sólo apoyándose en los demás hombres logrará su desarrollo cabal. Su gloria estará en servir a los hombres y su máxima libertad en libertarlos. Y el fracaso de uno o de otro —muchedumbre y héroe— suele estar en no reconocerse mutuamente.

De Montevideo lo llamaron oficialmente. El Presidente le escribió después diciéndole "cuanto puede decirse" para obligarlo a volver al frente de ese ejército que él formara. El viudo ha mirado esa espada, que es como un arado insigne; ha mirado dentro de sí mismo, y ha contestado lo que debía contestar. El conoce demasiado a los hombres y las cosas de Montevideo y de Buenos Aires para no medir lo inútil de un nuevo sacrificio. Y conoce hombres que después de enronquecer diciendo lo que puede decirse de Rosas, y después de la lavativa de ají, han ido a echarse a sus pies. Y "la pobre Montevideo"..., "no hay humillación, y hasta puede decirse bajeza por donde no haya pasado".

Sin embargo, él no puede contradecirse a sí mismo: no desespera: la hora que aguardan todos vendrá, y ya está cercana. "No sucederá esto, sin duda, con los elementos que vanamente se han ensayado, pero surgirán otros de donde menos lo pensamos". Así le profetiza al más profundo de sus amigos, en quien puede confiarse como en un igual y cuyo aprecio es su premio: Domingo de Oro, el más sutil argentino de la época y que comparte con él el privilegio de la admiración de ese gran Sarmiento que no admira a nadie... "Venga el bien de

cualquier parte que sea; dejemos a los que coadyuvaron a la tiranía .. el prurito de derrocarla. No seamos tan egoístas". Así le escribe más tarde, cuando Urquiza, su viejo rival, que no le perdona, se levanta al fin contra el Gran Americano que se mostrará el gran capón que es, perdiendo la cabeza y la batalla y disparando con ayuda de gringos, — Justo José de Urquiza, que se parece no poco a ése que hizo el hospital después de hacer los pobres.

José María Paz está sereno. (¡Qué desencantada resignación no estará ocultándose a sí mismo!). "Aquí vivo pobre, pero no quiero llamarme desgraciado... Si algo me aflige es la suerte de mis hijos........... ¡Qué patria esta nuestra! Y, ¿por qué no diré?: ¡Qué mundo! Sí, así, casi es todo... pero lo nuestro más que todo".

Fin de

EL GENERAL PAZ

Y

LOS DOS CAUDILLAJES

RECONOCIMIENTO

Mi gratitud quiere inscribir aquí los nombres de doña Esther Rebollo Paz de Oro, doña María Angélica Rebollo Paz de Vila Peralta, doctor Guillermo Correa, capitán de fragata Jacinto R. Jaben, mayor Alejandro Franco, generosas ayudas en el afán de este libro.

OBRAS CONSULTADAS

Juan B. Alberdi: *Bases.* — *Estudios económicos.* — *Sistema económico y rentístico de la confederación.* — *Cartas quillotanas.* — *Biografía del general San Martín.* — *Pensamientos.* — *Facundo por Sarmiento; Belgrano por Mitre.* — Hilario Ascasubi: *Paulino Lucero.* — Lucas Ayarragaray: *La anarquía argentina y el caudillismo.* — Félix de Azara: *Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801.* — *Viajes por la América Meridional.* — Teófilo Barañao: *Justo José de Urquiza.* — Federico de la Barra: *La vida de un traidor.* — Juan Beverina: *El general José María Paz.* — José Juan Biedma: *Bartolomé Mitre.* — Manuel Bilbao: *Historia de Rosas.* — Arturo Capdevila: *Rivadavia.* — Ramón J. Cárcano: *Juan Facundo Quiroga.* — Tomás Carlyle: *El Dr. Francia.* — Adolfo B. Carranza: *Memorias y autobiografías.* — Joaquín Carrillo: *Historia civil de Jujuy.* — Juan Coronado: *Misterios de San José.* — Julio A. Costa: *Rosas y Lavalle.* — Antonio Díaz: *Historia de las Repúblicas del Plata.* — Adriano Díaz: *Memorias inéditas del general César Díaz.* — Carlos Darwin: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo.* — José Manuel Estrada: *Lecciones sobre la historia de la República Argentina.* — *La política liberal bajo la tiranía de Rosas.* — Pedro Ferré: *Memoria.* — Bernardo Frías: *Historia del general Martín Güemes.* — Juan W. Gez: *Apoteosis de Pringles.* — Paul Groussac: *Estudios de historia argentina.* — Samuel Haig: *Bosquejo de Buenos Aires, Chile y Perú.* — F. B. Head: *Las Pampas y los Andes.* — Damián Hudson: *Recuerdos históricos sobre la provincia de Cuyo.* — Guillermo E. Hudson: *Allá lejos y hace tiempo.* — *El ombú.* — Carlos Ibarguren: *Juan Manuel de Rosas.* — Juan B. Justo: *Teoría científica de la historia y la política argentina.* — F. A. Kirkpatrick: *Compendio*

de historia argentina. — PEDRO LACASA: *Vida política y militar del general Juan Lavalle.* — GREGORIO ARÁOZ DE LAMADRID: *Memorias.* — ANDRÉS LAMAS: *Rivadavia.* — MARTINIANO LEGUIZAMÓN: *Rasgos de la vida de Urquiza.* — RICARDO LEVENE: *Historia argentina.* — VICENTE F. LÓPEZ: *Historia de la República Argentina.* — *Manual de la historia argentina.* — LEOPOLDO LUGONES: *Historia de Sarmiento.* — *El payador.* — *El imperio jesuítico.* — LORENZO LUGONES: *Recuerdos históricos.* — LUCIO V. MANSILLA: *Entre nos.* — *Rozas.* — *Memorias.* — MANUEL F. MANTILLA: *Estudios biográficos sobre patriotas correntinos.* — BENIGNO T. MARTÍNEZ: *Historia de la Provincia de Entre Ríos.* — BARTOLOMÉ MITRE: *Obras.* — TELMO MONACORDA: *El general Eugenio Garzón.* — MUSEO MITRE: *Papeles de Domingo de Oro.* — JOSÉ N. NIÑO: *Mitre.* — ALCIDE D'ORBIGNY: *Voyage pittoresque dans les deux Ameriques.* — JOSÉ M. RAMOS MEJÍA: *Rosas y su tiempo.* — *Las neurosis de los hombres célebres.* — JOSÉ RIVERA INDARTE: *Rosas y sus opositores.* — *Tablas de sangre.* — J. y G. PARISH ROBERTSON: *La Argentina en la época de la Revolución.* — RICARDO ROJAS: *La literatura argentina.* — JUAN MANUEL DE ROSAS: *Instrucciones para la administración de estancias.* — ADOLFO SALDÍAS: *Historia de la Confederación Argentina.* — DOMINGO F. SARMIENTO: *Obras.* — CARLOS M. URIEN: *Quiroga.* — FLORENCIO VARELA: *Autobiografía.* — *Escritos políticos, económicos y literarios.* — JULIO VICTORICA: *Urquiza y Mitre.* — AGUSTÍN WRIGHT: *Montevideo. Apuntes históricos.* — JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN: *La epopeya de Artigas.* — ANTONIO ZINNY: *Historia de los gobernadores.*

INDICE



RARY
DEC
2
1917
UNIVERSITY
OF

